

PORQUE
LA GRACIA
TODOLOCAMBIA



Chuck Smith

Título del original: Why Grace Changes Everything

©2000 Word For Today

P.O. Box 8000

Costa Mesa, CA 92628

TODOS LOS VERSÍCULOS BÍBLICOS FUERON TOMADOS DE LA
“Antigua Versión de Casiodoro de Reina (1569)

Revisada por Cipriano de Valera (1602)

REVISIÓN DE 1960”. SOCIEDADES BÍBLICAS EN AMERICA LATINA.

Reina Valera Contemporanea

ISBN: 978-1-59751-104-9

Diseño de cubierta: departamento gráfico de The Word for Today

Diseño fotográfico © 1993 Photodisc, Inc.

PORQUE LA GRACIA TODO LO CAMBIA

Derechos de propiedad literaria y edición reservados.

©1994 Chuck Smith, Publicado por TheWord For Today

Santa Ana, California 92704

Ninguna porción de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o electrónicos, incluidas las fotocopias, sin el consentimiento escrito del autor.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Printed in the U.S.A.

E-mail: info@twft.com

*A mi preciosa esposa Kay,
cuya fidelidad y amor
son una constante inspiración*

Nota del autor:

Alabamos al Señor por aquellos, quienes por su gran amor,
desean llevar la sana enseñanza de la palabra
de Dios a la gente de habla hispana.

Que el Señor bendiga abundantemente cada uno
de sus esfuerzos y los recompense de igual manera.

Nuestro Padre celestial quien los conoce,
un día los recompensara abiertamente.

CONTENIDO



Una Relación de Amor con Dios	7
1. ¡Perdonado!	15
2. La Puerta Nunca Está Cerrada.....	25
3. No hay Favoritos En El Reino	35
4. Un Cuadro De La Gracia.....	49
5. Un Paso A La Vez	61
6. Un Jardín, No Una Fábrica.....	75
7. Creyendo Sus Bendiciones	87
8. La Lucha Comienza.....	97
9. ¡Verdaderamente Libre!	109
10. ¿Vivirán Desenfrenadamente?.....	119
11. Trampas y Minas En El Camino	131
12. Todo O Nada	143
13. Miembros De Realeza	155
14. Nuestra Única Responsabilidad.....	167

UNA RELACIÓN DE AMOR CON DIOS

¿HA REFLEXIONADO ALGUNA VEZ en el significado de la simple frase, “Dios te ama”? Esta frase puede contener la verdad más importante que alguien pueda asimilar: que Dios nos ha llamado a tener una relación de amor con Él. Nuestra parte simplemente es confiar y creer en el profundo cuidado y compasión que Dios nos ofrece gratuitamente.

¡Qué hermoso es experimentar la libertad y el gozo de una relación de amor con Dios! Sin embargo, qué triste es que haya tantos que insisten en relacionarse con Dios de una manera legalista. Su justificación está basada en lo que ellos pueden hacer por el Señor, no en lo que Él ya ha hecho por ellos. Ellos cargan una larga lista de “lo que debo hacer o no hacer” para mantenerse unidos a Dios.

No soy ajeno a tan deprimente forma de justificación negativa. Mientras crecía me consideraba uno de los niños más buenos del vecindario, por las cosas que *no* hacía. Yo no fumaba. No bailaba. No iba a cines. Me enseñaron que esas cosas eran absolutamente pecaminosas. Así que no solamente evité hacerlas, sino que también creí que era mucho más justo que mis débiles amigos quienes se complacían a sí mismos en tales prácticas. Yo hasta pensaba que era más santo que el hijo del predicador, quien era conocido por recoger colillas viejas de cigarrillos y fumarlas a escondidas. Yo estaba por encima de todo aquello y estaba seguro que Dios lo notaba.

No obstante, tenía un gran problema. Aunque no fui a cines, anhelé ver Blanca Nieves; eso me hizo sentir condenado. Pedía ser perdonado cada domingo por la noche y le prometía a Dios que en

la siguiente semana todo sería diferente. Corría con suerte si mi relación con Él continuaba después del desayuno, el lunes por la mañana.

Muy pronto, mi relación con Dios se convirtió en una carga tremenda debido a que mi justicia era un asunto de voluntad y esfuerzo propio. Cada verano asistía al campamento de jóvenes de nuestra iglesia. En la última noche hacíamos una gran fogata y nos reuníamos alrededor de ella para cantar coros de adoración tales como: “Lo Rindo Todo” y “Yo Te Seguiré, Mi Señor.” Durante este emotivo momento, se nos pedía escribir en un papel acerca de alguna área de nuestras vidas que quisiéramos que Dios cambiara, o sobre algún voto que deseáramos hacer. Después, cada uno de nosotros tomaba un cono de pino, metíamos el papel con nuestro compromiso en el cono y lo echábamos al fuego. Mientras observaba cómo el fuego consumía mi cono de pino, lágrimas corrían por mis mejillas. Le decía a Dios que deseaba que mi vida fuera consumida por Su amor y que quería entregarme completamente a Su servicio.

Al dejar el área de la fogata éramos conducidos hacia una mesa pequeña donde los líderes del campamento habían puesto unas tarjetas que decían: “Prometo, por la gracia de Dios, que durante el próximo año no entraré a un cine, no fumaré cigarrillos, no beberé bebidas alcohólicas, no usaré lenguaje sucio y no asistiré a ningún baile.” Firmábamos estas tarjetas de compromiso y las llevábamos en nuestras billeteras todo el año.

Yo era cuidadoso en guardar todos mis votos, pero terminaba con una relación vacía y legalista con Dios. Tuve poco gozo en mi caminar con Cristo porque estaba ligado a Dios por un contrato. No podía romper mi acuerdo. ¿Acaso no lo había firmado y fechado, acaso no lo llevaba conmigo en el bolsillo? No, estaba decidido a cumplir con el acuerdo, y creía ciegamente que Dios me debía algo por mis esfuerzos. Dios *tiene* que ser bueno conmigo...por lo menos, más conmigo de lo que era con aquellos que no habían guardado sus votos.

¡Imagínense mi frustración, al saber que mis amigos, que no eran ni siquiera tan justos como yo, habían ganado el concurso de acertar la cantidad de dulces en el frasco! Me enfurecía y preguntaba, “Dios, ¿por qué no me bendijiste a mí? Tú *sabes* que yo me merecía ganar más que ellos.” Entre más lo pensaba, más me confundía. Yo estaba cumpliendo mi parte en el acuerdo, sin embargo Dios parecía no prestar ninguna atención. Me sentía constantemente defraudado.

Claro que, de vez en cuando, me confrontaba a mí mismo honestamente y me daba cuenta de que no era tan justo como yo quería creer. Sabía que mi actitud no era siempre la que debía ser. Hubo momentos en los cuales reconocí que había quedado completamente corto de lo que era la voluntad de Dios para mi vida. Recuerdo que una vez, siendo estudiante de preparatoria, entré a escondidas en un cine. Después de hacerlo, viví en absoluta condenación por seis meses porque había roto mi compromiso. Con frecuencia me rendía a la idea de que Dios me consideraría lo suficientemente apto como para bendecirme. Había muchas cosas por las que deseaba orar, pero ¿qué derecho tenía yo de pedirle algo a Él, siendo que le había fallado tan miserablemente?

Esta pesada carga de obras de justicia me acompañó durante los primeros años de mi ministerio en Tucson, Arizona. No tardé en darme cuenta de que debía haber algo más en el ministerio que lo que yo estaba experimentando, más en mi relación con Dios que la que yo estaba disfrutando. Para empeorar las cosas, observaba a algunos de los evangelistas de renombre de aquella época recorrer el estado y tener sus carpas llenas de personas siendo salvadas y otras experimentando, lo que al parecer, eran sanidades milagrosas.

Yo anhelaba ver aquel poder evidente en mi propia vida y ministerio. Así que comencé a buscar sinceramente a Dios en ayuno y oración, en las afueras del desierto de Tucson. Me apartaba solitariamente a esperar en el Señor, acompañado de una botella de agua, una Biblia y una libreta. Le rogaba a Dios por Su bendición, Su poder y Su unguimiento en mi vida. Después de una ronda de tal disciplina espiritual, yo desarrollaba un sentido de entusiasmo, creyendo que

Dios estaba a punto de bendecir nuestra iglesia porque yo había ayunado y orado. Ansiaba la llegada del siguiente servicio en la iglesia para ver lo que Dios iba a hacer.

Desafortunadamente, me debilité tanto ayunando que para el domingo apenas podía mantenerme de pie detrás del púlpito. Mi mente divagaba de tal manera que se me dificultaba presentar un mensaje coherente. La gente se dormía y me sentía destrozado. Yo había estado esperando una manifestación grande de parte de Dios, y en su lugar, un coro de ronquidos prorrumpía. Me frustraba y enojaba, pensando, *Pero Dios, ¿no te has dado cuenta de cómo he ayunado y orado? Ciertamente, Tú tienes que bendecir a ésta iglesia y de paso a mí también, ya que estás aquí.*

En aquel momento no comprendí que mi ayuno y oración eran intentos para obligar a Dios y forzarlo a hacer lo que yo quería. Pensé, que si la gente pudiera ver milagros como aquellos descritos en el libro de los Hechos, entonces se convencerían de la realidad de Jesucristo.

Pero, más tarde descubrí que el mejor testimonio que podemos ofrecer al mundo es el amor que tenemos los unos por los otros; un amor que fluye del corazón mismo de Dios. Obediencia a reglas y ordenanzas no puede producir tal clase de relación de amor. Podemos tratar de imponer la ley en nuestras relaciones, pero el amor de Dios es el único camino posible para obtener la estabilidad y seguridad que anhelamos. La Biblia nos dice que el amor es el cumplimiento de la ley. De hecho, cuando se le preguntó a Jesús cuál era el mandamiento más grande, Jesús respondió que era el amar al Señor con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El amor, no la ley, es la clave para nuestra relación con Dios y del uno con el otro.

Dios quiere que experimentemos la belleza de ser atraídos a Él por un lazo mucho más fuerte que la obligación y la culpabilidad de la ley. Si todavía estuviésemos ligados a Dios por medio de una lista de reglas y ordenanzas, muy pronto nos encontraríamos con

UNA RELACIÓN DE AMOR CON DIOS

trabas, luchando en contra de las restricciones. Existe una gran diferencia entre el estar unidos a una relación por el gozo del amor, y el estar unidos por obligación y culpabilidad.

Dios nunca tuvo la intención de que Su pueblo estuviese ligado por una interminable lista de presiones externas. No es grato para Dios el oírnos quejar y lamentar, “¡Qué molestia! tener que ir a la iglesia otra vez, cuando hay cientos de cosas que preferiría hacer. Pero si no voy, Dios dejará de amarme y el pastor me mirará con malos ojos por haberme perdido su sermón.”

Si nos encontramos trabajando bajo tales actitudes gravosas, tenemos un indicador seguro de que no estamos operando en una relación de amor con Dios; en su lugar hemos caído en legalismo. ¡Dios ciertamente desea mejores cosas para nosotros que una existencia monótona y sin amor!

Dios nunca extendió un contrato, diciendo, “¡Permanece bajo todas mis condiciones y yo te amaré y bendeciré; pero si violas aun la más pequeña cláusula, todo queda nulo y sin valor y tú quedas fuera de Mi reino!” Los cristianos no están ligados a Dios mediante ningún contrato gravoso. Pablo declaró, que la única cosa que lo constreñía, era el amor de Jesucristo (2 Corintios 5:14).

Tomó años del trabajo paciente de Dios en mi vida, para poder liberarme de la esclavitud de la justicia propia. Por años, había escuchado a otros recibir bendiciones tremendas del libro de Romanos. Puesto que siempre estaba buscando una bendición, me decidí finalmente comenzar a profundizar en él. Pero aun poniendo todo mi empeño, era difícil para mí relacionarme con ese libro. De cualquier modo, decidí perseverar y ver si podía descubrir lo que otros habían encontrado tan irresistible.

Un día mientras estudiaba este libro maravilloso, Dios hizo nada menos que revolucionar mi relación con Él. Fue allí que Él me reveló el significado de aquella simple, muy usada, pero pocas veces entendida palabra *gracia*. Desde aquel momento en adelante,

encontré una relación tal de libertad y amor con Dios, que no me importaba si veía o no algún milagro espectacular en mi ministerio. Descubrí, que aunque era propenso a tropezar y caer, mis errores no me alejaban de Dios. Mi relación con Cristo dejó de ser una montaña rusa con subidas y bajadas y pasó a ser un paseo estable en Su maravilloso amor.

Imagínese cómo me sentí al descubrir esta profunda verdad: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Romanos 8:31). Por años había laborado bajo la idea errónea de que Dios estaba en mi contra. Me imaginaba a Dios esperando a que yo me saliera de la línea para poder enviar juicio devastador sobre mí. Finalmente, entendí que Dios quería que yo disfrutara la paz de Su amor incondicional, no el temor que siempre acompaña al legalismo. Comencé a relacionarme con Dios de una manera completamente nueva.

Aprendí que la ley tenía la intención de servir como una guía protectora para el pueblo de Dios. Sus restricciones funcionarían como las guías de seguridad establecidas por los padres, con la única intención de proteger el bienestar del hijo. Una vez que descubrimos la maravilla de la gracia de Dios, no necesitamos permanecer encarcelados por la ley. Podemos enfrentar la vida libremente porque amamos a Dios y no queremos hacer nada que dañe la relación amorosa que tenemos con Él. Cuando conocemos el gozo de la comunión con Dios, no queremos que ninguna barrera u obstáculo se interponga entre nosotros.

De hecho, mientras más experimentamos el amor de Dios, más llega Él a ser el deseo primario y el enfoque de nuestra vida. Los aspectos coercitivos de la ley se hacen innecesarios. Nos encontramos anhelando agradar a Dios simplemente porque le amamos.

Y este es el gozo más grande en la vida, experimentar una relación de amor genuino con Dios. Saber que Él es por nosotros; que Él nos ama es la fuente más grande de seguridad que cualquier persona puede llegar a conocer. Descubrir la gloriosa gracia de Dios fue uno de los eventos más importantes en toda mi experiencia espiritual.

UNA RELACIÓN DE AMOR CON DIOS

Aprendí a relacionarme con Dios sobre una base completamente nueva: no en cuanto a mis obras o justicia propia, sino sobre la base del amor de Dios por mí a través de Jesucristo.

Esto es gracia, y esto es lo que hace que la vida valga la pena vivir. De hecho, es lo que hace que la vida sea—vida *real*, vida *abundante*, vida que *llena y satisface*—que sea posible del todo. Cuando nuestros ojos son abiertos a la verdad asombrosa de que nuestra relación con Dios no depende de las piedrecillas insignificantes de nuestros esfuerzos propios, sino sobre la roca masiva de Su carácter inmutable y amoroso, la vida abre delante de nosotros una explosión tetricolor de asombrosas posibilidades.

La gracia transforma llanos desiertos y desolados en ricas y verdes praderas. Cambia el rechinar de dientes de una obligación, en un servicio amoroso y entusiasta. Cambia las lágrimas y la culpabilidad de nuestros fracasados esfuerzos, por la emoción y alegría eterna de los placeres gratuitamente ofrecidos a la diestra de Dios. *¡La Gracia todo lo cambia!*

¿Ha descubierto ya el gozo profundo de vivir en la gracia de Dios? Permítame recordarle que nuestra posición delante de Dios no depende de nuestros débiles esfuerzos, sino en lo que Su brazo poderoso ha hecho ya por nosotros. Donde sea que se encuentre en su viaje espiritual, lo invito ahora a tomar unos momentos para considerar conmigo la maravillosa gracia de Dios derramada en nosotros. Porque es verdad, *¡la Gracia todo lo cambia!*

GRACIA

¡PERDONADO!

UNA TARDE ESCUCHÉ UN discurso del Ex-secretario de Estado de los Estados Unidos, Dr. Henry Kissinger. Él dijo en la reunión que su primer error estaba mencionado en la página 1159 de su autobiografía. También hizo hincapié en que ese había sido su último error.

¡Si tuviera que escribir una autobiografía, mi primer error probablemente sería encontrado en el prólogo del libro, si acaso no en la misma lista del contenido! De ninguna manera trataría de presentarme delante de Dios basado en mi propia bondad. No es que yo sea un individuo corrupto o moralmente depravado, lo cierto es que no soy lo suficientemente bueno para ser aceptado delante de un Dios absolutamente Santo.

UNA JUSTIFICACIÓN SIN SALIDA

Una manera común para tratar de ser justo es definiendo lo que la justicia es o no es; establecer un código de conducta y vivir de acuerdo a este código. Hay un sólo problema: Como nadie puede vivir de acuerdo a su propio código, nos inventamos un gran número de excusas para explicar por qué fallamos. La más común, decir que nuestro fracaso no es realmente nuestra culpa.

Si se me cae un vaso y se rompe, no es que yo sea torpe sino que alguien me distrajo cuando no debía haberlo hecho. O tal vez otros estaban haciendo demasiado ruido en la otra habitación, así que mi error es realmente culpa de ellos. Yo digo: “¡Miren lo que me hicieron hacer! ¡No es mi culpa, ustedes me hicieron hacerlo!” A ninguno de nosotros nos gusta aceptar ninguna responsabilidad.

Esta actitud se remonta a Adán cuando culpó a Eva de su caída. Él le dijo a Dios: “La mujer que me diste por compañera es la culpable de que yo sea como soy” (vea Génesis 3:12). El libro de los Proverbios declara: “Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia” (Proverbios 30:12).

Si usted piensa que es una persona muy pura pero aún no ha sido lavado de su inmundicia, entonces la justificación no lo ha alcanzado. La Biblia dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a Él mentiroso, y Su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:8,10). Las Escrituras exponen nuestro problema con claridad, “Todo el mundo queda culpable ante Dios... por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:19,23).

Cada vez que tratemos de establecer nuestra justicia observando reglas, eventualmente estaremos forzados a admitir que operamos sobre una escala deslizante. Siempre me consideraré mejor moralmente en comparación a como usted me ve. Y usted me parecerá moralmente peor en comparación a como usted se ve. Yo puedo observar su vida y ver toda clase de defectos; pero cuando me miro a mí mismo, los pocos defectos que noto no parecen ser tan malos.

Aun la justicia que yo puedo lograr por lo que hago, es solamente una justicia falsa. La Biblia declara: “Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia” (Isaías 64:6).

¡ P E R D O N A D O !

Si nuestra relación con Dios dependiera de ser justos y buenos, jamás podríamos lograrla.

Es casi cómico ver a algunas personas desfilan con sus trapos de inmundicia. Se pasean con su actitud de “soy más santo que tú”, con un aire súper espiritual de religiosidad llamativa. Hablan con tonos delicados pensando que se oyen santos y justos. Usan el Castellano de Reina-Valera porque como todos sabemos, “vosotros” suena mejor que “ustedes.” Los vemos pavoneándose en su justificación, caminando orgullosamente, presumiendo... Y Dios mueve su cabeza de lado a lado diciendo: “Trapos de inmundicia.”

Si mi relación con Dios dependiera de ser justo y bueno, jamás podría lograrla. Yo he fallado, no alcanzo la gloria de Dios. Lo más que puedo lograr es tener un buen día, que mis ritmos vitales estén bien y que todo camine de maravilla; verdaderamente pasándola bien. ¡Hombre, realmente soy algo serio! Pero aun en mis mejores días Dios me mira y dice: “Trapos de inmundicia.” Mis mejores esfuerzos simplemente no son suficientes.

Tratar de guardar la ley me condena, porque la ley verdadera trata con las actitudes internas. Anteriormente, cuando estaba sujeto bajo esta norma de justicia propia, me di cuenta que resentía ciertas cosas que otras personas estaban haciendo. Me amargué. Descubrí que odiaba a ciertas personas, y que estaba celoso y envidiaba las cosas que ellos poseían. Descubrí que había violado mi propio código, eliminando mi relación con Dios. Nada quedaba por hacer mas que comenzar de nuevo.

Desafortunadamente, justo cuando sentía estar restaurando una relación correcta con Dios, algo sucedía, fallaba, y me hundía otra vez. Una vez más era forzado a subir la escalera de las buenas obras hasta que finalmente llegaba al peldaño en el que creía poder relacionarme con Dios. Pero tan pronto alcanzaba aquel peldaño, alguien en la autopista hacía un movimiento tonto mientras manejaba y yo gritaba, “¡Torpe! ¿Dónde te dieron tu licencia de conducir?” y entonces todo el proceso comenzaba otra vez.

¿CUÁL ES LA NORMA?

Aquellos que creen que pueden ser aceptados por Dios sin Jesús, necesitan enfrentarse a algunas preguntas cruciales. Si creen que pueden llegar al cielo alcanzando cierto grado de rectitud, entonces, ¿cuál es la norma por la cual deben vivir? ¿qué es lo que Dios requerirá de ellos? Muchos dicen: “Yo siento que soy una persona básicamente justa y buena y estoy dispuesta a presentarme delante de Dios por mi propio mérito.”

Pero, estas personas fallan al no considerar que las normas de Dios son diferentes a las nuestras. Jesús nos mostró el requisito de Dios para aquellos que luchan por el cielo según sus propias fuerzas, cuando dijo: “Por lo tanto, sean ustedes perfectos, como su Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). La norma para la persona que desea ser justa delante de Dios es nada menos que perfección absoluta—no sólo esforzarse o ser sincero, sino guardar irrefutablemente todas las cosas que Dios ordenó al hombre. Claramente, aquellos que creen que pueden ganar la vida eterna con sus buenas obras tienen una comprensión distorsionada de la santidad de Dios y de lo que significa ser justo delante de Él.

Si vamos a establecer una norma de conducta justa, debemos usar la que fue establecida por Jesucristo. Jesús es la única persona cuya vida movió a Dios a decir, “Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3:17). Para disfrutar de comunión con Dios debemos ser justos como Jesús. En Juan 16:8 y 10, Jesús dijo: “Y cuando Él venga [el Espíritu Santo] Él convencerá al mundo de... justicia, por cuanto voy al Padre, no me veréis más.” La ascensión de Jesús al cielo fue el testimonio de Dios al mundo sobre Su Hijo. Es como si Él estuviera diciendo: “Ésta es la justicia que aceptaré en el cielo.” La vida de Jesús es la única norma de justicia. Si quiero ser aceptado por Dios, tengo que ser tan justo como Jesucristo. Las Escrituras nos muestran que hay una sola clase de justicia que Dios aceptará: la justicia de Cristo. Así que, si deseamos presentarnos delante de Dios basándonos en nuestras buenas obras, debemos entonces vivir una vida que alcance la medida de la bondad que vemos en Jesús.

¡ P E R D O N A D O !

Pero me doy cuenta que esto es imposible. Yo no puedo alcanzar esta clase de justicia. Jesús mismo dijo, “Pero yo les digo que cualquiera que mira con deseos a una mujer, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). También dijo: “Pero yo les digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio” (Mateo 5:22). Además dijo: “Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, y oren por quienes los calumnian. Si alguno te golpea en una mejilla, preséntale también la otra. Si alguien te quita la capa, deja que se lleve también la túnica. A todo el que te pida, dale; y a quien se lleve lo que es tuyo, no le pidas que te lo devuelva.” (Lucas 6:27-30). Y también nos ordenó: “Ustedes deben amar a sus enemigos, hacer el bien y dar prestado, sin esperar nada a cambio.” (Lucas 6:35).

¿Cómo puede alguien ser *así* de justo? Yo sé que no puedo. He fallado miserablemente. ¿Significa esto entonces, que debo permanecer por siempre apartado de Dios? Acaso no existe una manera en que pueda disfrutar otra vez de una comunión con Dios? ¿Tengo que seguir en este vacío, en esta frustración, buscando y tratando de alcanzar algo que jamás podré obtener?

Si tenemos alguna esperanza de ser perdonados por Dios, tiene que haber otro fundamento que el de nuestra propia justicia. Pablo declara: “Ya que nadie será justificado delante de Dios por hacer las cosas que la ley exige.” (Romanos 3:20).

Si alguna vez habremos de disfrutar de comunión con Dios, debe ser basándonos en algo más que en nuestra propia justicia. Las reglas que Dios ha establecido para alcanzar la justificación son demasiado estrictas como para poder estar sujetos a ellas. Nosotros no podemos lograrlo. Nuestra única esperanza ha sido provista en otra forma de justicia. Una justicia basada en un principio totalmente diferente al de nuestras propias obras.

¡Gracias a Dios que ese principio existe! Se llama *gracia*.

¿QUÉ ES LA GRACIA?

La raíz del significado de la palabra gracia es “belleza.” En el Nuevo Testamento, gracia significa “favor inmerecido de Dios.”

La gracia es Dios dándome algo que no puedo obtener por mí mismo. Gracia es ser aceptado por Dios, aun sin merecerlo, a pesar de que no soy digno de ello.

La Biblia enseña que yo recibo gracia basado en mi fe y confianza en Dios. Hebreos 11:6 declara que sin fe es imposible agradar a Dios. Somos perdonados por un Dios Santo, simplemente por creer en Jesucristo y en Su muerte por nosotros. Cuando depositamos nuestra confianza en Él, las acusaciones contra nosotros son borradas por completo.

No es posible ser perdonados solamente por sujetarnos a un sistema legalista o religioso. Fue necesario que Cristo fuera a la cruz a fin de que Él pudiera establecer las bases por medio de las cuales yo puedo acercarme a Dios.

Cuando Jesús estaba orando en el huerto dijo: “Padre, si quieres, haz que pase de mí esta copa; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Lucas 22:42). Él estaba diciendo, “Si es posible que los hombres puedan ser salvos por otros medios en lugar de Mi muerte—ya sea siendo religiosos o de alguna manera ganar su propia justificación—entonces no quiero ir a la cruz. Por favor, no permitas que pase esta horrible prueba.” Pero esto no era posible. Él fue a la cruz, murió, fue sepultado y resucitó. Su muerte hizo posible que Dios nos extendiera Su gracia a usted y a mí.

Quizás una ilustración nos ayude a entender esto. Imagínese que usted fuera acusado de un crimen. Ha sido acusado de entrar a robar en la propiedad de su vecino. Cualquier abogado sabe que existen dos opciones para ser libre de culpa. Usted tiene que demostrar que no traspasó propiedad ajena o que tenía todo el derecho de estar allí.

Ahora aplique la misma lógica a nuestra situación espiritual. Dios nos ha acusado de ser pecadores, por habernos rebelado en contra de Su ley Su voluntad. Nos ha acusado de ser injustos.

¿Cómo podemos ser justificados de estos cargos? No podemos decir que somos inocentes, porque somos culpables. Todos

¡ P E R D O N A D O !

hemos pecado. Ni tampoco podemos decir que teníamos el derecho de hacer lo que hicimos porque no teníamos ese derecho. Nuestras acciones claramente han sido erróneas. ¿Cómo puede entonces la ley ser de valor para nosotros en nuestro deseo de ser perdonados? ¡No es posible! El caso es abierto y cerrado. Nosotros no teníamos el derecho de hacerlo, pero de todas maneras lo hicimos, por lo tanto somos culpables.

EL ROBO MÁS GRANDE DE UN BANCO

Cambiamos la ilustración. Supongamos que voluntaria y deliberadamente robé un banco. La ley me condena porque no puedo negar que lo hice ni tampoco probarlo. La cámara de video me agarró *con las manos en la masa*. Yo no puedo decir que tenía el derecho de hacerlo porque robar no es un derecho constitucional. Así que, de ninguna manera puedo ser perdonado por la ley.

Durante el juicio, puedo hacer el intento de decir: “Prometo que mientras viva no robaré más bancos; viviré una vida correcta y limpia desde este momento; nunca más tomaré nada de nadie.” Lo que diga no justifica lo que ya hice. También puedo pedir ser perdonado, aludiendo a que hice el bien con el dinero robado; doné a la iglesia y alimenté a mi familia. Pero, mis “buenas” obras no pueden balancear o absolver mi culpa.

El juez puede ordenar que le pague al banco todo el dinero que fue robado. Puede también, como parte de mi sentencia, ordenar que limpie la basura a lo largo de una autopista y así ayudar a que la ciudad se mantenga hermosa. Puedo pasarme el resto de mi vida haciendo obras de bien, pero aun así, nada de esto me absolvería del mal que ya hice, porque todas mis obras, de acuerdo a la ley, no pueden limpiar mi culpabilidad. Mis errores pasados todavía existen. Soy un ladrón y el veredicto lo testifica.

¿Por qué será entonces, que en las cosas espirituales, tantas personas buscan ser encontradas inocentes delante de Dios en virtud de sus buenas obras?

Habremos muchos de nosotros que respondemos a nuestro pecado, culpabilidad e injusticia con remordimiento y nuevas resoluciones. Deseamos hacer enmiendas y comenzar una página nueva. Pero todos estos esfuerzos no pueden ganarnos el perdón. Aun nuestros mejores esfuerzos no pueden quitar la culpabilidad de lo que ya hemos hecho. Nunca podríamos ser justificados por buenas obras. Más aun, una vida llena de buenas obras no puede expiar ni un sólo pecado.

La base del perdón divino es el sacrificio de su Hijo Unigénito. Toda nuestra culpa—nuestros errores pasados y futuros—han sido cargados a Jesucristo, el Cordero inocente, el Único perfecto que no conoció pecado. Él murió por nosotros. Él cargó nuestra culpa; Él sufrió y murió por nuestros pecados. Pablo escribió, “Al que no cometió ningún pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que en él nosotros fuéramos hechos justicia de Dios” (2 Corintios 5:21). Jesús se hizo pecado por nosotros, para que por Él fuésemos perdonados. En otras palabras, Él cambió Su lugar por el nuestro. “Por amor a ustedes, siendo rico se hizo pobre, para que con su pobreza ustedes fueran enriquecidos” (2 Corintios 8:9). Él tomó nuestro pecado y nos ha perdonado por nuestra fe y simple confianza en Él.

JESÚS, NUESTRA ESPERANZA

Cuando Dios puso sobre Jesús nuestra iniquidad, Cristo recibió el juicio que todos merecíamos por nuestros pecados. Él recibió el castigo que merecíamos nosotros, el cual la Biblia declara es muerte (vea Romanos 6:23). Dios declara que si creemos en Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, seremos perdonados de todos los pecados que hemos cometido. “La sangre de Jesucristo Su Hijo nos limpia de todo pecado”, dice I de Juan 1:7. Esta limpieza es algo que la ley nunca podría hacer por nosotros, porque es una provisión de gracia.

Nosotros podemos luchar por alcanzar el cielo mediante nuestros propios esfuerzos o podemos poner nuestra fe en Jesús.

¡ P E R D O N A D O !

La realidad es que la fe es nuestra *única* esperanza. Nuestras buenas obras, esfuerzos o trabajos, jamás nos harían ganar el perdón de Dios. Pablo declara esto con palabras severas: “Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5). Dios atribuye Su justicia, no a aquel que está trabajando, mas a aquel que simplemente está creyendo. Dios nos entrega el perdón debido a nuestra fe en la obra que Jesucristo ya completó por nosotros.

LA ELECCIÓN ES SUYA

Usted tiene la última palabra. Puede seguir luchando por alcanzar el cielo mediante sus esfuerzos propios y seguir tratando por usted mismo de ser tan bueno como Cristo; o puede depositar su fe en Jesús y entonces recibir su justificación delante de Dios como un regalo de Su gracia.

Para mí, esto no es alternativa. Yo sé que de ninguna manera alcanzaría el cielo por mis buenas obras. Yo continúo siendo condenado y estando sin esperanza por mis pecados. No tengo ni la menor probabilidad de ser recibido por Dios como no sea por Su misericordia.

Las buenas nuevas son que Dios ha provisto de un camino para ser aceptado delante de Él. Dios, quien es absolutamente Santo, Puro y Justo— que ningún pecado puede permanecer en Su presencia— ha establecido un camino para que gente como nosotros podamos tener comunión con Él. Cuando creemos en el sacrificio que Jesucristo hizo por nosotros, aunque inmerecido, el Padre nos entrega el perdón perfecto.

Este es el evangelio de gracia. Cada uno de nosotros podemos relacionarnos con Dios a pesar de estar lejos de la perfección. Todavía podemos llegar a tener una relación preciosa con Dios por medio de Su Hijo Jesucristo.

Cuando nos relacionamos con el Padre por fe en Su Hijo, llegamos a tener una relación sólida con Él. Ahora somos hijos de Dios y debido a que Él es nuestro Padre, no tenemos que preocuparnos

si somos dignos de venir a Él o no. No venimos a Él basados en nuestra dignidad propia, sino en base a nuestra relación con Él.

Esto es todo lo que significa el evangelio de gracia. Dios nos mira como si nunca hubiéramos transgredido contra Él. Ahora, a mí se me dificulta identificarme a mí mismo de esta manera. Yo me veo en el espejo y exclamo, “¡Chuck, eres un pecador. No eres ni capaz de controlar tu apetito; tienes tantas faltas...!” Mas aun; Dios me ve y dice: “Perdonado.” Él me ama y me acepta como soy porque estoy en Jesucristo. Igual a como Él aceptó a Su propio Hijo, así y ahora me acepta a mí. Pablo nos dice que hemos sido aceptos “en el Amado” (Efesios 1:6). El Amado es Cristo; y al estar usted en Cristo es acepto por Dios así como Cristo fue acepto.

Por eso es que el evangelio de gracia es la mejor noticia que jamás he escuchado. Dios nos perdona porque creemos en Su Hijo, a quien Él envió para morir por nuestros pecados. Todos nuestros pecados han sido borrados. Nuestra culpabilidad ya no es tomada en consideración. Pablo nos dice: “Dichoso aquel cuyas iniquidades son perdonadas; Y Dichoso aquél a quien el Señor no culpa de pecado” (vea Romanos 4:7-8).

Como hijos de Dios, tenemos todo el derecho de venir a nuestro Padre y pedirle por todo lo que necesitamos; tenemos el derecho de confiar en la sabiduría de nuestro Padre ya sea concediéndonos o negándonos nuestras peticiones, de acuerdo a Su conocimiento de lo que Él considere lo mejor para nosotros. Podemos someternos a nuestro Padre celestial, quien nos ama tanto. Él nos dará solamente lo que es mejor para nosotros.

¡Qué gozo es saber que Dios desea concedernos la riqueza y plenitud de Su amor, no porque lo merezcamos, sino porque nos ama. Este es el evangelio de gracia en Jesucristo!

GRACIA

LA PUERTA NUNCA ESTÁ CERRADA

AUNQUE SEA TAN MARAVILLOSO, el perdón es solamente parte de la historia del evangelio de gracia. Hay personas que sí creen que Dios nos ha perdonado por medio de Cristo, pero tienen problemas con la otra parte de las buenas nuevas: que por el hecho de creer en Jesucristo Dios nos considera justos.

No todos creen en lo anterior—en lo más mínimo. Varios grupos han establecido reglas de justicia, pero aun así, ellos rara vez están de común acuerdo en cuáles deberían ser estas normas.

¿ES EL ORO ACEPTABLE O NO?

No hace mucho tiempo atrás, algunos grupos enseñaban que no era correcto usar botones. Usaban ganchos para cerrar sus prendas de vestir porque no creían que se debían usar botones en ninguna de sus vestimentas.

Ellos solían preguntar: “¿Usa botones? ¡Qué falta de moral! ¡Qué vergüenza!” Aun hoy existen grupos que enseñan que el usar oro es absolutamente pecaminoso; no puedes ser bueno si usas oro. A través de la historia la gente ha establecido diversas formas de

normas de justicia—siempre con la idea de que si se adherían a esa norma de conducta en particular, Dios los aceptaría.

Sin embargo, existe un verdadero problema cuando tratamos de establecer que es posible alcanzar la justicia mediante leyes o por obras. ¡La realidad es que rara vez llegamos a vivir de acuerdo a las reglas que nosotros mismos nos hemos establecido!

Cada uno de nosotros acepta un estándar de moralidad que consideramos es bueno y justo. Nos decimos a nosotros mismos, “Esto es lo que realmente soy, o al menos lo que sería si no fuera por impedimentos externos.” Los psicólogos se refieren a esto como a nuestro “súper ego”, nuestro ideal propio. Desafortunadamente, nadie conoce mi “yo verdadero” ¿Por qué? Debido a que mi “yo verdadero” es perfecto. De hecho ni siquiera yo conozco mi “yo verdadero” porque diferentes circunstancias constantemente me impiden ser tan maravilloso como realmente lo soy.

Junto al “súper ego”, los psicólogos hablan del “ego”, que es la persona real, el “tú verdadero.” Tristemente el “tú verdadero” nunca llena los requisitos de los estándares del “tú” ideal.

Ahora, ellos afirman que usted es un persona desbalanceada cuando existe una gran diferencia entre su “súper ego” y su “ego.” Por otro lado, si usted reconoce que no es perfecto y acepta que no tiene un estándar de conducta, entonces es felicitado por ser una persona bien balanceada.

Los psicólogos generalmente tratan de bajar las normas del “súper ego” de una persona diciéndole al paciente que se han establecido objetivos imprácticos. Ellos le dicen: “Nadie es perfecto; nadie es tan bueno. Lo que está haciendo no es tan fuera de lo común. Todos lo hacen. ¡Usted no debería estar tratando de establecer para sí mismo normas tan elevadas!”

Los terapeutas están constantemente tratando de generalizar la diferencia entre el “súper ego” y el “ego” para que nosotros podamos disfrutar de vidas más balanceadas. Tratan de encontrar una cura disminuyendo al súper ego.

LA PUERTA NUNCA ESTÁ CERRADA

Contrastemos ésto con la obra de Jesús. Él no trata de disminuir nuestro “súper ego”, sino que se ha propuesto a elevar nuestro ego. ¡Jesús quiere fortalecer el “tú verdadero”!

A pesar de que el “yo verdadero” está muy por debajo del “yo ideal”, aun así soy considerado justo delante de Dios y Él me mira como perfectamente justo por mi fe en Jesucristo.

Este es el segundo aspecto del evangelio de gracia. En primer lugar, que Él tomó la carga de nuestros pecados que han sido lavados y perdonados por nuestra fe en Jesucristo. Segundo, Dios le ve justo por su fe en Jesucristo. Todo esto muy aparte de lo que usted hace o no hace, aparte de estar observando un código de ética, Dios está atribuyéndole justicia a su cuenta porque usted cree en Jesucristo.

Este es el evangelio glorioso, las buenas nuevas. ¡Saber que Dios me acepta por mi fe en Jesucristo y que mi justificación es a través de la fe en Él son buenas nuevas en verdad!

LA PUERTA ESTÁ ABIERTA

¿Por qué son tan buenas nuevas? Porque yo ya no necesito temer nunca más y decir, “Oh, más me vale no ir a Dios, porque acabo de mentir. Acabo de enojarme. Acabo de engañar a esa persona. Oh, no tengo ningún derecho a pedirle a Dios que me ayude porque he fallado en mi compromiso.” Si mi justificación proviniera de mis obras, entonces Satanás podría cerrarle la puerta a Dios prácticamente todo el tiempo, porque nunca estoy haciendo todo lo que debería estar haciendo. Nunca soy tan bueno como sé que debería serlo. No he podido alcanzar a mi “súper ego.” No he vivido de acuerdo a las normas que considero son correctas. Y porque he fallado en alcanzar aquellos estándares ideales, Satanás usará mi fracaso para mantenerme alejado de Dios.

Él le dirá, “Tú no tienes ningún derecho de pedirle a Dios que te ayude cuando le has fallado otra vez. Tú sabes que tu conducta está disgustando a Dios, pero de todas formas lo hiciste. Y ahora que tienes problemas quieres que Dios te ayude. ¿Crees que te va a escuchar? ¡De ninguna manera!”

Satanás siempre tratará de obstaculizar la puerta hacia Dios si tan sólo puede hacer que usted se mire dentro de sí y a sí mismo. Pero si estoy fijando mis ojos en Jesucristo y me doy cuenta que Dios me considera justificado por mi fe en Él, entonces Satanás nunca puede cerrarme la puerta.

Oh, él todavía viene a mí y me dice, “Chuck, eres un infeliz. No tienes ningún derecho de pararte delante de la gente y proclamar las gloriosas buenas nuevas de Jesucristo. No tienes ningún derecho de pararte allí y enseñar la Palabra de Dios. Has fallado en tal área. ¡Eres un desastre!”

Yo siempre comienzo a sonreírme cuando esto ocurre, porque sé que hay cosas que se le han pasado y ¡ni siquiera me las ha sacado a relucir! Yo le digo, “Satanás, no me asustas con tus acusaciones; no lograrás que huya y me esconda en algún lugar. De hecho, reconozco que lo que dices es cierto. Sé que he fallado. Sé que tengo debilidades. ¡Pero con esto no me alejas de Jesús, sino que me estás acercando más a Él, porque mi única esperanza es la cruz de Jesucristo!”

Entonces huyo al único lugar en donde me siento a salvo, el único lugar donde encuentro esperanza. Obviamente no tengo ninguna esperanza en mí mismo ni en mi propia justicia, pero sí en la obra que Jesucristo hizo por mí y en la obra que Dios está haciendo en mí mediante el poder de Su Espíritu Santo a medida que me transforma a la imagen de Cristo.

Esas cosas que yo no puedo hacer por mí mismo, Él las está haciendo por mí. En aquellas áreas en las cuales yo era tan débil, Él me ha hecho fuerte. He reconocido mi debilidad y me he arrojado totalmente hacia Él. En aquellas áreas en las cuales fui débil una y otra vez y constantemente tropezaba, ahora soy fuerte porque Su poder se ha hecho perfecto en mi debilidad (vea 2 Corintios 12:9).

Ciertamente, todavía no soy todo lo que Dios quiere que sea. ¡Estoy lejos de serlo! Pero gracias a Dios, ya no soy lo que era. Aun en mi estado actual de imperfección, Dios me mira y me

considera justo y santo. Por eso es que no quiero encontrarme en ningún otro lugar excepto en Cristo Jesús. Nunca debemos vernos a nosotros mismos apartados de Dios.

NO HAY GRADOS DE JUSTICIA

Si Dios nos ha atribuido la justicia de Cristo porque hemos creído, así que tratar de mejorar nuestra justicia haciendo obras es una necesidad de nuestra parte. Nosotros no podemos mejorar la justicia de Dios. De ninguna manera podemos mejorar lo que Él nos ha atribuido. Somos justos. Así es como Dios ve nuestra vida porque creemos y confiamos en la obra de Jesucristo.

Nuestra justicia, ahora y por la eternidad, es el resultado de nuestra simple fe en el Hijo de Dios, Jesús.

Nadie en el cielo estará jactándose de su justicia propia. No vamos a tener que escuchar constantemente acerca de las maravillas que Abraham, David o Pablo tuvieron que hacer para lograr ser considerados justos delante de Dios. Estos hombres simplemente creyeron en Dios y su fe les fue contada por justicia.

Ninguno de nosotros se presentará en el cielo comparando sus buenas obras con las de otro porque solamente habrá Uno que recibirá la gloria ante el trono de Dios. Sólo habrá una estrella brillante. Allí no habrá una clase de casta espiritual presumiendo de sus gloriosas obras, mientras algunos de nosotros permanecemos en un rincón preguntándonos qué es lo que después de todo hicimos para estar allí. Jesús, solamente Jesús recibirá la gloria de nuestra salvación. Si no fuera por Él ninguno de nosotros estaría allí.

Pablo lo explica de esta manera: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14). No importa cuántas buenas obras hayamos hecho por Él, no importa cuántas personas hayamos llevado a Él o cuántas iglesias establecimos para Él, nuestra única gloria es en Jesucristo, quien murió por nosotros.

Nuestra justicia no es cuestión de buenas obras, esfuerzos humanos, o el cumplir con ciertas leyes rituales o alimenticias. Nuestra justicia—aquí y ahora y por toda la eternidad—es el resultado de nuestra simple fe en el Hijo de Dios, Jesús.

La justificación por fe remueve todas las distinciones entre los que pertenecen a Cristo. Yo no soy mejor que usted, ni usted mejor que yo. Todos somos pecadores, salvos únicamente por la gloriosa gracia de Dios. No hay otra manera de ser justos delante de Dios. Hay una sola clase de justicia que Dios aceptará, y es la justicia atribuida a Jesucristo.

Si estoy buscando relacionarme con Dios basado en mi justicia propia o mis buenas obras; o si espero ser bendecido por mi buena conducta esta semana, o porque he leído muchos capítulos en la Biblia o he orado mucho, entonces mi relación con Dios siempre será débil.

A veces siento que mi relación con Dios es buena y otras veces que es mala. ¿Por qué? Porque estoy tratando de relacionarme con Él basado en mi propia justicia

Sin gracia, mi relación con Dios nunca será una realidad establecida y es imposible disfrutar de paz. Si mi relación con Dios dependiera de cómo me siento o de cómo estoy viviendo en mi propia justicia la mayoría del tiempo, no podría relacionarme con Él.

Cuando mi relación con Dios es afirmada en la atribución de gracia de Dios hacia mí, la puerta de bendición nunca está cerrada. Las bendiciones de Dios son otorgadas en cuanto a Su gracia, a Su favor inmerecido. Yo nunca merezco o gano una bendición. Las bendiciones que llegan a mi vida son siempre afirmadas en el inmerecido favor de Dios hacia mí. Dios me ama entrañablemente, Él me bendice de todas maneras. ¡Dios es tan bueno! La verdadera alabanza es la que brota espontáneamente de nuestros corazones cuando reconocemos la maravillosa gracia de Dios hacia nosotros.

UNA TENDENCIA OBSTINADA

A nosotros se nos hace difícil separar el concepto de que nuestra justicia de alguna manera tiene que estar relacionada a las obras que hacemos para Dios. Tenemos la tendencia a considerar que algunos creyentes son más santos que otros en cuanto su desempeño. Nosotros aún podemos encontrarnos usando esta norma para juzgar a otros. Si alguien no está haciendo obras al mismo nivel que nosotros o no es tan entusiasta como nosotros, entonces seguramente esta persona no es tan justa como nosotros.

Es extremadamente difícil remover de nuestro pensamiento la idea de la justificación por obras. Siendo que esta noción está tan profundamente grabada en nuestra forma de pensar, muchos de nosotros constantemente nos encontramos luchando con sentimientos de culpabilidad.

Aun como cristianos podemos encontrarnos acorralados por dañinos episodios de culpabilidad. Porque amamos a Dios deseamos adoptar normas personales de conducta manteniendo nuestra identidad como hijos de Dios. Ahora que Cristo habita en mí, deseo manifestar Su amor, que es paciente, sufrido, bondadoso, gentil y misericordioso.

¡Y aun así cuán frágil puede ser ese amor en mi vida! Puedo estar conduciendo en la autopista cuando un conductor comete una imprudencia delante de mí que pone en peligro mi vida. Instantáneamente, fluyen en mi mente sentimientos de ira. Deseo pitarle y chocarle el parachoques y así demostrarle a ese idiota cómo realmente me siento acerca de su manera de conducir. Pero después de pensar todas estas cosas maliciosas, recuerdo que las placas de mi automóvil tienen una inscripción que dice "CALVARIO." En ese momento, todos mis viejos y familiares sentimientos de culpabilidad se derraman en mi corazón. Pensamientos de acusación como, *¡Qué gran ejemplo eres!* inundan mi mente y me dejan con un sentimiento total de culpa. He echado todo a perder otra vez. Una vez más le he fallado a Dios, y he quedado con un sentimiento de separación total de Él.

Tratar de relacionarnos con Dios en cuanto a esfuerzos y obras es siempre una lucha. No podemos conocer la paz de Dios hasta que no experimentemos la gracia de Dios.

Lo que es difícil de comprender es que aunque mi conducta es equivocada, ésta no tiene nada que ver con mi posición ante Dios.

¡Es tan difícil separar el concepto de obras y ley de la idea de justificación! Mi conducta y manera de presentarme delante Dios parecen estar inseparablemente relacionadas, pero aun así no lo están en absoluto.

La verdad es que Dios mismo me ha atribuido el derecho de presentarme ante Él, simplemente por creer en Su Hijo Jesucristo. Si cumplir con una lista de reglamentos como el de “nunca enojarme al conducir” o “nunca perder la calma con mis hijos” me hubieran podido traer a una relación correcta con Dios, entonces mi conducta y mi posición con Dios hubieran estado relacionadas. Pero no hay reglas que den vida, porque el pecado ha traído separación y muerte. Para que nosotros tengamos vida, Dios ha establecido el Nuevo Pacto basado en promesas aun más excelentes que en las de justificación por las obras. El Nuevo Pacto es el evangelio de la gracia.

GRACIA Y PAZ

Quizás, usted ha sido un infeliz. Se ha sentido irritado y miserable y siente que Dios no puede amarle. Se siente totalmente disgustado con el fracaso de su carne. Sabe que lo que se merece es el juicio y castigo de Dios.

Entonces de repente y sin esperarlo, Dios le da una bendición gloriosa. En ese momento su corazón se levanta hacia Dios en alabanza y adoración espontánea. Esta es la verdadera forma de alabanza—la clase de adoración que espontáneamente brota en respuesta a la gracia de Dios. Esta es la clase de alabanza que dice, “Dios es tan bueno conmigo. No soy merecedor ni siquiera de una porción de Su bondad.”

Porque me relaciono con Dios en cuanto a Su gracia, nunca más seré excluido de recibir Sus bendiciones.

Por el contrario, si estoy esperando la intervención de Dios en mi favor en cuanto a mi bondad y buenas obras, entonces estoy apartado de Dios la mayor parte del tiempo.

He descubierto que la falta de bendiciones de Dios en mi vida no tienen nada que ver con mi desempeño externo, sino que radica en mi falta de fe en la gracia de Dios. He aprendido que la bendición de Dios es incondicional. Entre más veo Su bendición sobre mi vida más me doy cuenta de que no la merezco. Por ésta verdad, puedo tener una paz gloriosa. Yo no tengo necesidad de preocuparme.

Si seguimos confiando en nuestra justificación propia como la base de nuestra relación con Dios, jamás experimentaremos una paz consistente. Tratar de relacionarnos con Dios en cuanto a nuestro esfuerzo y obras es siempre una lucha, siempre una carga, siempre una presión. Si alguna vez hemos de conocer la paz de Dios, debemos primero comprender que la gracia maravillosa de Dios fluye primero hacia nosotros aunque somos corrompidos y no la merecemos.

Entonces, después de aceptar la gracia gloriosa de Dios, la paz de Dios llena nuestros corazones y vidas. Sabemos que Él nos ama aun estando lejos de ser perfectos, aun habiendo fallado. Cuando parece que nadie nos ama (y no los culpamos, porque ni siquiera nos amamos a nosotros mismos) aun así, Dios nos ama.

¿Ha oído alguna vez de los gemelos Siameses del Nuevo Testamento? Son dos pequeñas palabras, “gracia y paz.” Siempre están unidas y en ese orden. Podemos decir que el mayor de los gemelos es gracia. Siempre es gracia y paz; nunca leemos una salutación de paz y gracia. ¿Por qué? Porque eso sería como poner la carreta delante del caballo. El orden correcto es *siempre*: gracia y paz. No podemos conocer la paz de Dios en nuestros corazones hasta no experimentar primero la gracia de Dios en nuestras vidas.

TAN PUROS COMO JESÚS

La Biblia dice que aquel que pone su fe en Jesús ha sido “justificado.” ¿Qué significa esto? Significa que Dios nos ha puesto delante de Él como si nunca hubiéramos pecado.

¡Para Dios esto no fue una hazaña fácil! Porque si todos hemos pecado y hemos sido descalificados, ¿cómo es que Dios puede mirarnos como si nunca hubiéramos pecado y aun seguir siendo justo? Si Él ve nuestras vidas como realmente son y debe actuar de acuerdo a Su atributo de justicia, ¿cómo entonces puede tratarnos como si fuéramos perfectos?

Aquí es donde encontramos el poder del evangelio. Dios hizo que Jesús, que no tenía pecado se hiciera pecado por nosotros. Las Escrituras declaran que Dios cargó en Cristo, quien era inocente, las iniquidades de todos nosotros. Jesús literalmente tomó nuestro lugar y recibió el castigo que yo merecía por ser un pecador culpable.

Este es el evangelio glorioso de gracia. Podemos permanecer justos delante de Dios de una manera muy superior a lo que pudiéramos lograr bajo la ley. Porque no importa cuán meticulosamente tratemos de cumplir la ley, siempre nos quedaremos cortos. La justicia que proviene de la fe en Cristo, sin embargo, nos es atribuida y es completa. No hay nada que podamos agregar a esto. En Cristo, tengo absoluta y perfecta justicia delante de Dios. Ya no hay cargos en mi contra. En Sus ojos, soy perfecto. Esto no quiere decir que soy un hombre perfecto—;no, por favor! Esto significa que Jesucristo es perfecto y que Su justicia es acreditada a mi cuenta por mi fe en Él.

¡Alabado sea Dios por el conocimiento que la gracia de Dios ha traído a mi corazón y por la relación de amor que tengo con Él! No puede ser alterada. No cambia cuando estoy deprimido o equivocado o enojado. Es una relación viva que es constante y siempre actual. Él me ama cuando soy bueno y me ama cuando soy malo. ¡Qué maravilloso es conocer la gracia de Dios y el evangelio de acuerdo a la gracia!

GRACIA

NO HAY FAVORITOS EN EL REINO

¿SE HA DADO CUENTA que con frecuencia las mismas personas a las que habíamos catalogado como imposibles de ser salvos ya habían sido marcadas por Dios como los próximos conversos?

No es fuera de lo común que en uno de los pasillos de Capilla Calvario sorpresivamente se encuentren amigos que por mucho tiempo no se habían visto y que ambos digan al unísono, “¿Qué estás haciendo aquí?” Verse el uno al otro en la iglesia con una Biblia en la mano y una sonrisa en los rostros los deja completamente atónitos. Ninguno pensó que alguna vez el otro pudiera ser salvo.

Yo no creo que muchas personas en la iglesia primitiva hubieran estado orando por la salvación de Pablo. Ellos probablemente le estarían rogando a Dios, “Señor, elimínalo de la faz de la tierra, va a aniquilar a la iglesia.” “¡Detenlo, Señor!” Ellos probablemente estaban deseando que Dios hiciera caer Su juicio sobre él.

Pero Dios tenía otra manera de detenerlo, muy diferente a cualquier cosa que ellos hubieran anticipado. Dios puso un alto a la vida de Saulo en su camino a Damasco y le dio un giro de 180

grados. Saulo renació como Pablo y llegó a ser el proclamador más grande del evangelio de la gracia en la historia.

Dios es especialista en tomar al más detestable de los candidatos y convertirlos en trofeos de Su gracia. Él tiene la capacidad de hacer un maravilloso cambio en cada uno de nosotros. Él puede cambiar nuestro sistema de valores y convertirnos en nuevas criaturas en Cristo. Él nos llama a ser ejemplos de lo que Su gracia puede hacer.

NINGUNO ES TAN PEQUEÑO

Algunas veces cometemos el error de pensar que Dios usa solamente a gente “especial”—los fuertes, los inteligentes, los hermosos. Nosotros no pensamos que Él pueda tener un lugar para nosotros. ¡Qué equivocados estamos!

Dios no tiene gente “importante.” Dios usa a personas comunes y obra a través de personas sencillas. Por tal motivo Pablo escribió: “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo que es fuerte” (1 Corintios 1:26-27).

Dios nos ama a nosotros, personas comunes, y nos llena con dones para que podamos ocupar nuestro lugar en el cuerpo de Cristo. Cualquier habilidad que nosotros poseamos es un don proveniente de Su mano. Todo lo que tenemos nos fue dado por Dios. Como Pablo lo expresa en 1 Corintios 4:7, “¿Qué tienes que no hayas recibido?”

¿Cómo es que me puedo gloriar en mi ministerio como si no lo hubiera recibido, como si lo que yo estoy capacitado de compartir proviene de mi genio o brillantez? Todo lo que tengo de valor proviene de Dios. De ninguna manera debería estar orgulloso o jactancioso, como si yo estuviese independiente de Él. Separado de Él, no soy nadie. Apartado de Él, yo no puedo hacer nada.

NO HAY FAVORITOS EN EL REINO

El hombre frecuentemente desarrolla un panorama inflado de su propia importancia y grandeza y se jacta sobre el lugar que ocupa en la obra de Dios. Pero la verdad es que, Dios no necesita de ninguno de nosotros. Lamento si esto le hace sentir que no es importante, pero es la verdad. Él ha escogido usarnos, pero no tiene por qué ser así. Él muy fácilmente podría usar a alguien más.

Para mí esto es conmovedor. No he sido escogido para servir porque yo sea tan maravilloso. Dios no nos ha elegido por nuestra grandeza, habilidades o potencial. Él nos escoge porque Él lo decidió así. A las personas orgullosas que se dan importancia esto no les gusta. Ellos sienten que están “por encima” de los escogidos... y así, con esa actitud, usualmente no lo son. Dios nos elige por Su gracia. Él me escogió a mí. Él lo escogió a usted. El cielo va a estar lleno de sorpresas. Al mirar alrededor nuestro, la primera sorpresa será ver a todas las personas que creíamos nunca lo lograrían. La siguiente sorpresa será la de ver a aquellos sentados en la primera fila en los lugares de honor. Nosotros diremos, “¿Quiénes son éstas personas?, nunca las he visto.” “Algunos de ellos asistían a Capilla Calvario,” algunos dirán, “pero, ¿dónde está Chuck?” Y en algún lugar muy detrás de la multitud, desde el puesto de los cacahuates, yo voy a gritar, “¡Aquí estoy! Gracias a Dios, lo logré por Su gracia.”

TODOS SON IGUALES EN EL REINO

Antes de encontrarse cara a cara con Jesús en el camino a Damasco, el apóstol Pablo vivió la mayoría de su vida como fariseo. Los Fariseos, podrá recordar, eran miembros del legalista y estricto sector judío que tan fuertemente se opuso a Jesús.

Podemos darnos una idea de cómo eran ellos al considerar sus oraciones, las cuales unas pocas se han preservado. Cada mañana los rabinos oraban, “Padre, yo te agradezco el no haber nacido un gentil, un esclavo, o una mujer.” No cabe duda que esto fue una parte de la vida devocional de Pablo por muchos años.

Qué interesante es entonces, que en Gálatas 3:28 el apóstol vuelca todos los tres componentes de ésta oración tradicional sobre sus

cabezas. Él escribe, “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”

Jesús ha hecho disponible el acceso a Dios igual para todas las personas. Dios nos recibe como a Sus hijos amados; ésta es la belleza del evangelio.

Jesús es la gran balanza. Su gracia se rehúsa a elevar a una persona más que a otra. Todos somos uno porque en Cristo, Dios acepta a un pecador tanto como a otro. Dios valoriza a cada individuo inmensamente.

Este evangelio ha causado un impacto tremendo a cualquier parte del mundo al que haya ido. Consideremos los derechos de las mujeres. Antes de que llegara el cristianismo a Nueva Guinea, a las mujeres se les consideraba indignas de adorar a Dios. Una mujer tenía tan sólo que tocar un lugar de adoración para ser puesta a muerte.

Tal clase de ciudadanía de segunda categoría creó un clima de miedo y vergüenza y condujo a un porcentaje extremadamente alto de suicidio entre las mujeres. Ellas no tenían mucho por lo cual seguir viviendo y la opresión era demasiado fuerte. Imaginemos el impacto que el evangelio de gracia ocasionó en esta cultura cuando apareció en la escena. De repente hombres y mujeres descubrieron que en Cristo no existe ninguna distinción entre ellos.

Jesús ha hecho el acceso a Dios igualmente disponible para todas las personas sin que importe su grupo demográfico. Dios no nos recibe como a extraños justificados o amistades lejanas, sino como a Sus queridos y amados hijos. Juan nos dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Esta es la belleza del evangelio.

No importa lo que hemos sido o las maldades que hemos cometido, si ponemos nuestra fe en Cristo, seremos perdonados de todos nuestros pecados. Aun más allá de ésta bendición incomprensible, Dios nos recibe como a Sus hijos. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando escribió: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo

Jesús” (Gálatas 3:26). La palabra “hijos” en este pasaje literalmente significa “puesto como hijo.”

Dios no considera a nadie una persona de importancia. Los objetos de Su gracia no son solamente los fuertes, los hermosos o los inteligentes. Él llama a Su lado a gente común como nosotros y nos envuelve con Sus brazos poderosos en un gentil abrazo de amor. Este es el evangelio de la gracia.

ESCOGIDOS POR GRACIA

Pablo vió su vida como el resultado de la bondadosa elección de Dios. Y lo expresó así: “Pero cuando agradó a Dios... revelar a su Hijo en Mí...” (Gálatas 1:15, 16). Esto es lo que Dios desea hacer en cada una de nuestras vidas. Esto es lo que Dios ahora desea hacer en usted. Dios desea revelar a Su Hijo al mundo a través de usted.

De hecho, Dios ha estado trabajando en su vida desde el momento en que fue concebido para hacer de usted el instrumento perfecto para revelar a Su Hijo. Por esto Pablo escribió: “...Dios que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por Su gracia” (Gálatas 1:15). Es admirable ver como Dios preparó a Pablo para su ministerio mucho antes de que tuviera uno.

Dios sabía que Él iba a necesitar una persona especial para llevar el evangelio de gracia a los gentiles. Este debería romper con la arraigada tradición de los judíos, quienes tendían a ser gente partidista. Ellos no se mezclaban con los gentiles, rehusaban comer con ellos o entrar a sus casas. De hecho, cuando un fariseo caminaba por las calles, agarraba cuidadosamente sus prendas por temor que su vestimenta pudiera tocar a un gentil. Si por accidente un fariseo tocaba a un no-judío, él iba a su casa, se daba un baño, lavaba sus ropas, y se alejaba del templo durante ese día. Él se consideraba inmundo. Aun así el hombre que Dios necesitaría para proclamar las buenas nuevas debería salir y vivir con los gentiles y llegar a ser uno con ellos.

¡Qué interesante es ver que Dios escogió para esta tarea especial al judío que era el más celoso de las tradiciones de sus padres!

Al reflexionar en el pasado Pablo pudo ver cómo la mano de Dios había estado en su vida desde el principio. Siendo que la cultura griega había saturado al mundo, el hombre escogido por Dios debía estar compenetrado en sus costumbres y filosofía. Siendo que estaría viajando extensivamente por todo el imperio romano y enfrentando toda clase de riesgos, él necesitaba ser un ciudadano romano. Así que Dios hizo arreglos para que Saulo naciera como un ciudadano romano. No sabemos cómo fue obtenida su ciudadanía, pero definitivamente fue de gran ventaja para Pablo, librándolo de algunas circunstancias difíciles y amenazantes para su vida (ver Hechos 22 y 25).

Tarso también disfrutaba de una fuerte cultura griega. Pablo tenía más que una pequeña exposición a la cultura y pensamiento helenístico; él era parte de ella. Esto le hizo posible relacionarse efectivamente con los gentiles y conocer los matices del pensamiento griego. Su educación le permitió comunicar las verdades de Jesucristo a los griegos.

Al mismo tiempo, Dios necesitaba una persona que fuera completamente judía. Cuando Pablo tenía 12 años, sus padres lo enviaron a Jerusalén a estudiar a los pies de Gamaliel, uno de los grandes escolásticos judíos de la época.

Allí Pablo fue absorbido por la cultura y tradición hebrea, dominando el Talmud y las escrituras hebreas. Pablo se convirtió extremadamente celoso por la ley y buscó en lo mejor de su habilidad guardarla para ser justificado. Él sobresalió entre sus contemporáneos. A los filipenses escribió: “Si alguno piensa que tiene de que confiar en la carne, yo más” (Filipenses 3:4). Pedro y los otros discípulos, debido a su trasfondo cultural no estaban preparados para comprender la ley como Pablo.

Cuando el día finalmente llegó para que Dios revelara Su gracia a Pablo en el camino a Damasco, el apóstol instantáneamente pudo relacionar las Escrituras del Antiguo Testamento con la aparición reciente de Jesucristo. Comenzó a ver al Mesías desde un punto de vista diferente. Pablo fue la elección perfecta para

predicar el evangelio de gracia, porque si alguien había buscado la justificación por la ley, era Pablo. Aquí estaba un hombre que podía decir, “En cuanto... a la justicia que es en la ley, [yo era] irreprochable” (Filipenses 3:6). Él conocía lo inútil que era el tratar de ser justificado por la ley, así que cuando llegó al conocimiento glorioso de Jesucristo, gozosamente abrazó la nueva justicia atribuida a él por la fe en Jesucristo.

NADA HA CAMBIADO

La historia de Pablo es dramática, pero no nos imaginemos por un momento que ésta clase de preparación divina es singular para él u otros santos del Nuevo Testamento. Yo puedo examinar mi propia vida por ejemplo, y ver que Dios me separó desde el vientre de mi madre para la obra que Él tenía para mí.

En retrospectiva recuerdo eventos importantes que no parecían tener mucha importancia en ese momento. Ahora me doy cuenta que estos incidentes que fueron encrucijadas en mi vida ayudaron a moldear y determinar mi destino. Mirando atrás, puedo ver la mano de Dios en cada una de éstas situaciones, aunque en aquellos momentos no me percaté que la mano de Dios estuviera de alguna manera cercana. Pensé que Dios me había abandonado. Pero ahora veo que Dios estaba trabajando en cada circunstancia difícil de mi vida, preparándome para el trabajo que me había ordenado hacer. Es algo emocionante recordar algunas de las decisiones que tomé en momentos críticos y darme cuenta que la mano de Dios me estuvo dirigiendo siempre.

Nosotros cantamos, “Todo el camino me guía mi Señor.” Con seguridad, yo puedo testificar que la mano de Dios ha estado sobre mi vida desde el principio. Algunas veces Dios intervino sobrenaturalmente para protegerme. Él tenía una obra especial para mí y me estaba capacitando para esa obra.

Unas semanas antes de que yo naciera mi primo murió de meningitis en la columna vertebral. Mi hermana también fue contagiada por ésta terrible enfermedad. Un día tuvo convulsiones tan

graves que mi familia pensó que estaba muerta. Mi madre salió corriendo del apartamento hacia el pastor de una iglesia local, donde puso en la alfombra el cuerpo sin vida de mi hermana. El pastor y mi madre comenzaron a orar que Dios le devolviera la vida a mi hermana. Sus ojos estaban dados vuelta, su mandíbula quieta, y no tenía pulsación aparente.

Cuando mi papá, un poco después, regresó a casa del salón de billar, una enfermera lo estaba esperando. Ella le dijo, “Más vale que usted vaya a buscar a su esposa. Su hija está muriendo. Lo más probable es que ya haya muerto.” Mi padre corrió hacia la iglesia para golpear al pastor y llevar a mi hermana al hospital. Él pensó que era ridículo orar cuando lo que se necesitaba era un doctor. Pero cuando entró y vio la condición de mi hermana, se dio cuenta que era demasiado tarde. Él cayó de rodillas, quebrantado delante de Dios.

El ministro le dijo a mi madre, “Ahora, quite sus ojos de la pequeña. Solamente fije sus ojos en Jesús y comience a mirar al Señor.” Mi madre, embarazada de mí, levantó su rostro a Dios y dijo, “Señor, si restauras a mi hija, yo prometo entregarte mi vida. Te serviré en lo que Tú quieras que yo haga.” Mi hermana fue sanada instantáneamente. Comenzó a llorar, se sentó, miró a su alrededor, y pidió que la llevaran a casa. La llevaron a la casa, completamente sana.

Yo nací pocas semanas después y el doctor anunció, “Tienen un varoncito.” Mi padre salió volando por el pasillo del hospital gritando, “¡Alabado sea el Señor, es un niño!” En aquel momento mi madre oró, “Gracias Señor, por haberme devuelto a mi hija. Y el voto que hice de servirte, lo cumpliré a través de mi hijo.”

Desde mis primeros días, mi madre plantó en mi corazón la Palabra de Dios. Mientras me columpiaba en el patio, me ayudaba a memorizar versículos de la Escritura. A los cuatro años me enseñó a leer usando la Biblia. Yo deletreaba las palabras que no podía pronunciar. Años más tarde ella recordaría los momen-

tos cuando yo no sabía todas las letras pero hacía el esfuerzo de describirlas. Ella se reía al acordarse que a la letra “v” yo la describía como una tienda de campaña al revés. Con paciencia y amor, me nutrió y enseñó el temor de Dios.

A los siete años yo podía mencionar y deletrear todos los libros de la Biblia. A la hora de dormir, yo nunca escuché cuentos de hadas, sino historias bíblicas. En vez de Ricitos de Oro o Blanca Nieves, crecí con David y Moisés. Mi madre me enseñó que mientras Dios estuviera conmigo, no tenía por qué temer a nada ni a nadie. Ningún gigante podría permanecer de pie contra mí si Dios estaba conmigo.

Yo no puedo recordar algún momento en el cual no conocí y amé a Dios. Yo no tengo un testimonio de conversión. Una vez hice una profesión pública de fe y fui bautizado, pero al parecer fui separado para Dios y la Palabra de Dios desde el vientre de mi madre.

Al crecer, me decidí por la carrera de neuro-cirujano, así que comencé a tomar cursos que me prepararan para ésta profesión. Cada vez que yo compartía mis aspiraciones, mi madre solamente sonreía y me animaba. Ella nunca mencionó la promesa que hizo con mi vida al yo nacer.

Durante mis años de adolescencia Dios cambió mi vida en un campamento de verano donde hice un compromiso a la Señoría de Jesucristo. Dios impresionó en mi corazón que el hombre tenía mayores necesidades que las físicas. Ministrar a las necesidades físicas proveen de una ayuda temporal, pero ministrar a las necesidades espirituales ayudan a la gente eternamente. Dios me llamó para ministrar Su sanidad al espíritu del hombre.

Yo pensé que mi madre estaría completamente decepcionada al saber que su hijo no iba a ser un doctor. Yo esperaba hombros caídos y caras alargadas cuando anunciase a mi familia del

cambio de dirección en mi vida. Pero cuando le conté a mi madre que había sentido el llamado de Dios para el ministerio y para ir a un colegio bíblico, solamente se sonrió y dijo, “Está bien, hijo.” Me sorprendió que no lloró ni se enojó.

Fui al colegio bíblico, recibí mi entrenamiento, me casé con Kay, y juntos comenzamos nuestro ministerio. Poco antes de que mi madre muriera, ella me contó la historia de la muerte aparente de mi hermana y de la promesa que le había hecho a Dios de cumplirla a través de mí. Ella fue una de las personas más bellas y bondadosas que alguna vez haya conocido. Nunca conocí, una mujer tan profundamente espiritual y ejemplar. Yo ahora puedo mirar hacia atrás y ver que aun desde el vientre de mi madre fui separado por Dios para el ministerio que Él tenía en mente para mí.

¿Sabía que lo mismo es verdad para usted? Si por fe ha puesto su destino eterno en las manos amorosas de Jesucristo, puede estar seguro que Dios esta obrando formando los eventos y circunstancias de su vida en un hermoso mosaico que revelará a Su Hijo a hombres y mujeres a su alrededor. Su mano está sobre usted, como lo ha estado desde antes de nacer.

LLAMADOS POR GRACIA

Es muy importante recordar que la mano de Dios está sobre nosotros por gracia. Todos fuimos llamados *por gracia*. Como dijo Pablo: “Agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y *me llamó por su gracia*” (Gálatas 1:15, énfasis agregado). Yo no merezco ser llamado a servir a Dios. Yo no merezco ser salvo. Yo no merezco ir al cielo. Yo merezco ir al lugar más caliente del infierno.

Aun así esto no es lo que Dios quiere para mí ni para el resto de nosotros. Dios ha planeado nuestras vidas bondadosamente y nos ha dado una tarea especial que hacer. Algunas personas pueden cumplir el plan de Dios para sus vidas en tan sólo una hora; otros somos lentos y afanosos y tomará toda una vida para cumplir totalmente el propósito de Dios para nosotros.

NO HAY FAVORITOS EN EL REINO

Dios tiene una obra especial para cada uno de nosotros y es necesario que estemos preparados para esta obra.

Recuerden la pregunta de Mardoqueo a Ester, “¿Y quién sabe si para ésta hora has llegado al reino?” (ver Ester 4:14). El mayor propósito de Dios para la existencia de Ester se cumplió en tan sólo unos pocos días. Dios la levantó, la trajo a la corte persa, y la convirtió en la esposa del Rey Asuero con el fin de que él, a través de la intercesión de ella, pudiera salvar a los judíos.

Dios tiene una tarea especial para cada uno de nosotros y es necesario que todos estemos preparados para ella. Muchos de nosotros pasaremos la mayoría de nuestras vidas preparándonos para cuando llegue ese día. Cumpliremos el propósito de Dios para nuestra vida y entonces moriremos. Los propósitos de Dios para nosotros habrán sido cumplidos.

Donde sea que nos encontremos, Dios tiene alguna razón para tenernos allí. Él ha puesto Su mano sobre nuestras vidas y sobre cada circunstancia. Puede ser que estemos atravesando por pruebas difíciles, pero las aflicciones son necesarias. Dios desea desarrollar en nosotros las características que nos capacitarán para cumplir Su plan para nosotros.

Dios está trabajando en cada uno de nosotros. Somos Su hechura, Su “*poiema*” u obra maestra (ver Efesios 2:10). Dios obrará en cada uno de nosotros de acuerdo a Su gracia para que así podamos cumplir con la obra que Él nos ha ordenado en Su reino y para Su gloria.

CUIDADO CON LA TRAMPA

Satanás sabe que la mano de Dios está sobre nosotros y tratará de usar nuestras debilidades e inhabilidades para desanimarnos. El demonio siempre pone demandas difíciles e irracionales sobre nosotros, haciéndonos creer que Dios está detrás de ellas, y nos acosa a forcejear y luchar para tratar de alcanzar un nivel de perfección que está fuera de nuestra capacidad.

A medida que Satanás nos hostiga y agobia, solemos caer en la desesperación. Nos desanimamos extremadamente y queremos rendirnos. Siempre que tratamos de cumplir una tarea que Dios no ha requerido de nosotros, nuestros corazones se agobian. Y los resultados pueden ser trágicos.

Un joven con un impedimento físico había estado asistiendo a nuestra iglesia. Después de cada servicio hacía el esfuerzo de caminar para hablar conmigo. Tenía una gran dificultad para hablar, de todas formas siempre admiraba su habilidad para expresarse. También admiraba su inteligencia; sus preguntas eran buenas y profundas.

Sin embargo, también estaba muy perturbado y un día trató de arrojarse delante de un carro en una calle muy traficada frente a la iglesia. Fue traído a la oficina, oramos con él y llamamos a las autoridades. Sentimos que por su propia seguridad necesitaba ser examinado por doctores. Fue llevado al hospital, donde fue examinado y después dado de alta.

Era muy claro que estaba sufriendo bajo una carga de condenación. “Chuck”, él lamentó, “No puedo dejar de fumar.” Traté de decirle que no se preocupara, que el fumar no lo convertía en un cristiano de segunda categoría. El siguiente domingo regresó a la iglesia y me dijo que Dios había tratado con él. Él me dijo que había llegado al punto de hacer un compromiso genuino, no obstante yo presentía que todavía se encontraba perturbado. Claramente, Satanás lo estaba acusando acerca de una debilidad de su carne y atormentándolo con su impedimento físico.

Un día ésta carga de desánimo y condenación le costó la vida. Saltó a su muerte desde un balcón de un elevado hotel local y todo porque permitió que el enemigo usara su debilidad para desanimarlo.

¡Si éste joven hubiera aprendido que no podemos ser más persona que la que Dios nos permite ser! Ninguno de nosotros jamás adquiere ningún valor aparte de la obra del Espíritu Santo

de Dios en nuestras vidas. Así que no debemos preocuparnos. No debemos condenarnos a nosotros mismos. No debemos regañarnos constantemente por nuestros errores. Solamente debemos admitir y reconocer nuestras debilidades, para humildemente decir, “Señor, yo sé que soy débil. Necesito Tu ayuda. Te entrego mi circunstancia y te pido Señor, que hagas por mí lo que no puedo hacer por mí mismo.” *Y Él lo hará.*

AQUÍ TODOS SON BIENVENIDOS

El cuerpo de Cristo es algo maravilloso. Toda parte del cuerpo es vital e importante. ¡Qué cuerpo inservible y ridículo sería si todo fuera una boca! Dios hizo que mi cuerpo tuviera una boca, pero con seguridad todo el cuerpo no es una boca. Muchas partes del cuerpo son más importantes que la boca. ¡Qué maravilloso es ver al cuerpo de Cristo funcionando tal como para lo que fue creado, con personas de todas las vocaciones de la vida, grupos sociales y educación trabajando juntos para servir a Dios en unidad!

Dios desea revelar a Su Hijo en usted, no importa de dónde provenga o dónde se encuentre o lo que esté haciendo. Deje que Jesús brille a través de su vida, actitudes, reacciones, y respuestas.

Nosotros solíamos cantar un coro en la iglesia, “Deja que la belleza de Jesús sea vista en mí, toda Su maravillosa pasión y pureza. Oh, Tú Espíritu divino, refina toda mi naturaleza, hasta que la belleza de Jesús sea vista en mí.” Éste es más que un maravilloso coro y una maravillosa oración. Debería ser el deseo de cada uno de nuestros corazones. Oh Señor, deja que Tu belleza sea vista en mí. Así como David oró, “Estaré satisfecho cuando despierte a Tu semejanza” (Salmos 17:15).

Por el Espíritu todos nosotros—los lindos y los feos, los fuertes y los débiles, los brillantes y los simples—estamos siendo transformados a la semejanza de Jesús. Todos juntos somos objetos de Su gracia. Todos seremos satisfechos en el glorioso día cuando despertemos a Su semejanza.

¿Cómo podría esto ser de otra manera?

GRACIA

UN CUADRO DE LA GRACIA

UNA COSA ES HABLAR de la gracia en lo abstracto, pero no así el describir a lo que se parece. Si “un retrato vale mil palabras,” ¿Qué clase de retrato dibuja la gracia?

Quizás el mejor retrato hablado de la gracia en toda la Biblia, es provisto por un personaje del Antiguo Testamento, mencionado por varios escritores en el Nuevo Testamento. Abraham es universalmente aceptado como el padre de aquéllos que creen. Él nos ofrece un retrato claro de lo que la gracia es y hace.

En ambas epístolas, Romanos y Gálatas, el apóstol Pablo nos hace recordar a Abraham como el ejemplo principal de un hombre a quien Dios aceptó en cuanto a su fe. En Romanos 4:3, Pablo escribió: “Porque, ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y le fue contado por justicia.” El apóstol usa el mismo ejemplo en Gálatas 3:6-7, en donde escribió: “Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.”

REPASANDO LA HISTORIA

Génesis 15 nos cuenta, que Abraham y su esposa Sara, no podían

tener hijos. Aun así, Dios les dio la promesa de que a través de su simiente, todas las naciones de la tierra serían bendecidas. A pesar de toda improbabilidad, Abraham confió en Dios. Génesis 15:6 dice: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.”

Sin embargo, al pasar año tras año sin que llegara ningún bebé, Abraham y Sara comenzaron a dudar si Dios iba a cumplir con Su promesa. Así que un día, Sara tomó el asunto en sus propias manos y le sugirió a Abraham que embarazara a su sierva Agar. Entonces ellos criarían al niño como si fuera suyo. (¡Qué interesante es notar que la idea de la paternidad artificial no es tan moderna como lo queremos pensar!). Agar concibió y dio a luz un hijo, a quien llamaron Ismael. Aun así, cuando este niño tenía 13 años, Dios repitió Su promesa a Abraham. Abraham todavía tenía dificultad en creer que Dios le daría un hijo con Sara. Él le dijo a Dios que la idea era muy linda, pero que en realidad Ismael ya estaba allí ¿Por qué no simplemente bendecirlo a él?

¡Qué estimulante es ver que Abraham, un hombre a quien la Biblia llama el “padre de todos los creyentes” (Romanos 4:11), luchó en creer que la promesa podía ser cumplida a través de la simiente de Sara! Cuando el Señor repitió Su promesa de proveer un hijo a través de Sara, les fue tan increíble que Sara se rió. Años después, cuando la promesa se cumplió y Sara dio a luz a su hijo, al cual llamaron Isaac, que quiere decir “risa.”

Al crecer Isaac, su hermano mayor Ismael resintió la atención prodigada sobre éste hijo de la promesa. En la fiesta dada para celebrar el destete de Isaac, Ismael se mantuvo a distancia, burlándose de su hermano. Cuando Sara observó ésta actitud rencorosa, ella demandó que Abraham los mandara lejos a ambos, a él y a su madre Agar. Ella insistió en que Ismael no compartiría la herencia destinada para Isaac.

Naturalmente, Abraham fue quebrantado por el cambio de eventos; pero Dios le aseguró que Él cuidaría de Ismael. Abraham debía escuchar a Sara y echar a la esclava y a su hijo. Era claro que ellos no heredarían la bendición prometida de Dios.

PINTANDO EL CUADRO

Cuando Pablo quiso reforzar su caso de la justificación por gracia a través de la fe, usó a Abraham como ejemplo para sus lectores. Él dijo que la historia de Abraham contenía una alegoría que clarificaba su propósito. Tradicionalmente, los rabinos de la época de Pablo mantenían que habían dos interpretaciones fundamentales para cada pasaje de la Escritura. La primera, llamada *peshat*, se refería al significado sencillo y obvio del texto. También mantenían que existía un significado escondido para cada pasaje (el *remez*). Algunos rabinos también se adherían a dos tipos de interpretación adicional: el *derash*, que involucraba significados alegóricos y todo lo no literal; y el *sod* (“secreto”), que rendía un significado alegórico. El inconveniente de estas complejas y a menudo contradictorias escuelas de pensamiento, es que dejan a la persona común confundida y dudosa acerca del mensaje de la Escritura.

Yo creo que el mejor enfoque es el significado sencillo y obvio del texto porque Dios es completamente capaz de decir exactamente lo que Él quiere decir. Es triste ver que tantos se han extraviado de la clara enseñanza de la Biblia en busca de interpretaciones espiritualizadas y sofisticadas de la Escritura. Convengamos que espiritualizando lo suficientemente, podemos tomar algo tan inofensivo como la historieta infantil “Vieja Madre Hubbard” y desarrollar un tremendo sermón de éste cuento; pero también pensemos en las profundas implicaciones espirituales de esta mujer anciana que fue a la alacena a buscar un hueso para su pobre perro. Es más, podemos verla atrapada en la desolación, el desánimo y futilidad de su vida porque la alacena estaba vacía. ¡Qué día tan trágico es cuando todos nuestros recursos se han agotado!

Con un poco de imaginación podemos crear montañas doctrinales del más pequeño dique de un topo. La mejor regla entonces, es la de evitar interpretaciones alegóricas, a menos que la Escritura misma nos de la base para la alegoría. En este caso, por la inspiración del Espíritu Santo, Pablo extrae de la vida de Abraham una implicación alegórica en la cual se puede confiar:

“Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; más el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues éstas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del Monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; ésta es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia y corresponde a la Jerusalén actual pues éste, junto con sus hijos, está en esclavitud. Más la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre. Porque está escrito: “Regocíjate oh estéril, tú que no das a luz; Prorrumpme en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto; Porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido. Así que hermanos, nosotros, como Isaac somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas, ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre” (Gálatas 4:22-31).

LA IMPORTANCIA DE LA HISTORIA

Pablo nos dice que estos eventos no solamente son importantes en un sentido puramente histórico, sino que ellos también ilustran la situación difícil para los que tratan de heredar las bendiciones de Dios a través de las obras. Agar y su hijo son un cuadro que representa a aquellos que tratan de ser justificados delante de Dios por cumplir la ley. Cuando Abraham y Sara abandonaron la esperanza de ver la promesa cumplida, se volvieron a sus propios esfuerzos, lo cual lo único que les trajo fue angustia y frustración. Siendo que Ismael fue un producto de la carne, él sirve de modelo a los que están buscando ser bendecidos por obras humanas. Por otro lado, Isaac es el hijo de la promesa representando a los que heredarán la bendición de Dios por fe.

Qué interesante que así como Ismael se burló de Isaac, aquellos que viven bajo la ley siguen ridiculizando actualmente a quienes han escogido vivir por fe. Pablo sugiere que las tácticas de presión

de los Judaizantes estaban prefiguradas en el conflicto entre estos hermanos. De la misma manera, aquellos que en su día insistieron en adherirse a la ley para justificación, debían ser exilados. En el año 70 de nuestra era, cuando Jerusalén fue destruida por las legiones romanas bajo el régimen de Tito, ésta alegoría fue cumplida. Aquellos que persiguieron a los hombres y mujeres de fe fueron desterrados.

La libertad, la promesa, y las bendiciones de Dios pertenecen a todos quienes desean ser rectos ante Dios a través de Jesucristo.

Pablo contrasta el triste final de los legalistas con el maravilloso futuro de los hijos de la fe. Citando a Isaías, el escribe, “Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz, prorrumpes en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto porque más son los hijos de la desolada, que la que tiene marido” (versículo 27). Él quiere decir que estos creyentes, reunidos en el reino como un resultado de fe, superarán en número a todos aquellos que trataron de alcanzar a Dios por medio de sus propias obras.

Aquí es donde la alegoría es enfocada: “De manera hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre” (versículo 31). Todos aquellos que pertenecen a Cristo heredarán las bendiciones de Dios en cumplimiento de Su promesa a Abraham; que en su simiente todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Nosotros hemos sido bendecidos a través de la simiente de Abraham, Jesucristo. La libertad, la promesa y las bendiciones de Dios pertenecen a todos aquellos que buscan rectitud con Dios a través de la fe en Jesucristo. Como hijos de la promesa y recipientes del amor incondicional de Dios, nosotros podemos ahora disfrutar de una maravillosa armonía en nuestro caminar con Cristo.

Como lo dice tan elocuentemente el himno, “Jesús todo lo pagó. Todo se lo debo a Él; El pecado dejó una mancha carmesí, pero Él la lavó blanca como la nieve.” Cuando estemos delante del trono de Dios, quedaremos maravillados de todo lo que Cristo hizo por

nosotros. Mientras contemplemos el poder de las promesas de Dios ninguno de nosotros dirá, “A través de mis fieles y determinados esfuerzos he obtenido esta gloria.” En cambio, inclinaremos nuestros rostros desbordantes de gozo y diremos, “¡Gracias Jesús; Tú lo hiciste todo! Yo sabía que podías salvarme. Yo sabía que por mis buenas obras nunca hubiera podido salvarme a mí mismo. ¡Gracias Señor!”

UNA PREGUNTA CLAVE

¡Tal era la fe de Abraham! Pero la pregunta clave es, ¿cuándo fue que Dios proclamó a éste hombre como justo? ¿cuándo fue circuncidado o antes de ser circuncidado? Los falsos maestros de Galacia decían, “Ustedes no pueden ser justos a menos que sean circuncidados.” Ellos insistían que un ritual era esencial para salvación.

Entonces, ¿Cuándo fue que Dios atribuyó la fe de Abraham por justicia? ¿Fue antes o después de haber recibido el rito de la circuncisión? ¿Fue antes, no después! Abraham fue contado como justo *antes* de que supiera nada de éste ritual. La declaración de fe atribuida a Abraham por justicia es encontrada en Génesis 15; mientras que el rito de la circuncisión no es introducido hasta dos capítulos después. La justificación fue atribuida a Abraham en el momento que él creyó y confió en Dios.

Lo mismo que es verdad para usted lo es para mí. Al momento que creemos y confiamos en Jesucristo, Dios nos atribuye Su justicia—no en cuanto a lo que hemos hecho o vayamos a hacer, pero simplemente en cuanto a nuestra creencia en Jesucristo.

Como Cristo es el Señor del cielo, el Hijo de Dios, y mi Salvador personal, confiaré en Él. Cuando lo hago, Dios dice de mí, “¡Justo!” Un día a Jesús se le preguntó, “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado” (Juan 6:28-29). Si desea hacer la obra de Dios, crea en Jesucristo. Ésta es la obra de Dios. Esto es lo que Dios requiere de usted.

¿QUÉ ES LA VERDADERA FE?

Es interesante que Santiago—quien escribe una epístola para dar un puntapié en el trasero de algunos cristianos para sacarlos de su indiferencia y hacerlos mover—también usa a Abraham como un cuadro de fe. Su preocupación particular es el demostrar que la fe sin obras está muerta (Santiago 2:26). Santiago dice que la fe de Abraham lo condujo a hacer ciertas cosas, por lo tanto Dios reconoció su fe: “¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: “Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios” (Santiago 2:22-23).

Nuestras acciones deben estar en armonía con lo que creemos. Creer no es meramente lo que decimos; creer es demostrado por lo que hacemos.

En otras palabras, la verdadera fe es más que meras palabras. La verdadera fe nos conduce a acciones apropiadas. Si yo realmente creo en cierta cosa, entonces mis acciones serán de acuerdo a lo que creo. Puede que yo vehementemente proteste una creencia en algo, pero si mis acciones son inconsistentes de acuerdo a la creencia que profeso, entonces mis convicciones se tornan dudosas.

Por ejemplo, yo puedo decir que creo que el lunes habrá una bancarrota de la bolsa de valores y que el dinero ya no tendrá ningún valor. Todos los bancos estarán cerrados, las casas de ahorros y préstamos cerrarán sus puertas y ustedes no podrán sacar su dinero. Pero si yo no voy inmediatamente al banco a retirar mis fondos, ustedes podrán correctamente decir que en realidad no creí en lo que había dicho.

Nuestras acciones deben estar en armonía con lo que creemos o nuestra creencia puede ser dudada. Debido a que Abraham realmente creyó que a través de Isaac su simiente sería llamada, es que pudo llevar a su hijo a la montaña, ponerlo en el altar, y levantar su cuchillo. Él estaba listo para bajar su cuchillo porque

realmente creyó lo que Dios había prometido; que a través de Isaac su simiente sería llamada (Isaac todavía no tenía ningún hijo) y estuvo dispuesto a obedecer a Dios en ofrecer a Isaac en sacrificio. Él sabía que Dios, si fuera necesario, levantaría a Isaac de la muerte, para cumplir Su promesa (ver Hebreos 11:19). A tal grado creyó él en las promesas de Dios.

¿Qué tanto creemos *nosotros* en las promesas de Dios? Hace muchos años atrás escuché de alguien que se quedó sin combustible en el medio de una tormenta de nieve y necesitó pedirle un poco a su vecino. El río que separaba su casa de la de su vecino tenía la superficie congelada, así que se arrodilló y con las manos se extendió tan lejos como le fue posible sobre el hielo, golpeándolo con sus nudillos para determinar el grosor del hielo. De ésta manera estirándose y golpeando, pulgada a pulgada hizo su camino a través del río. Pronto sus nudillos estuvieron ensangrentados. Ya muy cerca de alcanzar la orilla más lejana, escuchó un retumbar detrás de él... y vio una estampida de caballos atravesando el río.

Algunos de nosotros decimos, “Yo creo en la promesa de Dios”, pero todavía nos encontramos golpeando para ver si Su promesa nos sostendrá. Nos movemos pulgada a pulgada cuidadosamente. “Yo sé que Dios dijo que Él suplirá todas mis necesidades,” decimos, “pero no estoy seguro que Él lo hará. Este pago está en deuda—y estoy golpeando para ver si Él suplirá esta necesidad. ¡Espero que cumpla Su promesa! En contraste, otros se aventuran en las promesas de Dios. Ellos han aprendido que Dios siempre cumple Sus promesas, no importa cuán malas las circunstancias aparenten ser. Alguna vez pudieron haber sido también “golpeadores de hielo”—pero una y otra vez descubrieron que Dios es fiel. Eventualmente su fe fue fortalecida, y comenzaron a actuar de acuerdo a ella. Todos nosotros exteriorizamos nuestras verdaderas creencias; éstas son demostradas por medio de nuestra vida.

La fe de Abraham fue demostrada por sus acciones. Si se hubiera sentado a discutir con Dios, realmente no hubiera creído.

Imaginemos que él hubiera dicho, “Dios, yo no puedo ofrecer a Isaac. ¿Quién te entiende, Señor? Él es mi hijo. Tú has prometido que a través de él las naciones del mundo serían bendecidas. Señor, no puedo hacerlo.” Muchas personas piensan que sólo con decir algo significa que es una creencia. Pero una creencia no es manifestación de lo que uno dice; las creencias requieren acción—son demostradas por nuestras acciones.

Así es que Santiago, citando el mismo pasaje del Antiguo Testamento como lo hizo Pablo, busca comprobar que la fe sin obras está muerta. Decir que se cree algo, pero fallar en vivir esa creencia, prueba que uno no tiene una fe real. La verdadera fe se demuestra a sí misma en acciones que están en armonía con la fe que es declarada. Abraham creyó en Dios, y su creer obró en acciones externas que estuvieron en armonía con su creencia. Así es que Dios consideró su fe como justicia. Abraham no fue justo por lo que hizo. Él fue justo por lo que creyó.

Lo que él hizo estuvo en armonía con lo que creyó. Dios tomó el creer y atribuyó justicia a Abraham por su fe.

¿CAPTA EL CUADRO?

Nada de esto, por supuesto, significa que nuestras acciones siempre van a ser perfectas. Como hijos de Dios que creemos en Jesucristo, estamos involucrados en una guerra espiritual. Aunque nuestros espíritus son renovados en Cristo Jesús, todavía estamos viviendo en estas moradas viejas y corruptas, nuestros cuerpos. Mi morada corrupta me hace fuertes demandas. Hay veces que me encuentro luchando contra mi carne para no hacer las cosas que en realidad deseo hacer. Algunas veces mis actividades y acciones están opuestas a mi fe en Jesucristo.

Pero no puedo vivir en esa condición. Yo puedo tropezar y caer como lo hacen todos, pero no me quedo ahí. El Espíritu no permite que me quede ahí. Él me anima y me ayuda a levantarme otra vez. Cuando me tropiezo y caigo, Dios no toma el borrador y quita mi nombre del libro de la vida. Cuando uno le está enseñando a su hijo o hija

a caminar, el que tropiecen no nos incita a gritarles, *“Salte de aquí, mocoso. ¡Tú no eres mi hijo, cayéndote así! Te desheredo.”* ¡No! Uno toma a su hijo y le dice, “Esta bien, trata otra vez, ven ahora a papito. ¡Ven! ¡Ven!” Y animamos a nuestro hijo a intentar una y otra vez.

Usted es hijo de Dios. Él está tratando de ayudarle a desarrollar un caminar con Él. Nos conforta saber que cuando tropezamos y caemos Él no nos da un puntapié, ni no nos deshereda. Él no nos dice, “Tú ya no eres mi hijo porque tropezaste!” Al contrario, Él nos levanta y nos sacude el polvo. Él nos dice, “Todo está bien ahora, trata de nuevo.”

Cualquiera que es nacido de Dios no puede vivir en pecado. No podemos estar practicando una vida de pecado. Si lo estamos haciendo, estamos negando que creemos en lo que decimos que creemos. Abraham creyó en Dios y sus acciones estuvieron de acuerdo a su creencia.

Por supuesto, que esto no quiere decir que una vez que Abraham dedicó en fe su vida a Dios no titubeó otra vez en su creer. ¡Lejos de ser así! En Génesis 15:6, la declaración bíblica sobre la fe de Abraham se encuentra intercalada entre dos incidentes que describen dos grandes lapsos en su fe. Los capítulos 12 y 20 de Génesis describen cómo Abraham inventó mentiras tramadas para salvar su propio pellejo, en vez de confiar en Dios para protegerlo. Abraham también pudo haber sido un golpeador de hielo, pero ésta no fue una característica dominante en su vida. Él sufrió deslices ocasionales, como todos nosotros; pero no siguió viviendo en ellos. Él vivió una vida de fe a tal grado que la Biblia lo llama un hombre de fe. La fe de Abraham lo condujo a vivir de acuerdo a ella.

Aun así, no fueron sus acciones por las cuales Dios determinó su justicia; su justicia fue determinada por su creer. Es igual con nosotros. Nuestra fe debe necesariamente conducirnos a una vida de obediencia y acciones correctas, pero no son estas acciones correctas o nuestra obediencia lo que nos gana el permanecer justos delante de Dios. La justicia de Cristo nos es impartida por fe.

UN CUADRO DE LA GRACIA

Por virtud del hecho de que yo creo en Dios y estoy confiando en Jesucristo llego a ser un hijo de Abraham, llego a ser su descendiente; y es así que las promesas y bendiciones del Pacto que Dios hizo con Abraham son mías también.

Éste evangelio de gracia fue predicado hace mucho tiempo por medio de Abraham. Su vida es un cuadro glorioso de lo que la gracia es y hace. Es mucho más precioso que cualquier pintura exhibida en el Museo Louvre, o en El Museo Metropolitano de Arte. Es un cuadro elocuente del amor de Dios para un pecador que deposita toda su confianza en Él—y lo mejor de todo este cuadro es que nosotros estamos justamente allí en el trasfondo, con la palabra “bendecido” resplandeciendo en nuestras frentes.

GRACIA

UN PASO A LA VEZ

AÑOS ATRÁS UN BUEN amigo operaba un negocio de entrega a tiendas de comestibles. Durante su recorrido conoció a la esposa de un hombre que era dueño de un pequeño almacén. Comenzaron a bromear el uno con el otro y muy pronto se encontraron citándose regularmente para tomar café y conversar. No tardaron en imaginarse estar enamorados y por consecuencia abandonaron a sus familias para vivir juntos. Entonces fue cuando el esposo de ésta mujer, también un querido amigo, nos llamó para pedirnos que oráramos por él.

Mientras tanto, el ministro de la iglesia en donde nuestros amigos se congregaban visitó al hombre. Él les contó que había tenido una visión de una carroza fúnebre, y si no dejaba a la mujer actual y regresaba con su esposa, lo sacarían de aquella habitación muerto. Este duro planteamiento no solamente hizo que el hombre se enfureciera, sino que se aferrara aún más a su decisión inmoral. Su esposa entonces me llamó y me suplicó que hablara con él.

Acepté ir a visitarlo y encontré a mi amigo viviendo en un apartamento viejo, en el peor vecindario de la ciudad. Cuando vi

su casa, pequeña y sucia, me impresionó observar cuánto había perdido. Su esposa y sus hijas eran unas lindas personas con su casa en un área maravillosa. Este hombre había vendido su alma por un mendrugo de pan. Al abrir la puerta un aspecto de vergüenza cubrió su rostro. Fue muy cortés, me invitó a pasar y a sentarme. Al observar la nueva vida de mi amigo pensé, *¡Oh Dios! ¿Cómo es que pudo dejar tanto por tan poco?*

Mi corazón estaba desgarrado porque yo amaba a éste hombre. La escena de ver en lo que había caído me despedazó. Me encontré incapacitado de ocultar mis sentimientos y para mi vergüenza comencé a llorar. Estaba abrumado de dolor, y cuando su amante salió de la cocina, todo lo que pude hacer fue sollozar. Finalmente me avergoncé tanto que les dije, “lo lamento, vine a verlos, pero no puedo hablar ahora.” Me levanté y me fui a mi casa sintiéndome como un tonto. La esposa de mi amigo quería que lo visitara y apelara a la reconciliación, y todo lo que pude hacer fue sentarme a llorar.

A la mañana siguiente recibí una llamada telefónica con noticias que me dejaron conmovido. Mi amigo había regresado con su esposa y familia pocas horas después de mi visita.

¿Qué fue lo que Dios usó para lograr esta milagrosa sanidad en una relación quebrantada? De cierto, no fue una actitud de “más santo que tú.” Su Espíritu había creado en mí un espíritu de humildad y quebrantamiento que condujeron a una agradable reconciliación. Yo pensé que me había equivocado terriblemente, pero descubrí que cada vez que elegimos caminar en el Espíritu, Dios se deleita en obrar poderosamente, de maneras asombrosas e inesperadas.

Caminar en el Espíritu es una proposición asombrosamente práctica. No quiere decir que flotemos a través de la vida con una aureola sobre nuestra cabeza y una sonrisa angelical en nuestro rostro. Podemos tener una mente espiritual y todavía relacionarnos con las personas acerca de asuntos terrenales. Algunos creyentes reaccionan tan extremadamente en contra

de la contagiosa mundanalidad de nuestra cultura que pierden la habilidad de comunicarse con sus amigos, familiares y vecinos. Caminar en el Espíritu no nos saca de la realidad, pero sí nos permite funcionar en la realidad con una eficiencia óptima.

RELACIÓN PRIMERO

Alguien dijo alguna vez, “Lo principal es mantener lo principal como lo principal.” ¡Qué verdad es ésta en el terreno espiritual! Mientras que caminar en el Espíritu es una proposición increíblemente práctica, debemos tener en cuenta que no es el punto por el cual comenzamos. *Relación siempre precede a conducta.*

Un gran ejemplo de este principio se encuentra en el libro de Efesios. Los primeros tres capítulos tratan con relaciones; sólo entonces comienza el cuarto capítulo: “Yo pues... os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.” La relación tiene prioridad porque ella provee el fundamento para todo lo que sigue.

Si tratamos de caminar sin primero establecer una relación apropiada, no lo podremos lograr. El caminar requiere que primero adquiramos equilibrio. Esto es verdadero aun en el terreno físico. Antes de que los niños den sus primeros pasos, deben aprender a mantener su equilibrio mientras están sentados. Después dominan el arte de pararse. Entonces aprenden a tambalearse un poco. Y solamente después de que esto ocurre desarrollan la habilidad de caminar.

En el libro de Efesios, Pablo nos dice que cuando entendamos lo que significa estar sentado con Cristo, comenzaremos a experimentar el poder de Dios, lo cual a cambio nos permitirá caminar de una manera agradable a Él. Definitivamente hay un progreso aquí. Primero debemos tener una relación equilibrada con Dios para entonces poder aprender a caminar con Él.

Hubo un tiempo en el que todos nosotros vivimos sujetos a nuestra carne, obedeciendo sus deseos y aquellos de nuestras mentes; estuvimos separados de Dios. Pero entonces la gracia

de Dios transformó nuestras vidas y comenzamos a disfrutar de una deliciosa comunión con Él. Continuaremos disfrutando ésta relación profunda mientras permitamos que el Espíritu de Dios ejerza control sobre nuestras vidas.

CAMINAR NUESTRO HABLAR

Hay muchos que dicen tener una relación con Dios, que usan muy bien el vocabulario sofisticado y las frases cautivantes del cristiano, pero que simplemente no están caminando con Dios de manera adecuada. Es crucial que aprendamos a “caminar nuestro hablar.” Nuestras vidas deben ser consistentes con el llamado, las bendiciones, y la profesión que hacemos concerniente a nuestra nueva relación con Dios. Así podremos actuar acorde a nuestra fe.

Nuestra mente es el campo de batalla donde nosotros decidimos si viviremos en el Espíritu o en nuestros deseos carnales.

La pregunta es, ¿cómo podemos lograrlo? ¿cómo podemos evitar ser descarriados por lo cautivante del mundo? Pablo tiene la respuesta en Gálatas 5:16: “Digo, pues: *Andad en el Espíritu*, y no satisfagáis los deseos de la carne” (énfasis agregado).

La palabra griega en este pasaje, traducida como “caminar”, es un término usado para describir las características dominantes de la vida de una persona. Si alguien tuviera la reputación de avaro, sería conocido como una persona que “camina” en avaricia. Si una persona se caracterizara como interesada en ayudar y colaboradora, sería conocida como alguien que “camina” en generosidad.

Caminar en el Espíritu significa que nosotros le permitimos al Espíritu Santo que ejerza control sobre nuestras vidas. Cada día se nos presenta la opción de vivir en el Espíritu o conforme a nuestros deseos carnales. Nuestra mente es el campo de batalla donde decidiremos qué nos controlará.

Es útil recordar que Dios ha diseñado la mente humana para trabajar como lo hace una computadora. Una computadora sólo

puede producir algo para lo cual fue programada. De la misma manera, nuestras mentes son diariamente programadas. Si nuestra programación proviene de la carne, nuestras vidas serán caracterizadas por la carne. Si empezamos a programar nuestra mente con las cosas del Espíritu, nuestras vidas comenzarán a reflejar las prioridades del Espíritu.

¡Qué fácil es caer en la trampa de profesar que poseemos una vida espiritual llena de vitalidad cuando en realidad nuestra prioridad primordial es el complacer la carne! Ciertamente el poder que nuestra naturaleza caída puede tener sobre nosotros es uno de los problemas más grandes que enfrentamos en la vida. ¿Cómo es que podemos liberarnos de la aparente inconquistable servidumbre de la carne?

La sencilla pero profunda respuesta es esta: *¡No luche contra la carne, fortalezca el espíritu!* No luche contra las tinieblas; encienda la luz.

Para lograr esto, primeramente debemos reconocer que tenemos en nuestra naturaleza un lado espiritual y otro carnal. Si queremos caminar en el Espíritu, debemos alimentar al hombre espiritual.

Todos nosotros sabemos lo que es alimentar el lado físico de nuestra naturaleza. Si dejo de alimentar mi cuerpo, éste no es sutil en recordarme de sus necesidades.

Alguien me dijo una vez que el hambre desaparece después de tres días de ayunar. Yo he descubierto todo lo contrario. Tres días de ayuno y mi mente está ocupada soñando con los más deliciosos manjares que pueda imaginarse. Esta es simplemente la manera enfática que tiene mi cuerpo de recordarme que sus necesidades deben ser atendidas. Por lo tanto alimentamos nuestros cuerpos. Hacemos ejercicio y tomamos vitaminas para que podamos crecer físicamente fuertes.

Para llegar a ser fuertes en espíritu, se requiere de un régimen similar. Debemos consumir el pan de vida regularmente: la Palabra de Dios.

CONSUMIENDO LA PALABRA

¡Qué irónico es que nuestro consumo de la Palabra sea a menudo dejado para lo último! “Por supuesto, que necesito dedicar tiempo a la Palabra de Dios”, decimos, “pero al parecer no tengo tiempo en estos momentos.” En esencia, estamos ayunando al Espíritu. Nuestro lado espiritual con frecuencia es alimentado irregular y esporádicamente, y de una manera desbalanceada. Descuidamos el estudio regular y sistemático de la Palabra. Simplemente abrimos la Biblia, yéndonos a lo primero que nos llama la atención. Normalmente no llevamos una práctica consistente de estudio bíblico o de crecimiento espiritual personal. Terminamos alimentando fielmente las áreas de nuestra carne pero descuidando las necesidades del espíritu. Como resultado, el hombre espiritual se vuelve débil y la carne comienza a dominar.

Si deseo que mi hombre espiritual sea fortalecido, queda solamente razonar que debo sembrar en mi espíritu. No puedo sembrar en la carne y esperar de alguna manera producir una cosecha espiritual. Para caminar en el Espíritu, tengo que comenzar por alimentar el espíritu. Esto quiere decir que debo establecer como regla el adentrarme más y más en la Palabra de Dios.

Job dijo: “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12). Es importante ver la Palabra de Dios como lo esencial que es. Jesús afirmó que Sus palabras eran espíritu y vida, así que un tiempo regular y sistemático en la Palabra de Dios es esencial si hemos de caminar en el Espíritu.

COMUNIÓN CON DIOS

Una alta prioridad en la oración es esencial para experimentar el gozo de caminar en el Espíritu. Mientras nos emocionamos en la excitación de conversar con Dios, nos encontramos siendo fortalecidos en el espíritu. Llegamos a estar más y más conscientes de la presencia de Dios en todo lo que hacemos y en cada circunstancia que encontramos.

Caminar en el Espíritu simplemente quiere decir que deliberadamente hemos hecho a Dios nuestro compañero constante.

El estar conscientes de la presencia de Dios abre nuestro entendimiento a una manera de ver al mundo más desarrollado y completo. Estoy absolutamente convencido de que una de nuestras necesidades más grandes es la de llegar a estar más y más conscientes de la presencia de Dios en todo momento. Cuando Pablo habló a los Epicúreos y Estoicos filósofos en Atenas como se relata en Hechos 17, él declaró que “en Él [Dios] vivimos, nos movemos, y somos” (versículo 28).

Nuestras vidas pueden ser remarcablemente transformadas cuando nos damos cuenta que Dios está continuamente con nosotros. Perder éste punto de vista puede abrirle puertas al desastre espiritual. Entre más alejamos a Dios de nuestra conciencia, más somos atraídos a las cosas que alimentan y complacen nuestra naturaleza caída. Cuando tropezamos y caemos podemos culpar a muchos factores externos con el fin de explicar nuestra conducta, pero la raíz de nuestro problema es la falla de mantener la presencia de Dios en nuestra mente. La instrucción de caminar en el Espíritu simplemente quiere decir que debemos deliberadamente hacer a Dios nuestro compañero de viaje constante al transcurrir el día.

Cuando caminamos en el Espíritu, viviendo constantemente conscientes de la presencia de Dios, no necesitamos que otros nos molesten y prediquen acerca de cómo vivir las normas cristianas. Nuestras vidas serán revolucionadas mientras mantenemos la cercanía y el amor de Dios en mente.

TRANSFORMANDO LA IRRITACIÓN EN GOZO

Nuestra forma de pensar aun acerca de las cosas más mundanas cambia radicalmente cuando permitimos que el Espíritu Santo controle nuestras vidas. Nuestras circunstancias externas pueden

permanecer igual, pero nuestra actitud atraviesa tal transformación total que encontramos gozo aun en las cosas que antes nos irritaban.

Todos nosotros tenemos que hacer cosas que nos molestan. Pasamos por el conflicto interno de sacarle el cuerpo a situaciones que nos son molestas, sabiendo el dejar de hacerlas empeoraría nuestra situación.

Yo detesto sacar la basura, pero también sé que si no lo hago, muy pronto el mal olor invadirá el patio; así que me muerdo los labios y lo hago. Preferiría estar disfrutando de un helado de chispas de chocolate, pero si descuido el hacer mis deberes, pronto el hedor de basura podrida se mezclará con el sabor de las chispas de chocolate y de repente, mi deseo por un helado se desvanece.

Aun en cosas tan ordinarias como ésta tarea doméstica, tengo que escoger. Puedo gruñir acerca de cuánto detesto sacar la basura, o puedo usar el tiempo que me lleva el realizar ésta tarea para conversar con Dios al mismo tiempo. Puedo adorarle mientras silbo una tonada de acción de gracias y amor, mientras camino hacia el basurero. Mientras me acerco a Dios, me encuentro pensando menos en la basura y más acerca de Su gracia. Puedo navegar aun a través del trabajo más detestable y no ser perturbado por éste si fijo mi mente en las cosas del Espíritu.

Consideremos el esperar como otro ejemplo. No hay nada más agravante que la luz roja de un semáforo cuando estamos apurados, sabiendo que tendremos que esperar que pase toda una secuencia de señales antes de arrancar otra vez.

Pero en vez de ponerme tenso he adoptado la costumbre de tener una Biblia en el asiento contiguo. Cuando me para una luz roja y sé que voy a tener un tiempito, comienzo a leer una porción de la Escritura. Lo próximo que acontece es que el conductor del automóvil de atrás comienza a sonar la bocina. ¡El tiempo pasa tan rápido mientras me alimento de la Palabra!

Caminar en el Espíritu se transforma en una experiencia excitante mientras aprendemos lo que significa estar en una profunda comunión con Dios. Nos ponemos más y más en sintonía con las cosas de Dios—desde Su presencia dentro de nuestros corazones hasta las maravillosas obras de Su creación.

¿QUIÉN ESTÁ GUIANDO?

El caminar requiere movimiento. Cuando caminamos nos movemos de un lugar a otro. Comenzamos en un lugar y terminamos en otro. Nuestro destino depende de la dirección que tomemos.

De la misma manera, caminar en el Espíritu nos transporta de un lugar espiritual a otro. Nos movemos de un nivel de madurez al siguiente mientras escuchamos al Espíritu y caminamos en la dirección que Él nos instruye. Sin embargo, es aquí en donde algunas veces nos metemos en problemas.

Cuando un pensamiento o inclinación llega a nuestra conciencia, ¿cómo podemos discernir si ésta noción es de Dios? Las Escrituras nos enseñan que Dios escribe Su ley en las tablas de nuestro corazón (ver Jeremías 31:33; 2 Corintios 3:3). Dios plantará una idea en mi espíritu, y mi espíritu se la comunicará a mi intelecto. Generalmente esto es percibido como una idea, un pensamiento, o un momento repentino de inspiración. Dios nos dará un deseo como medio de comunicación de Su voluntad para nuestras vidas.

Desafortunadamente, también tengo deseos que provienen de mi naturaleza caída. Mi carne tiene una forma muy fuerte de inyectar pensamientos e inclinaciones dentro de mi mente. A veces me es difícil distinguir si una noción ha provenido de Dios o de mi carne.

Hace un tiempo atrás me enfrenté a este dilema mientras conducía hacia Ventura, California, para cumplir con un compromiso como orador. Era un día espectacular y un pensamiento cruzó mi mente; el de tomar un camino menos directo de la ruta original y disfrutar de la belleza de la carretera sobre la Costa del Pacífico. Observar las olas y sentir la brisa fresca del mar es un regalo tal,

que sospeché que mi deseo era de mi propia carne. De todos modos decidí en seguir gratificándome.

Conforme se desarrollaron las circunstancias, me di cuenta que Dios había planeado que tomara la carretera de la costa. Al acercarme a Malibú, vi a dos viajeros parados en la carretera y sentí la fuerte inclinación de detenerme y llevarlos conmigo. Mientras nuestro viaje al norte progresaba, tuve la oportunidad de compartir a Cristo con ambos.

La pareja se quedó en Ventura y a la siguiente noche asistieron a la iglesia donde yo estaba predicando. Aquella noche hicieron una confesión pública de fe en Cristo y desde aquel momento se establecieron fuertemente como miembros de la iglesia de su comunidad local.

Después de que aquella experiencia se reveló completamente, tuve la oportunidad de recordar y pensar, *¡Oh! Esto fue maravilloso. Dios me dirigió. El deseo en mi corazón de tomar la carretera de la costa había proveniendo de Él.*

Aun así, a menudo es difícil determinar cuando el Señor está hablando a nuestros corazones. Con frecuencia pensamos equivocadamente que Dios puede dirigirnos solamente en formas místicas o dramáticas. Pienso, *Si Dios me habla, seguramente el lugar se estremecerá, las luces se apagaran, y mi cabello se pondrá de punta.* Dios nunca me ha hablado de esa manera. Cuando Dios me habla, Él habla a mi espíritu, el cual comunica el mensaje a mi conciencia de una manera tan natural que es difícil que pueda discernir de inmediato si en verdad es la voz de Dios.

Desearía poder proveerles de una fórmula o de un examen sencillo en tres puntos para identificar la voz de Dios. Si realmente éste proceso existe todavía no lo he descubierto. Yo lucho en distinguir entre la voz del Espíritu y la de mi carne, así como usted. Desearía poder recomendar alguna fórmula a prueba de error para tener la seguridad de que estamos escuchando a Dios; pero desafortunadamente está fuera de mi habilidad.

De todos modos, Dios no nos ha dejado en una neblina de confusión. Él ha enviado a Su Espíritu Santo para morar en nuestros corazones, no solamente para guiarnos en circunstancias particulares, sino para guiarnos en la comprensión de la verdad revelada en Su Palabra. Él nunca nos guiará en contra de nada de lo que Él ya ha declarado en las Escrituras.

ENTENDIENDO LA PALABRA

Es interesante ver que algunas personas que todavía no han recibido al Señor terminan increíblemente desanimadas cuando procuran leer la Biblia. Ellos ven la tremenda influencia que las Escrituras han tenido en las vidas de millones y su impacto en la cultura occidental, y desean comprender lo que ella tiene que decir.

Invariablemente, estas personas quedan empantanadas y exasperadas y el significado de la Biblia las elude. Esto no debe sorprendernos, porque la Biblia misma nos dice que el hombre natural no entiende las cosas del Espíritu, ni puede conocerlas, porque se disciernen espiritualmente (ver 1 Corintios 2:14). Por otro lado, el hombre espiritual entiende todas las cosas, aunque él mismo no sea comprendido por otros. Debido a que a través de Cristo hemos llegado a relacionarnos correctamente con Dios, Su Espíritu Santo puede ahora revelar la verdad a nuestros corazones. La Palabra de Dios llega a ser viva y comprensible para nosotros.

Esta revelación continua del ministerio del Espíritu es vital. Es asombroso cuán a menudo puedo leer a través de un capítulo de la Escritura y no extraer nada de ella. Me encuentro terminando el capítulo y diciéndome, “Ahora, ¿qué es lo que acabo de leer?” A esta altura me detengo y oro, “Señor, seguramente este capítulo tiene algo que decirme. Por favor, abre mi entendimiento y permite que Tu Espíritu me ministre de Tu Palabra.” Entonces, al releer el capítulo, me quedo asombrado de la verdad que ahora se manifiesta en mi corazón.

Durante nuestros servicios diurnos dominicales en Capilla Calvario en Costa Mesa, solemos leer los Salmos junto con la congregación. Para nuestro tercer servicio, termino observando cosas en el texto de la Escritura que no había visto en nuestro primer servicio. Uno de los versículos comenzará a ministrarme de una manera muy especial y poderosa. Esta experiencia de ser dirigido en toda verdad es una parte vívida de lo que significa caminar en el Espíritu.

PROSIGAMOS

Entre la carne, el sistema de un mundo caído, y Satanás mismo, nos enfrentamos a verdaderos impedimentos para nuestro crecimiento espiritual. Pero el consejo de la Escritura es el de proseguir hacia la meta, al premio del supremo llamamiento que es en Cristo Jesús (ver Filipenses 3:14). Jesús dijo: “Esforzaos a entrar por la puerta [angosta] (Lucas 13:24). La palabra griega traducida como “esforzaos” es (*agonizomai*) de la cual proviene nuestra palabra *agonizar*. No caigamos en error; no es fácil o natural caminar en el Espíritu. Se necesita esfuerzo genuino, devoción, y concentración momento a momento.

No se puede sobre enfatizar que ésta es una elección que nosotros debemos hacer cada día. Cuando escogemos caminar en el Espíritu, los resultados prácticos pueden llegar a ser maravillosamente hermosos. Disfrutaremos de una magnífica profundidad y consistencia en nuestra comunión con Dios. Como el apóstol Juan lo observó: “Pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Lo que es especialmente excitante acerca de tener una comunión con Dios es, que cuanto más la experimentamos, más la deseamos. Entre más somos tocados personalmente por la paz y una realización de íntima comunión con el Padre, nos resulta más difícil vivir sin ella. Cuando nos encontramos alejados de ésta comunión, un vacío interior nos llama a volver a la oración y a la Palabra.

Al caminar en el Espíritu, empezamos a disfrutar de los tremendos beneficios de una relación íntima con Dios. Estamos conscientes de un sentimiento de gozo brotando dentro de nuestros corazones. Podemos silbar mientras enfrentamos las agravantes responsabilidades de la vida, porque aun en medio de un trabajo desagradable, nuestro gozo está en el Señor. Existe una sensación es de paz, una profundidad de entendimiento, una paciencia, una gentileza que proviene de caminar en el Espíritu. Existe una fortaleza y poder para enfrentar los persistentes deseos de la carne.

De repente podemos ver el cuadro completo y encontrar la sabiduría necesaria para cambiar nuestra naturaleza caída en una manera realista y racional. Pablo lo resume así: “Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6).

¿Cómo podemos fallar en dejar que nuestros corazones sean atraídos a la gloriosa vida nueva que Dios gratuitamente nos ofrece en Su gracia? Una vida fortalecida por el Espíritu—con alegría, amor, y paz fluyendo dentro de nosotros—es exactamente lo que deseamos apasionadamente.

Pero para poder experimentar esta bendición, debemos escoger caminar en el Espíritu. Debemos acercarnos a Dios y pedirle que plante en nosotros un deseo más grande por la oración, por dedicarle más tiempo a la Palabra, y por comunión con Jesús en nuestros corazones. Debemos orar por la gracia para buscar primeramente el reino de Dios y Su justicia. Es entonces cuando conoceremos una gran victoria, aún sobre los pecados que más nos acosan, y será entonces que el Espíritu de Dios podrá usarnos de las formas más extraordinarias, aunque lo único que podamos hacer sea gemir.

GRACIA

UN JARDÍN, NO UNA FÁBRICA

¿HA CONSIDERADO ALGUNA VEZ la gran diferencia que existe entre las “obras” y el “fruto”? Las “obras” nos dan la idea de una fábrica llena de presiones, límites de tiempo y la exigencia constante de producir. Pero el “fruto” nos presenta un cuadro pacífico, un jardín tranquilo, un lugar que nos invita a quedarnos y beber de su belleza mientras disfrutamos del compañerismo mutuo.

Es importante darnos cuenta que Dios no visita su fábrica en busca de productos. Él viene a Su jardín a disfrutar de Su fruto. El evangelio de la gracia nos invita a dejar atrás el ambiente contaminado y la presión de las obras de una vida como la de una fábrica, para que a cambio produzcamos el fruto que Dios desea ver en el jardín de nuestras vidas.

EL RESULTADO NATURAL DE UNA RELACIÓN

Gálatas 3:2-3 es un pasaje crítico para quienes desean vivir de una manera que agrade a Dios. Pablo escribe: “Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿tan necios sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?”

Notemos que el apóstol está comparando dos cosas:

- El Espíritu, el cual se relaciona a la fe;
- Las obras, las cuales se relacionan con la carne.

Siempre que entramos en el territorio de las obras, estamos tratando con la carne. Siempre que estamos en el territorio del Espíritu, estamos tratando con la fe. El Espíritu y la fe están relacionados, así como las obras y la carne.

Algunos podrán decirme, “Pero Chuck, debemos hacer obras para el Señor.” ¡No! no debemos. No hay ninguna cosa que yo pueda hacer en mi carne para agradar a Dios. Pero al contrario, la fe siempre produce fruto.

Si usted está envuelto en obras, entonces está dependiendo de la carne. Pero si está caminando por la fe en Jesucristo, el Espíritu está produciendo fruto en su vida. El fruto no es algo que se genera por obligación a hacerlo; el fruto es el resultado natural de una relación.

Observe el fruto exquisito colgando de un árbol de duraznos. Los duraznos no están allí día a día luchando y trabajando con el fin de madurar. Lo único que tienen que hacer es permanecer ligados al árbol. El madurar es el producto de una relación. Mientras permanezcan en el árbol se desarrollarán en un fruto dulce. Esto también es verdad en nuestra experiencia propia. Si realmente permanecemos en Cristo—en una posición de fe—entonces el fruto se desarrollará de ésta relación. Si en mi vida no hay fruto, entonces es cuando la relación debe ser cuestionada y por sobre todo desafiada.

Por eso es que Pablo nos dice: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Corintios 13:5). Jesús nos dijo que hay lobos vestidos de ovejas. Usted puede aparentar ser un cristiano, actuar como un cristiano, y hablar como un cristiano...(¡pero abuelita, que

UN JARDÍN, NO UNA FÁBRICA

dientes tan grandes tienes!) Se puede tener toda la apariencia externa de una oveja pero en realidad ser un lobo.

¿Cómo vamos a saber entonces quién es quién? Jesús dijo, “por sus *frutos* los conoceréis” (Mateo 7:20 énfasis agregado).

Somos llamados a examinar nuestras vidas a fin de determinar qué tipo de fruto estamos produciendo. Si el fruto es malo, entonces hay algo errado en nuestra relación, lo cual quiere decir que hay algo errado en nuestra fe. Una relación vital de fe en Jesucristo *producirá* fruto, sin falla.

NUESTRO GRAN ERROR

Uno de nuestros mayores problemas es que tenemos la tendencia a estar más interesados en lo que hacemos y no en lo que somos, mientras que Dios está más interesado en lo que somos que en lo que hacemos. Él busca el fruto; nosotros tratamos de producir obras.

Tristemente, a través de los años todos hemos escuchado cosas tales como, “Tú deberías estar haciendo tales cosas para el Señor; tú deberías estar haciendo aquel trabajo para Dios.” Siempre estamos presionados a hacer obras para Él. Así que salimos y empezamos a hacer un trabajo para Dios porque el pastor o la junta de iglesia nos pidió que lo hiciéramos.

Quizás es la visitación de la iglesia cuando Dios no nos ha llamado a que lo hagamos. Yo sé de personas que se petrifican al visitar casas de extraños. Al llegar a la puerta, golpean y fervientemente oran, “Señor, te pido que no estén en casa ésta noche.” La visitación no es algo natural en ellos. Es algo forzado, una obra de la carne que muy pronto resentirán. Ellos odian hacer esto y por lo tanto comienzan a arrastrar sus talones. Entonces, el director de la junta de iglesia los llama y les dice, “Los extrañamos el martes pasado, nuestra noche de visitación. Queremos estar seguros que nos acompañarán el próximo martes por la noche.” “Está bien,” responden de mala voluntad y así continúan su descenso espiral.

Así es como somos asignados a moldes para los cuales Dios no nos creó. Somos forzados a ocupar posiciones que no son naturales para nosotros y nuestro servicio a Dios nos comienza a irritar. Pero Dios no desea que le demos nada por lo cual nos vamos a molestar. Dios no tolera “refunfuños cristianos.” Esto a Él lo insulta. Hasta yo detesto que las personas se quejen de todo lo que han hecho por mí. Me hacen sentir estúpido y tonto. Al fin y al cabo me pregunto, ¿quién les pidió que lo hicieran?

Si hay alguna cosa que simplemente no quiere hacer, no la haga. No sea que después de hacer una obra noble se enfade y se lamenta de haberla hecho. Hubiera sido mejor que no hubiera hecho nada.

Deje que las llamadas las hagan aquellos a quienes les gusta hacerlas. Hay personas que se deleitan en hablar con extraños. Se aburren de estar sentados en sus casas y se desesperan en ver llegar el momento de iniciar conversaciones con personas que nunca han conocido. Esta es su naturaleza. Esto es *natural* para ellos y aquí es donde radica la diferencia.

Cuando es natural es porque está en el territorio de fruto; pero cuando es por presión está en el territorio de las obras. Dios nos equipa siempre para hacer cualquier cosa que Él nos haya llamado a hacer, y entonces será natural en nosotros hacerla.

Muchas personas se sienten como cristianos de segunda clase porque no pueden hacer lo que otros pueden. Se encuentran con un creyente que les dice, “alabado sea el Señor, la semana pasada le testifiqué a cinco personas y las cinco recibieron a Jesús.” *¡Qué bueno!* piensa la persona que no ha sido bendecida con el don de evangelismo, *Yo soy un testigo horrible del Señor. No le testifiqué a nadie. Soy un fracaso.* Él se siente culpable porque no trajo a ninguna persona para preguntarles si conocían las cuatro leyes espirituales.

¿Por qué es que hay personas tan efectivas en evangelismo? Porque es natural para ellos. Dios los ha dotado y equipado para

UN JARDÍN, NO UNA FÁBRICA

la obra. No todos en el cuerpo son la boca, sin embargo la boca no podría operar eficazmente a menos que hubiera un cerebro detrás de ella y pies que la llevaran donde fuera necesario ir. No deberíamos sentirnos culpables porque no tenemos el mismo ministerio o eficacia que otros. El cuerpo trabaja como una unidad y Dios es el que nos ha asignado a cada uno de nosotros nuestro lugar en el cuerpo.

Dios quiere que haga lo que Él naturalmente lo ha dotado para hacer. El fruto de la vida cristiana florece naturalmente de usted a medida que permanece en Jesucristo a través de su fe en Él. Jesús dijo: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto” (Juan 15:8). Dios desea que sea extremadamente fructífero para Él. Este fruto puede brotar de usted solamente mientras permanece en Cristo—ésta es una posición de fe.

NO HAY TAL COSA COMO UNA FE CARNAL

El Evangelio de Mateo nos dice que un día muchas personas vendrán a Jesús, contándoles de todas las obras que hicieron por Él, y el Maestro les responderá, “Nunca os conocí” (Mateo 7:23). El Señor no reconoce las obras de la carne; nunca lo ha hecho.

¿Recuerda cuando Dios le dijo a Abraham, “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac...y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré?” (Génesis 22:2) El comentario del Señor suena un poco extraño—después de todo, Abraham *tenía* otro hijo, Ismael, quien era unos 14 años mayor que Isaac. ¿Qué quiso decir Dios, “Toma ahora tu hijo, tu *único*?”

La respuesta es, Ismael era una obra de la carne. Él no era el hijo de la promesa; él no era el hijo de fe. Ismael era un producto de la carne. Dios se rehusó a reconocer a Ismael porque era la obra de la carne. Dios reconoció solamente Su obra del Espíritu, Isaac, el hijo de fe. Por eso le dijo a Abraham, “Toma ahora tu hijo, tu *único* hijo Isaac.”

Dios nunca reconoce o recompensa las obras de la carne. Por otro lado, Él celosamente desea que el fruto del Espíritu sea una característica abundante de nuestras vidas.

El capítulo 15 de Juan explica cómo los creyentes producen fruto. Jesús dijo: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Juan 15:4). Jesús puso el énfasis no en lo que nosotros *hacemos*, pero sobre lo que nosotros *somos*. Lo que nuestra vida produce es el resultado de nuestra relación con Él. No podemos tener una relación verdadera y justa con el Señor sin producir fruto. Si no hay fruto—porque “por sus frutos los conoceréis”—entonces sería mejor que volviéramos a examinar nuestra relación.

INSPECTORES RENEGADOS

Dios hizo una obra maravillosa en su vida por medio de Su Espíritu Santo. Cuando todavía era un pecador, Dios lo amó. Y cuando por fe usted clamó a Él, Él lo justificó de todos los errores que alguna vez cometió. Dios borró y limpió su deuda. Eliminó su pasado de tal manera que es como si nunca hubiera existido. Este es el significado del término “justificado.”

En el preciso instante en que recibió a Jesucristo por fe—antes de que pagara un centavo de diezmo, antes que hiciera cosa alguna—Dios tomó todas las manchas negras en su contra y las borró. Simplemente porque creyó en Jesucristo como su Salvador y Señor, Dios justificó todo su pasado. Porque creyó, Dios atribuyó a su cuenta la justicia de Jesús. Su relación con Él comenzó mediante el creer.

Todo esto, por cierto, es muy básico, pero a menudo lo olvidamos. Algunas veces los creyentes critican o buscan faltas en otros creyentes. Ellos dicen, “¿Sabes lo que están haciendo? Es terrible. Ellos dicen ser cristianos pero están haciendo esto y lo otro. No están viviendo de acuerdo al estándar—ellos aun van a la playa. ¡Esto es horrible!”

UN JARDÍN, NO UNA FÁBRICA

Ahora, ¿qué es lo que estos creyentes están haciendo? Se han convertido en jueces. Se han convertido en inspectores de fruto renegados. Están juzgando la calidad del servicio de otro hombre. Pablo tiene algo que decir al respecto; él escribió: “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae” (Romanos 14:4).

Es mucho más fácil agradar a Dios que al hombre. Para agradar a Dios solamente necesitamos creer y confiar en Él. Este es el evangelio de gracia.

Si usted me estuviera sirviendo a mí, yo podría juzgar su servicio. Podría decir, “Eres un siervo pésimo. No sé porqué todavía te mantengo.” Si estuviera haciendo algo que no me gustara, yo sería el que le diría, “Mira, no me gusta la manera que secas la vajilla, les estás dejando mucha agua y los guardas aún mojados. No me gusta tomar un vaso de la alacena y que todavía esté húmedo. Así es como se reproducen los gérmenes. Ahora sécalos completamente.”

Por otra parte, podría decir, “Eres un siervo maravilloso. ¡Haces un trabajo magnífico! ¡Es un placer tenerte conmigo!” En cualquiera de los casos, yo juzgaría su servicio, no un extraño.

La verdad es que no soy su maestro y no puedo dirigirle en cómo es que está supuesto a servir. Usted debe presentarse delante de su maestro porque yo no puedo juzgar su servicio. Yo no puedo decir, “que siervo tan malo es.” No tengo el derecho de juzgar su servicio a Dios. A Dios es al que usted está sirviendo, y delante de su amo o permanece en pie o cae. Pablo continua diciendo: “Poderoso es el Señor para hacerle estar firme” (Romanos 14:4).

No se preocupe que algunas personas no puedan darse cuenta de cómo va a lograrlo. Yo he descubierto que Dios es más fácil de complacer que el hombre. Tratar de complacer a todos es en vano. Aunque pudiera hacerlo, alguien lo inculparía de tratar de agradar a todos. Simplemente no es posible.

Lo hermoso es saber que no tenemos que complacer a todo el mundo. Lo único que tenemos que hacer es complacer a Dios.

Y, ¿qué tenemos que hacer para complacerlo? Solamente creer y confiar en Él. Nosotros no complacemos a Dios mediante nuestras obras y actividades fervientes. Complacemos a Dios cuando creemos y confiamos en Él. Éste es el evangelio de gracia.

¡ES MI PLACER!

La *fe* agrada al Señor y la *fe* produce relación. La relación produce el fruto. No simplemente me la paso sentado siendo puro, santo, justo, sonriente, dulce y demostrando mi amor todo el día. Estoy envuelto en actividades, pero estas actividades no son latosas ni trabajosas. Es fantástico poder decir, “¿Sabes? ¡estoy haciendo exactamente lo que quiero hacer; de hecho estoy haciendo lo que me encanta hacer!” No es un trabajo, no es un favor, simplemente es algo que disfruto.

Años atrás cuando servía en una denominación, asistía a las convenciones y convivía con algunos de mis amigos. Salíamos a cenar y comenzaba a compartir alguna Escritura con la cual el Señor había tocado mi corazón. Ellos decían, “¡Oh no! por favor, Smith, otra vez estás hablando de trabajo,” y entonces cambiaban de tema. Yo les respondía, “¿Qué es lo que quieren decir con ‘hablando de trabajo’? ¡Esto es mi vida! No hay otra cosa de la cual preferiría hablar. No hay nada más excitante de qué discutir.”

Cuando está hablando de algo que le fascina hacer, no es conversación de trabajo. No está trabajando en un negocio. No está trabajando en una fábrica. Su actividad es el fruto de una relación.

Cuando el amor de Dios le llena el corazón, todo lo que desea hacer es hablar de Él; de Su Palabra, Su Bondad, Su Amor. No lo hace en busca de puntos de satisfacción simplemente porque está haciendo lo que le gusta hacer. No busca ser recompensado por algo que es natural para usted (aunque Dios lo recompensará por el fruto que proviene de su vida). Lo hace porque usted desea hacerlo, porque es su naturaleza hacerlo, porque Dios lo ha puesto en su corazón. De hecho, siente que se moriría si no lo hiciera.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe,” escribió Pablo (2 Corintios 5:14). “¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Corintios 9:16).

Yo sé que todos nosotros hemos tenido experiencias como la de Jeremías que fue echado al calabozo por declarar la Palabra del Señor a los reyes de Israel. Mientras estaba sentado en la oscuridad, en efecto dijo, “Hasta aquí llegó la cosa; no puedo más. Dios, aquí está mi renuncia. Nunca más me pidas que hable en Tu nombre. No voy a hacerlo. No pongas ya más Tu Palabra en mi corazón. Señor, yo no puedo más. He renunciado. ¿Entiendes? Esto se acabó. Nunca más voy a hablar en el nombre del Señor. Me tratas de ésta manera y permites que me echen en el calabozo. No me cuidas. Pero está bien; ¡Esto se acabó!” (ver Jeremías 20:9.)

Jeremías estaba hirviendo. Estaba enojado. Aun así pronto confesó, “No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo y no pude.” No pudo hacer otra cosa más que hablar. Tenía que hablar. Él no tuvo que esforzarse como si fuera algo gravoso; de hecho se esforzó en no hablar, pero de todas maneras habló. ¿Por qué? Porque era natural para él; era el fruto de su relación.

QUEJARSE NO ES UN FRUTO DEL ESPÍRITU

Dios no administra fábricas; Él cultiva jardines. Él no está interesado en nuestras obras; Él desea disfrutar de tu fruto. No quiere que dependas de la carne; nos llama a depender de Su Espíritu.

Pablo nos recuerda, que habiendo comenzado en el Espíritu, no podemos ser perfeccionados en nuestra carne (ver Gálatas 3:3). No podemos agregar obras a nuestra fe y así mejorar nuestra relación, aunque muchas personas se esfuerzan en hacer exactamente esto.

Muchas veces la gente comienza creyendo en el Señor, amando al Señor, sirviendo al Señor, y disfrutando de un tiempo glorioso.

El gozo del Espíritu es de ellos. Entonces aparecen algunos hermanos y empiezan a poner sobre ellos sentimientos de culpa. “Oiga hermano, si realmente es cristiano necesita estar haciendo esto. ¿Cómo es que todavía están haciendo aquello? ¡Hombre! ¿Cómo es que ustedes se llaman cristianos? ¡Ni siquiera hacen esto!” Comienzan a depositar en ellos todos estos requisitos pesados, hasta que el cristianismo se convierte en un deber. En vez de ser natural y un deleite el ser cristiano comienza a convertirse en una tarea, una obra, un trabajo.

¿Cuándo aprenderemos? No podemos mejorar la justicia que Dios nos ha impartido. Cualquier relación basada en obras pronto se transforma en una carga por la cual perdemos el gozo de nuestra relación con Dios. De repente es un deber, una obligación, una tarea onerosa. Antes de darnos cuenta, comenzamos a quejarnos. El gozo del Señor se aleja de nuestro caminar. Ya no disfrutamos más de la libertad, sino que obramos bajo el yugo de la esclavitud. Pensamos, ¡Mejor que ésta noche diga mis oraciones, si no, me meteré en un problema. Oh, pero estoy tan cansado. No quiero salirme de la cama. Supongo que tendré que hacerlo pero, ¡hace tanto frío!

Estoy seguro que Dios dice, “¡Oh, cállate y vete a dormir! No me molestes con esa actitud. De todos modos, ¿quién te pidió que oraras?”

Usted podría pensar que si hay alguien que debería haber aprendido esta lección, tendrían que haber sido los ministros del evangelio. Pero aun hay hombres que quieren hacernos creer que ministran las cosas del Espíritu por medio de las obras de la carne. Nos describirán cuanta consagración es requerida para tener su calidad de ministerio—qué tremendos sacrificios personales una persona debe realizar para tener tal poder. Ellos también contarán acerca de su compromiso, ayuno y consagración, y lo dirán de tal manera que parecería que sus obras les hubieran hecho alcanzar el nivel de espiritualidad que movió a Dios a depositar en ellos Su poder. Agregarían que Dios no puede confiar éste tipo de poder

UN JARDÍN, NO UNA FÁBRICA

en todos, pero que ellos se lo han ganado. Más de una vez ellos han expresado cosas como éstas, “Fui a la otra habitación, cerré la puerta y dije, ‘Señor, no saldré hasta que tenga el poder’. Y permanecí allí, oré y ayuné, hasta que lo recibí.”

Hablan como si su justicia les hizo ganar el favor de Dios. Mas no fue así; esto fue solamente una obra, y Dios nunca honrará o reconocerá las obras de la carne.

Pablo dijo: “¿Tantas cosas habéis padecido en vano? si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gálatas 3:4-5). Un verdadero ministro da toda la gloria al Señor. Jesús dijo: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

TODOS ESTAMOS INVITADOS

Las obras de Dios no provienen de nuestra justicia provienen por la gracia a través de la fe. Esto quiere decir que todos nosotros las podemos hacer. No tenemos que ser ningún un tipo especial de instrumento ungido.

Deje que su vida sea como un jardín a donde Dios pueda llegar a disfrutar del fruto que está produciendo mientras permanece en Cristo.

Santiago dice que Elías fue un hombre sujeto a pasiones al igual que nosotros (ver Santiago 5:17). Se desanimó, se molestó, se enojó, se equivocó. Aun así oró y no llovió por tres años. Elías no fue una clase de profeta súper santo. Él no era místico. Él era una persona exactamente como nosotros, con el mismo tipo de sentimientos que nosotros tenemos y con la misma clase de desánimos. Aun así, Dios lo escuchó por su fe.

Aquel mismo potencial es suyo. Lo único que necesita es creer en el Señor y confiar en Él.

PORQUE LA GRACIA TODO LO CAMBIA

Siendo que ha comenzado en el Espíritu, debe continuar en el Espíritu. Habiendo comenzado por fe debe entonces continuar en fe. No se degenerate a las obras ni permita que su experiencia cristiana se convierta en aburrimiento. No se convierta en un obrero de fábrica, mas permita que su vida sea como jardín a donde Dios llega a disfrutar del fruto que está produciendo mientras permanece en Cristo por fe.

GRACIA

CREYENDO SUS BENDICIONES

ALGUNOS ERRORES NO DESAPARECEN fácilmente. Consideremos el error que hizo tropezar a la Iglesia de Galacia aproximadamente 2000 años atrás. De alguna manera, todavía permanece con fuerza el día de hoy. A pesar de lo que Pablo enseñó, hoy en día hay muchos maestros que promueven la idea de que el Espíritu Santo se recibe por las obras de la ley. ¡Qué trágico resulta ser que una de las piedras más grandes de tropiezo que impide experimentar la totalidad de la bendición y el poder de Dios es una doctrina enseñada en la iglesia! Escuchamos que si deseamos que el Espíritu Santo venga a nuestras vidas, más nos vale que limpiemos nuestras acciones. Debemos deshacernos de toda clase de impureza con el fin de ser merecedores de la bendición.

Aunque tal enseñanza es muy sincera, es sinceramente errónea. La esencia de éste tipo de predicación es que nosotros debemos ser justificados por nuestra conducta y esfuerzos propios, y solamente entonces así podrá Dios condescender a tocarnos.

Esta enseñanza errónea fue la misma que me mantuvo por tantos años apartado de recibir lo mejor de Dios.

FIEL PERO FRUSTRADO

Siendo niño y mientras crecía en una iglesia pentecostal, yo deseaba fervientemente recibir lo que era conocido como el bautismo del Espíritu Santo. Asistí a muchísimas “reuniones de espera” y a menudo, los sábados en la noche, acompañaba a mi padre a los servicios de oración de varones. Estando allí, yo esperaba en el Señor y oraba para que Dios llenara mi vida con Su poder.

Yo amaba al Señor entrañablemente y deseaba todo el poder de Dios que me fuera posible obtener. Pero siempre había algo que se interponía en el camino. Por muchos años creí que algún pecado secreto era mi impedimento—resultó ser que no era ningún tipo de pecado como yo lo había imaginado. Mi problema no era algún deseo pervertido, la codicia o algún hábito consumidor. Mi problema era la justificación propia.

Usted podrá pensar que es extraño que alguien tan joven pudiera tener tan tremenda lucha con el orgullo espiritual, pero sí lo tenía. Yo había memorizado la Escritura. Yo podía recitar los libros de la Biblia y deletrearlos. Podía citar capítulos enteros de la Palabra de Dios. No iba a los cines. Nunca fumé un cigarrillo. Nunca fui a los bailes. La iglesia de la cual yo era miembro, enseñaba que todas esas cosas eran pecaminosas, así es que yo religiosamente las evitaba.

Muchas veces vi al hijo del pastor recoger las colillas de los cigarrillos y fumarlas, pero yo nunca lo hice. Mis amigos de la iglesia iban al cine cada sábado por la tarde, pero yo no lo hacía. Yo iba a ser *santo*.

¿Entonces qué era lo que estaba tan mal? ¡Dios bendecía a mis amigos aunque fumaban las colillas de los cigarrillos! *Señor, tú sabes que yo soy más justo que ellos, pensé. Yo nunca he practicado esas cosas pecaminosas. ¿Por qué es que entonces los bendices a ellos y no a mí?* Tenía una lucha terrible.

La situación empeoró cuando escuchaba a personas dar su testimonio de cómo habían estado esperando ser llenos del Espíritu Santo. Mientras ellos esperaban a Dios, el Señor les mostraba el paquete de cigarrillos que llevaban en su bolsillo. Dios, aparentemente los llenaba del Espíritu Santo en el mismo momento que depositaban el paquete de cigarrillos en el altar.

Yo estaba tratando de ganar la bendición de Dios, pero nunca me sentía lo suficientemente bueno. Nunca se me ocurrió pedirle a Dios simplemente por fe.

Quizás esto sucedía porque yo nunca tuve un paquete de cigarrillos en mi bolsillo para dejarlo en el altar. En cambio yo enumeraba los pecados de aquella semana y pensaba, *Señor, me enojé con mi hermano durante ésta semana; perdóname, Señor por haberme enojado*. Entonces esperaba a que Él me llenara con el Espíritu. Pero Él no lo hacía.

Escuché innumerables veces a los predicadores decir: “Usted ya sabe que Dios no llenará una vasija sucia. Él es el Espíritu Santo. Por lo tanto usted también debe ser un recipiente santo.” Yo ponía entonces lo mejor de mi parte para serlo. Le confesaba a Dios todo lo que podía (y por si las dudas, agregaba algunas cosas que ni siquiera había hecho).

Me atormentaba con remordimientos en mi conciencia una y otra vez. Me dedicaba y rededicaba a Dios. Dejé de hacer toda actividad que pudiera ser cuestionable sin importar cuán insignificante pareciera ser y también sacrifiqué cosas preciosas que había amado; todo esto en un vano esfuerzo por llegar a ser justo y lo suficientemente santo para que el Espíritu de Dios llenara mi vida.

Me sentía frustrado y asfixiado en mi caminar con Cristo. Finalmente exclamaba en desesperación, “Está bien, Señor, iré a la China como misionero. Por favor, lléname con Tu Espíritu Santo.” Él no lo hizo. Entonces le prometí al Señor que iría a la China, al África, a Suramérica y la India. Aun así, Él no lo hizo.

Todo ese tiempo me había empeñado en creer que por causa de las obras yo recibiría y sería lleno del Espíritu Santo [llegando a ser justificado por las normas que yo mismo había establecido], esperando así recibir al Espíritu, por las obras de la ley. Intenté cada truco que me era conocido, sinceramente urgido por el deseo de ser lleno por Dios y poder así recibir Sus dones. No sé cuantas noches me pasé agonizando ante Él, preguntándome el motivo por el cual Él nunca me había bendecido.

Estaba convencido que debía alcanzar algún nivel de justicia para que Dios pudiera bendecirme. Yo creía que ni bien alcanzara éste peldaño, entonces sería lleno del Espíritu Santo. De todas maneras continuaba siendo perturbado por lo que observaba a mi alrededor. ¿Cómo era posible que vagabundos pudieran recibir a Jesucristo cuando todavía olían a alcohol y a cigarrillo, y para colmo de males, éstas personas eran instantáneamente bautizadas en el Espíritu Santo? Aun así y a pesar de todo, lo eran.

Esto no era justo. Yo había estado caminando con el Señor, sirviéndole desde hacía mucho tiempo; y ellos, no yo, habían sido bendecidos. No podía entender las discrepancias de Dios. Me era imposible armonizar las enseñanzas que había recibido con lo que veía acontecer.

¡Si solamente hubiera entendido la gracia de Dios no habría estado esperando recibir el poder del Espíritu Santo por todos aquellos años por esos medios! Al leer y entender la Palabra de Dios, eventualmente me encontré con el texto en el cual Pablo pregunta, “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gálatas 3:2). De repente me di cuenta que ésta era una pregunta retórica. La respuesta obvia era que ellos habían recibido al Espíritu Santo por oír con fe.

Yo estaba pasmado. Nunca se me había enseñado algo así. Había estado tratando de ser lo suficientemente santo y justo por mi propia cuenta, pero claramente nunca había llegado a ser lo suficientemente bueno para ser digno de ser lleno del Espíritu Santo.

Nunca se me había ocurrido pedir con una fe sencilla. Yo estaba seguro de que Dios necesitaba mi ayuda.

En aquel día puse de lado todos mis esfuerzos de justificación propia y simplemente dije, “Señor, ahora voy a recibir el don de Tu Espíritu Santo.” Y así sucedió en ese mismo momento. *¡Qué estúpido había sido! Pensé, Si lo hubiera sabido, esto mismo lo habría tenido años atrás. ¡Si alguien me lo hubiera enseñado antes!*

!Oh! ¡Todo lo que yo perdí en esos años estériles a causa de una enseñanza que enfatizaba la obediencia a las reglas y a códigos! Nosotros recibimos el poder y la llenura del Espíritu Santo confiando y creyendo en Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, no por guardar algún tipo de código externo. Es por esto que repito una y otra vez éste mensaje simple pero poderoso, enfatizando la gracia, el amor, la misericordia y la bondad de Dios hacia nosotros, pecadores indignos.

BENDICIONES A RECIBIR

Una vez que comencé a entender la Palabra, me di cuenta que no era por justicia propia o mi habilidad de poder alcanzar una plataforma de santidad la que me había hecho merecedor de la bendición de Dios. Dios me bendice cuando confío simplemente en Él por sus bendiciones. Entre más vivo, más me doy cuenta de cuán indeseable e inmerecedor yo soy del toque de Dios. Él quiere bendecirme no porque soy bueno, santo o puro, sino porque ésta es Su naturaleza. Dios se goza en bendecir a sus hijos.

¿Sabía usted que hay solamente una cosa que está deteniendo las bendiciones de Dios en su vida? Éstas no están siendo detenidas porque no ha sido fiel en sus devociones ésta semana, o por fallas en alguna área de su vida. Todos fallamos. Lo único que está impidiéndole recibir las bendiciones de Dios, es su propio rechazo de confiar en Él para esas bendiciones. *Las bendiciones de Dios están disponibles para todo aquel que simplemente crea y confíe en Él para recibirlas.*

No venga a Dios basado en su propia justicia o bondad. ¡Sería un insensato al tratar de robarle al Señor la buena obra que desea hacer en su vida! La única actitud aceptable es decirle, “Soy un fracaso y no te merezco, pero Señor, por favor, sigue adelante y bendíceme de todas maneras.”

Desde que descubrí que las bendiciones de Dios eran más por medio de una fe sencilla, comencé a experimentar Sus bendiciones. Dios me ha dado tanto que me es imposible llevar la cuenta de todas las bendiciones que he recibido. He alcanzado la puerta que nunca está cerrada. Cuando venía con mi propia justicia, la puerta estaba cerrada la mayoría del tiempo. Pero ahora que vengo a Dios con fe, la puerta nunca está cerrada.

Dios *siempre* nos ama. Su amor no cambia de un día para otro. Él no nos ama más hoy de lo que nos amó ayer. El amor de Dios no es así. El amor de Dios es constante; nunca cambia. El amor de Dios hacia nosotros no está basado en nosotros mismos; está fundamentado en Él y en Su naturaleza de amor.

Dios es amor. Él le ama y seguirá amándole aún siendo usted un pecador de categoría. Lo ama aun cuando se rebela en contra de Él, agitando el puño en Su rostro diciéndole, “¡Te odio, Dios!” – Él lo amó entonces, y lo ama ahora. Porque nos ama, Él desea bendecirnos. Las bendiciones de Dios no dependen de nuestra bondad, de nuestra justicia o de nuestra fe. Las bendiciones de Dios dependen solamente de Su deseo de bendecirnos. Lo único que queda de nuestra parte es el recibir y creer en Sus bendiciones.

¿Se acuerda usted de la pregunta retórica de Pablo? “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” ¿Ha llegado a ser tan santo que Dios finalmente decidió: “Bueno, ahora que es lo suficientemente santo creo que debo llenarlo de Mi Espíritu?” ¡No! No somos más justos ahora que lo que lo éramos el primer día en que creímos.

Usted no puede imaginarse las bendiciones y el poder que Dios anhela impartirle si tan sólo creyera y confiara en Él. Somos

generalmente como esos Gálatas insensatos. ¿Por qué ser tan necios en desear volver a una relación de legalismo, cuando podemos tener una relación de amor con Dios? No sea necio y demande lo que piensa que se merece, porque lo que merece es la muerte. Todos nosotros la merecemos, porque todos hemos pecado.

Dios desea bendecirlo *ahora*, porque lo ama. Dios desea bendecir su vida, y la única avenida para ésta bendición es la fe.

¡NO PUEDE ESTAR REFIRIÉNDOSE A MÍ!

Algunos de ustedes, al leer esto pueden pensar que Dios de ninguna manera puede bendecirlos porque le han fallado demasiado o porque son muy débiles o porque han hecho algo terriblemente malo. Quizás usted tiene un problema crónico con su temperamento. Podrá preguntarse, *¿cómo es que Dios puede bendecirme cuando me exaspero con mis hijos? ¿Cómo es que Dios puede bendecirme cuando soy tan corrupto? ¿Cómo es que Dios puede bendecirme cuando soy esto o aquello?* Su problema es que está tratando de ser bendecido en cuanto a su propia conducta. Está atrapado por esa manera de pensar que dice, “Cuando llegue a ser bueno o perfecto, entonces Él podrá bendecirme.” Pero, ¡Está usted muy equivocado!

Debemos meter en nuestras cabezas que Dios quiere llenar nuestras vidas con Su Espíritu Santo desde el momento en que decimos, “Señor, realmente deseo éste poder, por favor, lléname de él.”

Pero antes deseo advertirle que en este preciso momento, sin duda alguna estallarará una guerra espiritual. Cuando ore para que Dios lo llene, instantáneamente Satanás comenzará a arrojar en su mente toda clase de mentiras y acusaciones. Él tratará de distraerlo y alejarlo haciéndolo sentir culpable y sin ningún valor. Burlándose le dirá, “¿Qué estás haciendo suplicándole a Dios por esto? Deberías avergonzarte de ti mismo; no tienes ningún derecho. Mira lo que eres y lo que has hecho ¿Cómo crees que sea posible que Dios te llene con Su Espíritu Santo?”

Irónicamente, muchas veces Satanás usará a personas *cristianas* para expresar ésta mentira. Cualquier persona que se encuentre en el camino de la justicia propia lo culpará inevitablemente. Le dirá, “Tú ya sabes que es tu culpa. ¡Si sólo tuvieras un poquito más de fe... Si fueras un poco más espiritual... Si fueras un poco más como yo!” Por menos de éste tipo de bombardeo espiritual muchos de nosotros decidimos no proseguir hacia adelante. Entonces exclamamos, ¡mejor olvídale todo Señor!

*Dios desea que usted experimente Su amor, Su toque,
Su poder y Su unción.*

¡Qué tragedia es ésta! Yo sé que no merezco las bendiciones de Dios pero Dios no me bendice porque yo lo merezco. Dios me bendice basado en Su amor y Su gracia hacia mí en Cristo Jesús. Esta es la base de la bendición—no mi bondad, no mi justicia propia o mi perfección. Si esto pudiera penetrar en nuestros delicados cráneos, comenzaríamos a ser bendecidos de tal manera que no lo podemos imaginar.

Las bendiciones están disponibles. Dios quiere bendecirle. Todo lo que tiene que hacer es simplemente creer que Él lo bendice, aunque sabe muy bien que no lo merece. Las bendiciones no provienen de sus propias obras, ellas vienen por su fe—porque confía y cree que Dios lo bendecirá.

Fallar en comprender ésta verdad es exactamente la causa del por qué muchas personas tienen problemas verdaderos en su experiencia cristiana. Alguien dice “¡No sé por qué Dios lo bendice si fuma cigarrillos; Yo no hago eso. De todas maneras, ¡Mira todas las bendiciones que él recibió! No puedo entender la razón por la cual Dios bendice a las personas que fuman.” Debo redundar en que las bendiciones de Dios no provienen de nuestro hábito de fumar. Ellas están afirmadas solamente en que nosotros creemos que Dios nos bendice porque somos hijos de Dios.

Dios *quiere* bendecir a Su pueblo. Los ojos de Dios recorren toda la tierra, buscando mostrar Su poder a favor de los que guardan corazones perfectos hacia Él (vea 2 Crónicas 16:9). Solamente torne su corazón hacia Dios, crea en Su Palabra, y confíe que Él hará lo que ha prometido. Dígale, “Señor, bendíceme ahora.” ¡Y recíballo!

Yo sé que tal derrame de Su gracia es casi como una afrenta para nosotros. Ni bien le suplico a Dios, “Oh, Señor, extiende una bendición sobre mí. Realmente quiero una bendición fantástica ésta noche,” mi mente se opone y responde, *¿Qué estás haciendo, suplicándole a Dios por una bendición? ¿Cómo puedes pedirle a Dios que te bendiga con todo aquello que estabas pensando por la tarde?*

Es muy difícil para nosotros repudiar la idea de que podemos ser merecedores de una bendición. Simplemente creer y esperar que Dios nos bendiga a pesar de que hemos fallado y no lo merecemos es extremadamente difícil. Pero cuando superamos finalmente la barrera y llegamos a la conclusión de que podemos esperar que Dios nos bendiga simplemente porque Él ha prometido bendecirnos, entonces no hay nada que pueda detener que Sus bendiciones toquen nuestras vidas.

LA BENDICIÓN DE ABRAHAM

¡Y qué bendiciones! Las mismas bendiciones que Dios le prometió a Abraham son nuestras también, porque somos hijos de Abraham. Solamente escucha tres de las bendiciones prometidas;

“No temas, Abram; yo soy tu escudo y tu galardón será sobremanera grande.” (Génesis 15:1)

“Y te multiplicaré en gran manera.” (Génesis 17:6)

“Y estableceré Mi pacto entre Mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti” (Génesis 17:7)

Todas éstas bendiciones, y aun más, son tuyas. Debido a que Dios ve a Cristo en usted, la justicia de Jesús le es impartida. Esa y solamente esa, es la base por la cual Dios lo bendice entera y completamente.

El evangelio de la gracia afirma e insiste que aunque no lo merece, Dios quiere que experimente Su amor, Su toque, Su poder y Su unción. Dios ha dado a cada persona una medida de fe. Ejercítela, úsela y se desarrollará. Simplemente crea, confíe en el Señor, y espere que Dios lo bendiga.

Nunca olvide que la bendición del Espíritu de Dios en nuestras vidas, no nos es otorgada porque un día llegamos a ser lo suficientemente santos como para merecerla. Vino a nosotros cuando finalmente vimos la luz y creímos simplemente que Dios cumpliría Su Palabra. Nuestras obras de justicia propia no tuvieron nada que ver con esto.

Los caminos de Dios no han cambiado ni tan siquiera una pizca. La bendición de Abraham llega a todos nosotros a través de una fe sencilla en nuestro Señor Jesús. Nuestra obligación consiste solamente en creer en Él para Sus bendiciones.

El sólo pensar en esto, es ya una gran bendición en sí misma.

GRACIA

LA LUCHA COMIENZA

NO HACE MUCHO TIEMPO recibí una carta de un joven que me contaba de sus intensas luchas con la carne. Me describía su desalentadora lista de derrota tras derrota, casi como haciéndose eco del clamor de Pablo en Romanos 7:24: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de éste cuerpo de muerte?”

Relacionarme con su experiencia fue fácil para mí. Todos hemos sufrido a través de tiempos difíciles semejantes en nuestro caminar con el Señor. Aunque anhelamos tener una vida que agrade a Dios, el poder de la carne pesa demasiado sobre nosotros y fallamos.

A través de la historia de la iglesia, los hombres han buscado maneras de poner la carne bajo control. Hubo una época en la que muchos cristianos creyeron que el único camino para lograr la victoria era el de encerrarse en el cuarto de un monasterio. Rehusaban tener contacto con nada ni nadie que los pudiese hacer tropezar. Pero una lectura casual de los diarios que dejaron, nos muestran que el aislarse no los ayudó.

Jerónimo, el famoso teólogo de la iglesia primitiva, vivió por muchos años en una habitación que era poco más que una celda.

Su único contacto con el mundo exterior era a través de una pequeña ventana por la cual recibía sus alimentos. Él se apartó de todo y de todos con el fin de poder entregarse así mismo totalmente al estudio de la Palabra de Dios, meditación y de la oración. Pero sus diarios personales registran que su riguroso estilo de vida y el grosor de las paredes que lo rodeaban no permitieron que innumerables pensamientos horribles, imaginaciones y fantasías se alejaran de su mente mientras estaba sentado en su pequeño y oscuro cubículo.

*Nuestra ayuda no llega hasta no darnos cuenta que la respuesta está más allá de nuestros recursos personales.
Clamar a Dios es el secreto de nuestra liberación.*

La carne es un enemigo terriblemente poderoso. Algunos cristianos pelean con su carne una batalla perdida en su caminar con el Señor. Ellos se sienten como los Israelitas que perecieron en el desierto sin haber entrado nunca en el descanso de Dios.

¿Por qué será que esta clase de creyentes nunca disfrutan de la victoria de Dios? Es muy simple: ellos dedican todo su esfuerzo y energía tratando de vivir una vida recta por su propio empeño. En vez de entregar sus vidas y luchas a Dios, continúan buscando una técnica nueva, algún método nuevo, algún programa nuevo de justificación. Pero ninguno de ellos da resultado.

Mientras que nosotros tratemos de liberarnos por nosotros mismos “del cuerpo de muerte” buscando desesperadamente otro programa o fórmula para guiar nuestros esfuerzos, fallaremos. Nuestra ayuda no llega hasta que nos damos cuenta que la respuesta está mucho más allá de nuestros propios recursos. Sorprendentemente, el clamar a Dios en nuestra debilidad es el secreto de nuestra liberación.

NO OTRO PROGRAMA DE SUPERACIÓN PERSONAL

Nuestra incapacidad total es algo muy difícil de admitir para la mayoría de nosotros. Nos gusta pensar de nosotros mismos como personas fuertes, aptas y capaces de controlar nuestros asuntos

personales. ¿Cuántas veces hemos comenzado un programa de superación personal, convencidos de que si sólo fijáramos nuestra mente en ello fácilmente podremos rebajar unos pocos kilos, mejorar nuestra figura o eliminar hábitos molestos? Pero lo triste del asunto es que mientras pensemos que podemos cambiar nuestras propias vidas por nuestro propio poder, jamás lo lograremos.

Una de las barreras más grandes para el crecimiento en nuestra vida cristiana es la noción de que podemos vivir una vida que agrade a Dios mediante nuestros propios esfuerzos. Si pensamos que podemos hacer esto, trataremos de atribuirnos crédito por ello. “¡Ven, dejar ese mal hábito no fue tan difícil después de todo! ¡Yo sabía que lo lograría!”

A esta altura no estamos dándole la gloria a Dios, pero estamos escribiendo una historia de éxito siendo nosotros la estrella de la misma. Comenzamos a decirle a otros cómo nuestra fórmula también los puede ayudar, y alejamos a Dios más y más de la escena. Predeciblemente, a pesar de nuestra gran confianza en nosotros mismos el primer viento de tragedia o desilusión causa que nuestra casa de naipes se desplome en frente a nuestros propios ojos.

Dios nos permitirá seguir estos programas de ayuda o desarrollo propio hasta que los probemos todos. Dejará que usemos todos nuestros recursos personales hasta que lleguemos a una confesión sincera, “¡No puedo hacerlo. No puedo ser justo en mi propia fortaleza. Oh, miserable de mí!” Tal honestidad es extremadamente difícil para nosotros, porque nos obliga a reconocer nuestra propia incapacidad, fracaso y debilidad. Odiamos llegar a éstas conclusiones porque lastiman nuestro orgullo.

Solamente cuando admitimos nuestra absoluta impotencia encontramos esperanza. Cuando finalmente volvemos nuestros ojos a la gracia de Dios, el Señor interviene y comienza a hacer una obra que no podemos hacer por nosotros mismos. No es hasta que la desesperación nos lleva a un clamor de incompetencia y desaliento que comenzamos a disfrutar de una victoria verdadera en Cristo.

LA LUCHA COMIENZA

En cierto sentido, el hecho de que exista una lucha, después de todo es una causa real de regocijo. Si Dios no nos hubiera dado la vida espiritual, no existiría el conflicto. Si mi espíritu estuviera todavía muerto en transgresiones y pecados, no estaría luchando con deseos impíos. Me rendiría de lleno y viviría en la carne. El hecho de que nos encontremos en esta lucha es una fuerte evidencia de que realmente somos hijos de Dios.

Y ciertamente *estamos* en una lucha ¿Quién puede negar que una batalla feroz está ocurriendo en cada uno de nosotros? En Gálatas 5:17 el apóstol Pablo nos dice: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.”

Pedro conocía todo acerca de esta lucha. En una oportunidad este corpulento pescador le aseguró a Jesús que aunque todos los demás discípulos lo abandonaran, él no lo haría. Aun así, antes que terminara la noche él negó al Señor tres veces. Jesús había tenido la razón todo el tiempo: el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.

Como Pedro, nosotros con frecuencia reaccionamos impulsivamente antes de que podamos controlarnos. Queremos hacer lo que es correcto pero acabamos haciendo lo equivocado. Como Pablo escribió: “hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:21-23)

No podemos conocer la victoria de Dios hasta que nos demos cuenta que una guerra por control es sostenida constantemente entre el Espíritu Santo y nuestra carne. Nuestra carne aún no está muerta. Aunque comencemos a saborear y disfrutar de los beneficios del Espíritu cuando dedicamos nuestras vidas a Cristo y aunque la naturaleza carnal fuera destronada de nuestras vidas, la batalla todavía no habrá terminado. Antes de nuestra conversión la carne disfrutaba del dominio y control de nuestras vidas y hasta

que nuestros cuerpos sean redimidos, nuestra naturaleza carnal no se rendirá en su lucha para traernos de nuevo bajo su poder.

¿TENEMOS DESEOS EQUIVOCADOS?

Es importante que a éstas alturas no cometamos el error de pensar que los impulsos y apetitos de nuestro cuerpo son malos. Nuestros apetitos corporales fueron creados por Dios y son absolutamente necesarios para el sustento de la vida.

El más fuerte de nuestros apetitos carnales es nuestra necesidad por aire. No hay nada malo en respirar, pero es posible pervertir esta función natural y usarla para inhalar cocaína. Al hacer esto tomamos una función natural dada por Dios y la pervertimos en un fin anormal. La Biblia llama a esto “pecado.”

En segundo lugar, después de nuestra necesidad por el aire, está el apetito de nuestro cuerpo por la hidratación. No hay nada malo en tener sed, hasta que decidimos saciarla sentándonos en un bar a echarnos unos tragos que nos hacen perder la perspectiva. Una vez más, tomamos una tendencia natural y la usamos para un propósito muy diferente al que Dios tuvo originalmente.

Nuestro siguiente gran apetito es el hambre. No hay nada malo en comer, a menos que seamos consumidos por la gula de tal manera que nuestra salud comience a verse afectada. Normalmente, asociamos el abuso de nuestro deseo natural por comida, con la glotonería. Igualmente peligrosa es la obsesión que algunos tienen de estar delgados. Viven contando calorías y compulsivamente hacen ejercicio hasta rendirse. Esto, también es pecado.

Nuestro apetito sexual fue creado por Dios no solamente para procreación sino como una preciosa expresión de amor mutuo entre esposo y esposa. Pero cuando tomamos éste impulso y lo convertimos en un juguete de placer, el amor deja de ser el objetivo y se convierte en algo equivocado.

¿Puede ver cómo la perversión de todos estos bellos apetitos dados por Dios son usados para satisfacerse egoístamente y se convierten

en algo que lucha contra el Espíritu? Todos estos apetitos corporales nos fueron entregados por Dios, pero Él nunca tuvo la intención de que ninguno de ellos nos controlará. Son una parte necesaria de nuestro ser, pero Él no los diseñó para que dominaran nuestras vidas.

Jesús dijo que si sólo pensamos acerca de lo que vamos a comer, beber, o ponernos, entonces no hay ninguna diferencia entre nosotros y los paganos (vea Mateo 6:31,32). Una persona que no conoce a Dios no puede hacer otra cosa mas que seguir sus apetitos carnales; pero nosotros los creyentes sabemos que la vida es más que comida y el cuerpo más que vestimentas. Los apetitos de nuestra carne son apropiados y tienen su lugar, pero no fue la intención de Dios que estos nos gobernaran. Aun así, en nuestro estado caído, los apetitos del cuerpo “buscan” controlar nuestras vidas. Aquí es donde la lucha comienza.

EL PLAN DE BATALLA DEL MAESTRO

Ahora, la pregunta que se presenta es la siguiente: ¿qué es lo que debemos hacer con la carne? Dios *ha* hecho una provisión para la carne. Él la llama “la cruz.”

No tratemos de redimir la carne o cubrirla con vestimentas espirituales o reformarla. No se puede redimir. Debe ser crucificada. Pablo manifestó: “Sabido esto, que nuestro viejo hombre [la naturaleza vieja dominada por la carne] fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado [nuestra naturaleza caída que nos quiere gobernar] sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6).

La receta bíblica para resolver el conflicto entre la carne y el Espíritu no es disciplina personal o dominio propio. Es el poder del Espíritu Santo.

Nuestro deber es reconocer esto como verdad. Si los deseos de la carne no fueran un factor en nuestras vidas, no tendríamos ninguna necesidad de considerar que la vieja naturaleza murió con Cristo. Donde quiera que encontremos un área de la carne que todavía nos controla, debemos honestamente reconocer que la batalla de la

carne y el Espíritu permanece en nosotros. Debemos entonces llevar el área de debilidad específica a la cruz y considerarla crucificada.

¡Sin embargo, este es solamente el primer paso! La receta bíblica para resolver el conflicto de la carne y el Espíritu, no es disciplina personal o de dominio propio. El poder sobre la carne proviene solamente de una vida controlada por el Espíritu. Aunque el conflicto estará con nosotros mientras vivamos en estos cuerpos, Dios nos provee con los recursos para gozar de una victoria espiritual. Cuando permitimos que el Espíritu de Dios domine y trabaje poderosamente en nuestras vidas es cuando podemos triunfar sobre nuestra naturaleza caída.

Cualquier empeño en lograr santificación por nosotros mismos, es por definición un esfuerzo carnal. Cuando Pablo fue llevado al punto de la desesperación y clamó, “¡Miserable de mí!” Él no preguntaba, ¿cómo puedo encontrar una estrategia para hacerlo mejor la próxima vez? ¿Cómo puedo empeñarme más para obtener resultados más satisfactorios? Pablo ya había ido por esa vereda inútil. Se había dado cuenta de que el poder para vivir una vida santa no moraba en él. Él vio que necesitaba un Libertador y por eso clamó, “¿Quién me librará?”

Cuando Jesús despierta nuestro espíritu, también nos da un nuevo conjunto de deseos. Comenzamos a anhelar una comunión íntima con Dios, un conocimiento y comprensión más profundos de Su Palabra y una comunión más cercana con otros que están vivos en Cristo Jesús. Ya no deseamos vivir en la carne porque hemos llegado a la conclusión de que el fin de todas aquellas cosas es frustración y muerte. Vivir para la carne siempre nos conduce a buscar algo más, algo fuera de nuestro alcance, algo que finalmente producirá un sentido de satisfacción duradera. Pero el cumplimiento de lo prometido siempre nos elude.

Sin embargo, al vivir para el Espíritu, descubrimos una paz que el mundo no puede entender. La lucha interminable y el vacío doloroso se han disipado y descubrimos un maravilloso sentido de propósito y significado.

La carne ya no tiene la atracción que una vez tenía, y la batalla dentro de nosotros se convierte en triunfo.

JUEGOS ESPIRITUALES MENTALES

Aunque nos guste o no, o lo admitamos o no, existe una ley perversa que trabaja dentro de nosotros que siempre que hacemos el bien, el mal está presente. Pablo describe con exactitud el conflicto perplejo que a menudo es parte de nuestras vidas: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí” (Romanos 7:15-17).

Consideremos cómo es que tratamos con uno de los más simples y directos mandamientos en la Escritura. Jesús dijo en Juan 13:34: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros.” Juan más adelante nos dice: “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso” (1 Juan 4:20-21).

Si no podemos amar a nuestro vecino, a quien podemos ver, Juan se pregunta ¿cómo podemos amar a Dios que no le hemos visto?

Entremos al problema: Ya que la Biblia clara y rotundamente prohíbe el odiar a una persona, tratamos algunas veces de suavizar el asunto diciendo, “Bueno, yo no lo odio a él; solamente odio las cosas asquerosas que hace.” Pero si somos honestos, debemos admitir que es muy difícil separar a un individuo de sus acciones. Yo soy uno de los que tienen dificultad en hacer una distinción tan sutil. Yo me encuentro no solamente odiando lo malo que el hombre hace, sino también a la persona. Si escucho que algo desagradable le ha sucedido (como que le golpearon su automóvil nuevo en un accidente de tráfico), me regocijo interiormente. Reconozco que la Biblia dice que mi actitud debe ser diferente, pero honestamente no lo es.

Muchas veces terminamos haciendo juegos mentales para convencernos a nosotros mismos que realmente estamos obedeciendo a Dios y amando a aquellos que no se lo merecen. Si hacemos el

esfuerzo necesario, podemos convencernos a nosotros mismos que realmente amamos y perdonamos. Pero la realidad de nuestra condición interior se manifiesta con claridad cuando ésta persona difícil se nos acerca, nos abraza, y en voz alta comenta frente a los que están en la habitación, “¡Hermano, supongo que ésta mañana no tuviste tiempo de ponerte desodorante!” Nuestra primera reacción es la de pensar, *¡Idiota! ¡Ahora todo el mundo se está dando vuelta y fijándose en mí. ¿Por qué no te caes muerto, imbécil?* En realidad deseamos amar a ésta persona, ¡pero nuestra naturaleza carnal no nos lo permite!

Como Pablo, descubrimos una ley irónica trabajando dentro de nosotros. Cada vez que queremos hacer el bien, el mal está presente. Terminamos frustrados con nosotros mismos, enfermos por nuestros fracasos, y cargados de desánimo. Sentimos una profunda derrota espiritual. Y clamamos junto con Pablo, “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de éste cuerpo de muerte?”

NO HAY MOTIVO PARA JACTARSE

Solamente cuando admitimos que somos incapaces de liberarnos nosotros mismos de la ley del pecado y muerte pueden abrirse las puertas para que el glorioso poder de Dios trabaje en nosotros y haga por nosotros lo que somos incapaces de hacer por nosotros mismos. A medida que el poder de Dios nos transforma de adentro hacia afuera, lo único que podemos hacer es dar gracias y gloria a Dios. No podemos decirle a otros, “Solía estar envuelto en el pecado. Pero un día, llegué a la conclusión de que a Jesús no le gustaba, entonces me llené de fuerza de voluntad y disciplina y decidí que ya no seguiría haciendo esas cosas.” No hay lugar para jactarnos de que somos unas personas refinadas y de dominio propio, como las Escrituras lo declaran: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14).

¿Alguna vez se ha encontrado con personas que aparentan ser más espirituales de lo que realmente son? Este tipo de insinceridad aflora cuando alguien habla de una lucha espiritual. Si alguien admite que tiene una batalla con la carne frente a una de estas

personas “espirituales”, éstas inmediatamente ponen una expresión en sus caras de justicia propia y de “soy más santo que tú.” Sin crítica aparente, nos sugieren que luchar con la carne es una terrible anormalidad para un creyente. Dicen, “Si tan sólo oraras más, y dedicaras más tiempo a la Palabra, y tuvieras una mente espiritual (como nosotros), no tendrías ningún problema con la carne.”

Mientras que éstas actitudes de perfeccionismo súper espiritual son muy comunes, no están de acuerdo con la clara enseñanza de la Escritura. No puedo imaginar ver llegar el momento en que no tengamos ningún problema con estos cuerpos carnales mientras vivamos en la tierra. Yo sé por experiencia, que mi propia carne puede llegar a ser aún más problemática ahora que nunca.

Cuando Dios me revela un área de mi carne que Él desea cambiar, yo siempre empiezo con mis mejores intenciones. Veo lo feo de mi pecado prometiéndome nunca más fallar de esta manera. Me preparo con disciplinas y estrategias variadas para tratar con el problema y busco toda clase de consejos para enfrentarme de una manera práctica con la situación. Pero tarde o temprano veo que todos mis mejores planes se desmoronan. Me frustró de tal manera que clamé, “¡Dios ayúdame!” Y sorprendentemente, entonces, Él lo hace. Su Espíritu comienza a transformar mi vida milagrosamente.

A medida que me desbordo de gratitud, veo cómo el camino de transformación de Dios es tan maravillosamente simple y mucho mejor que cualquiera de mis esfuerzos mal dirigidos. Muevo la cabeza y digo, “¿Cuándo llegaré a entender este simple concepto de la gracia?” ¿Cómo es que alguna vez pude imaginarme que de alguna forma yo podría hacer algo que valiera la pena y demostrarle a Dios que no soy un fracaso completo? Aun así me lo imagino.

Dios nunca tuvo la intención de que la carne nos gobernara; por eso Él ha provisto los recursos y el poder para que experimentemos la victoria. Pero mientras estemos decididos a tratar de solucionar nuestras luchas propias, nuestros mejores esfuerzos obstaculizarán el camino. Cualquier intento de justificación que provenga de

nuestra propia fuerza es una obra de la carne y es tan detestable a la vista de Dios como las cosas que tratamos de no hacer. Cuando nuestra victoria proviene solamente de la intervención de Dios, y fuera de nuestros propios recursos, el resultado final es gloria y alabanza a Dios.

UNA TRAMPA QUE EVITAR

En esos momentos cuando sentimos estar cerca del Señor, es tentador decir, “¡Esto es tan maravilloso que nunca más voy a vivir en la carne porque esto no tiene sentido y es vacío!” No obstante, el mañana llega y desafortunadamente nos olvidamos de todas nuestras buenas intenciones. Al arrastrarnos a la cama al final de un largo y frustrante día, de repente nos percatamos de que a pesar de nuestros mejores esfuerzos, nos descarriamos, hicimos lo nuestro, y fuimos controlados por la carne. Para nuestra sorpresa, nuestra carne tomó una vez más las riendas y nos encontramos haciendo lo que prometimos que no íbamos a volver a hacer.

Es en ese momento cuando a menudo cometemos nuestro más grande error; empezamos a culparnos y condenarnos y prometemos que trataremos de hacerlo mejor la próxima vez. ¿Ve el problema? En cuanto hacemos tal clase de promesas, hemos decidido invertir confianza en nuestra carne. Estamos diciendo que por nuestros esfuerzos nos haremos espiritualmente fuertes y hemos retrocedido al territorio de la carne. Como Pedro, estamos diciendo, “¡Yo nunca te negaré!”

Muchos nos frustramos intensamente cuando vemos que continuamente estamos combatiendo las mismas batallas una y otra vez. Pero esto no debería sorprendernos. Todos pasamos a través de una serie de pasos predecibles por los cuales debemos llegar primero al final de nuestra paciencia y nos daremos cuenta que por nuestra fuerza no podemos vivir de tal manera que agrade a Dios. Clamamos a Dios en desesperación, y Él obra Su divina liberación. Quisiera pensar que hay un camino más fácil; pero no lo hay.

DE ADENTRO HACIA AFUERA

En Su gracia, Dios ha hecho posible para nosotros que disfrutemos de una victoria consistente. Aun así, de éste lado del cielo la batalla nunca termina. Cada día se nos presenta la oportunidad de elegir lo que debemos hacer. ¿Viviremos para los deseos de la carne, o cederemos nuestras vidas al poder transformante del Espíritu de Dios?

¡Qué glorioso es llegar al final de nuestros recursos y ver que Dios cambia nuestras vidas por Su gracia! Nuestra única jactancia como creyentes radica en la obra completa que Jesucristo ha hecho por nosotros. Si no fuera por la cruz, estaríamos para siempre perdidos y sin esperanza. Pero gracias al gran amor de Dios por nosotros, quienes antes estábamos perdidos, hemos sido hechos salvos y bautizados en Cristo.

Ahora podemos tener una maravillosa relación con Dios por la cual ya no somos nosotros los que vivimos, sino que Cristo vive en nosotros. La vida que ahora vivimos, la vivimos por fe en el Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó asimismo por nosotros. Por la gracia de Dios, cada uno de nosotros somos una nueva criatura en Cristo Jesús. Las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas.

Cuando llegamos a ser hijos de Dios, nuestro lado espiritual se aviva. De repente nos damos cuenta de que hay algo más en la vida que obedecer los instintos de la carne. Llegamos a comprender que el hambre interior que la carne nunca podrá satisfacer puede ser satisfecha en una relación amorosa con Dios. Entre más llegamos a conocer a Dios, más experimentamos Su paz y gozo y descubrimos que el nivel de satisfacción que encontramos en el Espíritu es ilimitado más allá del espectro estrecho de la carne.

¡Qué hermoso es cuando dejamos nuestros esfuerzos inútiles y permitimos que el Espíritu trabaje! Porque Su victoria se manifiesta de adentro hacia afuera, no de afuera hacia adentro. Y ésta es la clase de victoria que *permanece*.

GRACIA

¡VERDADERAMENTE LIBRE!

NADIE EN TODO EL mundo es verdaderamente libre como lo es un creyente en Jesucristo. Como Pablo dice en Gálatas 5:1: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud.”

Libertad significa un estado de libre albedrío moral—la capacidad de tomar decisiones veraces en la vida. Aunque los creyentes son verdaderamente libres, no es correcto usar este término para describir a un pecador. El pecador tiene solamente una opción; la de depositar su fe en Jesús. Él está tan esclavizado a su carne que no puede dejar de hacer lo que está haciendo.

Muchas personas hacen cosas malvadas sin saber por qué las hacen. Ellos dicen, “Yo odio esto; no quiero hacerlo; no entiendo por qué lo hago. Me odio a mí mismo por hacerlo, pero de todos modos lo hago.” Están atrapados y sujetos por un poder—el poder de Satanás.

Antes de conocer a Cristo, todos nosotros éramos hijos de ira y toda nuestra manera de vivir estaba dedicada a tratar de satisfacer los deseos de la carne y de los pensamientos (vea Efesios 2:3). Nuestra única opción era elegir la forma estar esclavizados.

No éramos totalmente libres porque no teníamos la capacidad de apartarnos del pecado. Podíamos intercambiar una actitud pecaminosa por otra, pero éramos incapaces de vivir justamente. No podemos encontrar libertad en tan horrenda condición.

Para permanecer libres, no debemos ejercitar nuestra libertad en ninguna área que nos ponga otra vez bajo esclavitud.

!Qué contraste con la gloriosa libertad que se nos ha dado en Cristo Jesús! Como receptores del amor y perdón de Dios, se nos ha otorgado la liberación del dominio de nuestra carne. Ya no tenemos que continuar viviendo como esclavos de nuestros deseos carnales. Se nos ha otorgado la capacidad de apartarnos del pecado para servir y adorar a Dios. Hemos sido liberados de las cadenas de tinieblas que nos mantenían en esclavitud. A través de nuestra fe y confianza en Jesucristo, ahora somos libres de la obligación de vivir de acuerdo con los estándares de la ley a fin de ser aceptados por Dios. Como hijos de Dios, hemos probado la libertad y la liberación como nunca antes la habíamos conocido.

Somos libres en Cristo, y la extensión de nuestra liberación es tan vasta que Pablo pudo decir, “Todo me es lícito” (1 Corintios 10:23). No existe ética tan amplia en ninguna otra filosofía en el mundo. De hecho, el hombre que puede decir, “Todo me es lícito” es el hombre más libre que haya existido.

Pero Pablo también recalcó que aunque todas las cosas son para nosotros lícitas “no todas convienen” (1 Corintios 6:12). Así que, aunque existen áreas de libertad que podríamos seguir que no pondrían en riesgo nuestra salvación, impedirían nuestro progreso en nuestro caminar con Dios. Debemos evitar aquellas áreas que pudieran distraernos de una devoción a Dios que sea sencilla y de todo corazón. Si deseamos permanecer libres, debemos tener cuidado de no ejercitar nuestra libertad en ninguna área que nos ponga otra vez bajo esclavitud.

LIBERTAD MAL UTILIZADA

Muchas veces la gente mal interpreta la libertad cristiana, porque piensan que la libertad en Cristo significa que pueden cometer libremente toda clase de pecados. Usan su libertad como una ocasión para la carne. Esta es una perversión y negación total de lo que la Escritura enseña acerca de la libertad cristiana. Nuestra libertad nunca es una opción para pecar libremente; nunca es una licencia para pecar.

La libertad gloriosa a la cual hemos sido llamados en Cristo Jesús es primeramente liberación de nuestra carne y del dominio que nuestra carne tuvo una vez sobre nosotros. En Romanos 6, Pablo nos cuenta que ésta libertad en Cristo es una libertad para servir y adorar a Dios. Somos libres para no seguir viviendo una vida pecaminosa; la clase de vida sensual que una vez vivíamos.

En el Edén, a Adán se le concedió una gran libertad. Él podía comer de cualquier árbol del jardín excepto del árbol del conocimiento del bien y el mal. Dios sabía desde el principio que Adán desobedecería Su mandamiento, comería del árbol prohibido, y asimismo traería pecado y miseria al mundo. Aun así, Dios no previno físicamente a Adán de comer el fruto. Adán usó su libertad incorrectamente y nosotros sufrimos hoy las consecuencias catastróficas de su elección. El pecado entró al mundo por el uso equivocado de la libertad de un hombre.

De la misma manera, nosotros podemos usar indebidamente nuestra libertad en Cristo. Es posible para nosotros tomar esta libertad gloriosa y ejercerla de tal manera que retrocedamos a la esclavitud. Todos hemos escuchado a personas decir cosas como: “Bueno, como cristiano soy libre. Por lo tanto tengo la intención de complacer éste impulso de mi carne porque tengo la libertad de hacerlo.” También debemos recordar que tenemos la libertad de *no* hacerlo. Nunca debemos usar nuestra libertad como ocasión para complacer los impulsos de nuestra carne. Hebreos 12:1-2, nos dice: “despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe.”

LIBERTAD PARA SERVIR

Es claro cómo *no* debemos usar nuestra libertad en Cristo. Por lo tanto la verdadera pregunta es, ¿cómo debemos usarla? ¿cómo podemos usar nuestra libertad de una manera que honre a Dios y nos ayude a crecer en gracia? Pablo tiene la respuesta en Gálatas 5:13. Él dijo que debemos usar nuestra libertad para servirnos los unos a los otros por amor: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros.” La Escritura constantemente nos recuerda el gran valor que Dios le da al servicio en humildad.

Una y otra vez la Biblia nos recuerda que si deseamos ser realmente grandes en el reino de Dios, debemos servir. Jesús hizo a sus discípulos una magnífica declaración en el comienzo de lo que llamamos la Gran Comisión. Él dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). Puede imaginarse cuánto poder debe ser éste? “*Todo*” el poder del universo le fue concedido. El mismo poder que encendió el fuego de las estrellas y que sostiene a cada átomo, le pertenece a Jesús.

¿Y qué hizo Él con éste poder? ¿Sacudir el universo? ¿Desarrollar unas cuantas galaxias nuevas? No. Jesús se quitó Su manto, se ciñó como un sirviente, y lavó los pies de Sus discípulos. Después de haber lavado los últimos tobillos y dedos sucios, preguntó a Sus amigos, en efecto “¿Sabéis lo que os he hecho? Les he dado un ejemplo. Porque si yo, siendo vuestro Señor les he servido, entonces ustedes deben servirse el uno al otro” (vea Juan 13:12-14).

¿Que pasaría si ahora mismo usted pudiera decir, “Todo el poder del universo es mío?” ¿Que haría con tal poder? Jesús tomó una toalla y una palangana de agua y lavó los pies sucios de Sus discípulos. Todo el poder del universo era Suyo y ¿qué fue lo que hizo con él? Lavó los pies de los discípulos.

Hay muy pocos de nosotros que queremos servir. Nos gusta dar órdenes y esperar ser servidos. “Ve y tráeme aquello” “Alcázame aquella herramienta.” “Necesito que ustedes vayan.” ¡Cómo nos gusta dar órdenes, y cómo nos irrita que las órdenes no sean cumplidas! Nos hiera, y hacemos pucheros. Nos encanta ser parte de la clase de los que están al mando. Pero las más grandes bendiciones de Dios no se encuentran ahí. No hemos sido liberados para estar mandando a nuestro prójimo, sino para servirnos el uno al otro con amor.

No cabe duda que ésta bendición requiere una obra del Espíritu de Dios en nuestros corazones. Mi naturaleza humana ciertamente se rebela a la idea de servir en amor a alguien más. A menudo mi reacción inmediata al más mínimo pedido es, “Si quieres un vaso de agua, ve y tráelo tú mismo. ¿Quién fue tu esclavo ayer?” A mi carne le gusta que le sirvan. Clama para ser servida. Pero yo he sido liberado de la esclavitud de mi carne y ahora puedo servir a otros en amor. ¡Qué alegría es servir con amor! Toda la ley se comprime en una frase “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39).

LIBERTAD PARA AMAR

Doscientos años antes de Jesús, Buda dijo, “No hagas a otros lo que no quieras que ellos te hagan a ti.” Notemos, que la acción es negativa. Si no quieres que alguien te reviente la nariz, entonces no le revientes a otro la nariz. Esta es una orden con negativismo.

La “regla de oro” no es la de meramente evitar el mal; sino la de activamente buscar formas prácticas de expresar amor.

Hoy en día hay muchas personas que confunden el consejo de Buda con la regla de oro. Ellos creen ser justos por lo que *no* hacen. “Muy bien” ellos pueden decir, “no le hago daño a nadie. Nunca he asesinado a nadie ni tampoco me acuesto con nadie.” Sus vidas se arraigan tanto en lo negativo que literalmente llegan a ser “buenos para nada.”

Pero observemos que Jesús estructuró ésta ética en términos positivamente distintos. Él dijo: “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Lucas 6:31). Así como me gustaría ser servido, yo debo servir. Así como me gustaría ser amado, debo amar. Así como me gustaría recibir regalos, debo regalar.

Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos quiere decir que debemos tomar la iniciativa de hacer por otros algo de una forma creativa, activa y placentera. La regla de oro no es meramente evitar el mal, sino activamente buscar formas prácticas de expresar nuestro amor.

Jesús dice que cumplimos la ley primeramente cuando amamos a Dios y después amamos a otros y los tratamos como nos gustaría ser tratados. Nos gusta que otros hablen bien de nosotros, así que entonces debemos hablar bien de ellos. Nos gusta que otros pasen por alto nuestras faltas, así también nosotros debemos extender la misma actitud de gracia hacia ellos.

CANIBALISMO ECLESIAÍSTICO

¿Por qué es que cuando alguien dice algo poco amable acerca de nosotros, a menudo nuestra primera reacción consiste en humillarlos? Dejamos caer unos pocos comentarios insinuando que nuestros críticos no son tan santos como ellos quisieran que otros pensarán. “Bueno, yo solamente quiero decir la verdad, por eso deseo contarte algo acerca de él.” Entonces, cuando ellos escuchan lo que hemos estado diciendo, otra descarga de críticas se desata en un ciclo interminable de ataques por la espalda y de mala voluntad.

Por otro lado, si descubro que alguien me aprecia realmente y está diciendo cosas buenas acerca de mí, entonces digo, “Bueno, él seguramente es un excelente juez de carácter. Sabes, él es una maravillosa persona.”

Solía suceder que cuando alguien tenía la intención de arremeter contra otra persona hasta despedazarla, yo los atrapaba. Después de que habían descargado toda su basura, les decía, “Es muy inte-

resante lo que me has contado. ¿Supongo que no sabías que es mi tío, verdad que no?” Me gustaba ver la reacción.

Pablo nos amonestó: “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:15). Si nos encontramos en la práctica de mordernos y comernos el uno al otro hablando palabras cortantes, destructivas y aun sarcásticas el uno del otro, estamos caminando sobre la antítesis del amor. Tristemente, una forma de relación interpersonal y canibalística comienza a tomar lugar. Nos encontramos atrapados en un círculo vicioso y destructivo. El celo, la amargura y un espíritu de lucha se desarrollan y pronto la iglesia comienza a comerse a sí misma. Somos consumidos el uno por el otro.

Una vez leí el relato de un hombre en Inglaterra que con éxito desarrolló una raza bravísima de gallos de pelea. Sus gallos eran casi invencibles en la arena, y el hombre estaba orgulloso de la estatura y reputación que había ganado a causa de sus esfuerzos. Cada mañana salía para admirar sus aves de riña.

Un día salió a inspeccionar sus gallos y para su horror descubrió el corral regado de plumas, sangre y cuerpos descarnados. Su preciosa estirpe se encontraba desparramada, hecha trizas. Rápidamente llamó a uno de sus asistentes y preguntó qué había sucedido. Estallando dijo, “¿quién fue tan estúpido en haber puesto a éstas agresivas criaturas en el mismo corral?” El sirviente mansamente respondió, “yo lo hice señor.” “Y ¿por qué hiciste una cosa tan estúpida?” demandó el dueño. “Bueno,” dijo el empleado, “Yo creí que a éstas alturas ellos ya deberían saber que pelean para el mismo partido” Pero por supuesto que las aves eran muy estúpidas coma para reconocer al verdadero enemigo.

Desgraciadamente, hay momentos en los que nosotros en la iglesia no nos tratamos en un nivel más inteligente. Con frecuencia olvidamos quién es nuestro verdadero enemigo. El enemigo no es un grupo de Bautistas o Presbiterianos. Nuestro enemigo es el poder de las tinieblas que mantiene a los hombres esclavizados en la decepción y el pecado. Necesitamos acabar con nuestras

propias rivalidades destructivas y empezar a trabajar juntos por el bien común de la obra de Dios. Porque si nos mordemos y nos devoramos el uno al otro, seremos consumidos. Un día nos vamos a encontrar con una iglesia ensangrentada y destruida y el mundo dirá, “¡Miren, ahí tienen al cristianismo!”

Qué trágico que durante gran parte de la historia de la iglesia ésta se haya pasado devorándose y consumiéndose a sí misma. Somos muy dados a dar injustamente apodos y humillar a aquellos en otros grupos, y nada puede ser más contraproducente para el progreso del reino de Dios.

Como hombres y mujeres libres en Cristo, necesitamos caminar en el Espíritu—el Espíritu de amor, perdón y bondad. Debemos buscar al Señor por Su gracia y poder. Esto no es electivo para nosotros. ¿En dónde más podemos encontrar la fortaleza para enfrentar ésta corriente destructiva y enfocarnos en lo que es bueno y laudable en otros, aun en aquellos con los cuales estamos en desacuerdo?

LIBERTAD CON RESPONSABILIDAD

Con la libertad viene *siempre* una gran responsabilidad. Alguien dijo una vez que el precio de la libertad es vigilancia constante. Debemos mantenernos en guardia para mantener nuestra libertad porque es terriblemente fácil perderla.

No sea engañado al usar su libertad erróneamente para gratificar su carne. Somos libres en Cristo para actuar como queramos y aunque Dios no condene su alma al infierno a causa de alguna actividad dudosa, hágase ésta pregunta: ¿Esta actividad lo está desviando? ¿Está impidiendo su progreso hacia la meta?

El objetivo y deseo principal de mi vida es el de ser encontrado en Cristo, completo en Él. Pablo dijo: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis.” (1 Corintios 9:24). Tengo la intención de “proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14). “Por tanto...despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia,

¡ VERDADERAMENTE LIBRE !

y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:1-2).

Yo no quiero que nada me detenga. No quiero que nada impida mi progreso. Alguien podrá decirme, “Pero, Chuck, no hay nada malo con “equis” cosa. Un cristiano puede hacer esto o aquello.” ¡Seguro que puede! ¡Pero también puede impedir su progreso para llegar a la meta! “Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen” (1 Corintios 6:12). Algunas cosas lícitas me destruyen y dañan mi relación con Jesús. “Todas las cosas me son lícitas, mas no me dejaré dominar de ninguna” (versículo 12).

Si deseo permanecer libre, debo ser cuidadoso en no ejercitar mi libertad hacia algo que pueda sujetarme bajo su poder. Una vez que haya sucumbido, ya no soy libre. Si quiero ejercitar mi libertad en actividades que me atan y no me sueltan, entonces ya no soy libre. He sido un tonto en ejercitar mi libertad y he regresado por mí mismo a la esclavitud. Y ésta no es manera de vivir.

¡Gracias Dios, que hemos recibido libertad en Cristo! ¡Gracias a Dios, porque hemos recibido los recursos para mantener ésta libertad! Simples palabras no pueden expresar lo que significa ser verdaderamente *libres*.

Que el Señor nos ayude a amar libremente, a servir libremente, a buscar libremente los mejores intereses el uno para el otro. Porque entonces, al fin, seremos capaces de disfrutar completamente de las incomparables delicias que pueden ser encontradas solamente en la libertad de la maravillosa gracia de Dios.

GRACIA

¿VIVIRÁN DESENFRENADAMENTE?

MUCHAS PERSONAS TEMEN EN gran manera y sin fundamento alguno que la gracia de Dios los conducirá a una vida pecaminosa. Ellos temen que si los creyentes se dan cuenta de que Dios no los juzga por sus obras sino por su fe en Cristo entonces éstos vivirán desenfrenadamente. Dicen, “¡Un momentito, Chuck! Tú abres la puerta de ésta manera y la gente va a hacer toda clase de cosas pecaminosas y horribles. Además, se justificarán alegando que Su gracia cubre todo lo que hacen.”

Ésta objeción no es nueva. La predicación del evangelio de gracia por Pablo entre los gentiles inmediatamente produjo protestas por parte de los judíos. Ellos pensaron que al dar tal libertad, los gentiles se enloquecerían. Pedro también pudo percibir los peligros de interpretar mal el evangelio de Pablo, por lo cual él dijo en su epístola: “Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas hablando en ellas de éstas cosas, entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición.” (2 Pedro 3:15-16).

Desafortunadamente, siempre han habido aquellos que toman la Palabra de Dios y la tuercen de su contexto—para su propia destrucción. Toman el evangelio de Pablo como una excusa para una vida desordenada de pecado. Pero el evangelio nunca podrá ser entendido de ésta manera.

ESTÁ MUERTO

En Romanos 5, Pablo expone nuestra relación con Dios a través de la gracia en términos fuertes y gloriosos. En el versículo 20 él declara, “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” En el primer versículo del capítulo siguiente se imagina a algunas personas decir, “Bien, entonces vamos a pecar mucho para que así la gracia sea más abundante. La abundante gracia de Dios es maravillosa. Vamos a darle la oportunidad para que *realmente* abunde.” Pero, Pablo responde, “De ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (ver Romanos 6:2). Su respuesta contiene una clave importante para caminar en la experiencia cristiana.

Supongamos que me capturaron robando un banco. Soy enviado a prisión y puesto en juicio. Después de algunas semanas, el jurado concluye un veredicto: “Nosotros lo encontramos culpable.” El juez entonces establece el día cuando seré sentenciado. Me espera una sentencia de cinco años hasta la condena perpetua, porque usé un revolver, disparé al techo y asusté tremendamente a los empleados. Finalmente, llega el día en el cual debo comparecer ante el juez para ser sentenciado.

La ley obró justamente. Ha arrestado y condenado al culpable. Entro a la corte y el juez dice “Que el acusado se ponga de pie.” Me paro y él dice, “La corte te declara culpable y eres sentenciado a permanecer de cinco años hasta la condena perpetua en la penitenciaría estatal.” La noticia es tan mala que me da un ataque al corazón y muero allí mismo.

¿Guardará la corte mi cuerpo por cinco años en la prisión? No. Mi muerte me libera inmediatamente de la condenación de la ley.

Mi sentencia ya no tiene poder sobre mí porque estoy muerto.

Este es el punto que Pablo hace acerca de nosotros, que por la fe en Jesucristo, hemos sido justificados ante Dios y ahora estamos viviendo bajo Su gloriosa gracia. Ya no vivimos por medio de la carne; nuestra naturaleza vieja está muerta. La ley nos ha sentenciado a muerte. Las demandas de la ley fueron cumplidas cuando fuimos crucificados con Cristo. El hombre viejo, tuyo y mío, fueron crucificados. Así que, si el viejo ser está muerto, ¿Cómo podemos seguir viviendo en pecado? Nosotros hemos muerto a la vida antigua.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado,” Pablo escribe, “y ya no vivo yo mas Cristo vive en mí” (Gálatas 2:20). Ya no vivimos más en la vida antigua egoísta. Nuestros días de egocentrismo ya pasaron. Ya no vivimos para la carne. Ahora somos libres de la ley, de nuestra naturaleza pecaminosa, de nuestra horrorosa culpabilidad porque nuestro viejo y culpable hombre fue crucificado con Jesucristo. Ahora caminamos con Dios confiando en Jesús.

SI ESTÁ MUERTO, ACTÚE COMO TAL

La clase de fe que me presenta justo delante de Dios es la clase de fe que se manifiesta a sí misma en las obras de Dios. Si todavía estoy viviendo en la inmundicia y corrupción de mi vieja naturaleza —usando la gracia de Dios como una cubierta para mi forma de vida de lascivia— entonces me estoy engañando a mí mismo. No soy realmente un hijo de Dios. Santiago 2:26 dice: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.”

Una persona que ha nacido del Espíritu de Dios *lo manifestará* en su estilo de vida. Jesús dijo: ¿“Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quien es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. Mas el que oyó y no hizo, semejante es al

hombre que edificó su casa sobre la tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó; y fue grande la ruina de aquella casa” (Lucas 6:46-49).

El apóstol Juan escribió: “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos Sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda Sus mandamientos el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4). Y dos veces en la misma carta él agrega que todo aquel que es nacido de Dios no puede practicar el pecado (ver 1 Juan 3:9; 5:18). No frustré la gracia de Dios. Crea y confíe en Jesucristo como su Señor y Salvador y camine en el nacimiento de esa relación.

AME A DIOS Y HAGA LO QUE QUIERA

A éstas alturas, algunos se preguntarán, “Pero, si nuestras buenas obras no nos salvan, ¿qué es lo que nos alejará de andar fumando, de andar de parranda o de borrachos en tabernas pestilentes?”

No es que yo no *pueda* hacer estas cosas, simplemente no tengo el deseo. El amor de Cristo me constriñe a vivir una vida que le agrada a Él. Habiendo probado de la bondad de Su amor no quiero alejarme de Él. Quiero estar lo más cerca posible de Jesús porque le amo y Él me ama a mí. No quiero involucrarme en nada que le pueda traer deshonra a Él. Irónicamente, vivo una vida más recta bajo la gracia como nunca pude hacerlo bajo la ley. Bajo una relación legalista siempre estoy forzando los límites, procurando discernir si acciones específicas son correctas o equivocadas. Siempre estoy buscando escapes. Racionalizo y justifico las cosas que estoy haciendo. Vivo los límites legales, y un poco más.

Dios no quiere amarrarlo con la ley; quiere atraerlo a Él con Su amor. Este es el evangelio de gracia.

Una relación de amor con Dios es sumamente diferente a aquello. Ya no hay más debate si algo es correcto o equivocado. Por lo contrario, me pregunto, “¿Está esto agradando a mi Padre? Yo lo amo y deseo agradarle. Él me ama de tal manera que no quiero herirlo. ¿Estaría mi Padre contento si hago esto?” Algunas veces, aun donde la ley es

¿VIVIRÁN DESENFRENADAMENTE?

silenciosa, mi corazón me dice que Dios se acongojaría si llevara a cabo la actividad que estaba considerando hacer.

Una relación de amor es la que Dios está buscando con cada uno de nosotros. Él no quiere amarrarle con una ley. Él quiere atraerlo a Él con Su amor. Éste es el evangelio de la gracia, la justificación la cual Dios nos atribuye aparte de la ley.

Muchos de nosotros fallamos en comprender que el amor es la única verdadera motivación de hacer el bien. El temor no es nunca la fuerza primaria en la vida cristiana. Si somos buenos solamente por temor a ser malos, ésta no es una rectitud verdadera. Podemos tener una conducta prudente exterior como una fachada para toda clase de motivaciones equivocadas y pervertidas. Si el miedo a las consecuencias es lo único que nos mantiene en regla, podemos ser meramente un ejemplo de maldad bajo restricción. Esta no es la bondad verdadera. La bondad verdadera es motivada siempre y exclusivamente por el amor. Si nuestras decisiones morales son basadas en un ferviente amor y deseo de abstenerme de las cosas que abaten el corazón de Dios, hemos descubierto el verdadero motivo de la justicia.

El fruto del Espíritu es amor. Una de las características sobresalientes del amor es la bondad. Cuando estamos conscientes del amor, experimentamos gozo. Cuando el amor controla nuestras vidas, conocemos la paz. La demostración del amor es siempre paciencia y mansedumbre. El carácter del amor es benignidad y bondad. En síntesis, cuando el Espíritu produce Su fruto en nosotros, la necesidad de las agravantes manifestaciones externas de la ley desaparecen. *La ley es cumplida por amor.*

Así que hacemos un descubrimiento maravilloso: una vida recta ya no es una carga para nosotros sino un gozo, porque tenemos una relación de amor con Jesús.

UN PROBLEMA PROLONGADO

Es posible para nosotros conocer y experimentar la gracia de Dios. Podemos vivir en el gozo y la paz de la justificación por

la fe en Jesucristo y la completa seguridad de permanecer justos delante de Dios en Él. Ésta certeza proviene de saber que he sido crucificado con Cristo. La vida dominada por mi carne está muerta y ahora vivo una vida nueva dominada por el Espíritu de Jesucristo. Yo tengo una naturaleza nueva, la naturaleza de Jesucristo. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Ésta es una verdad increíblemente libertadora.

Pero todavía tengo un problema; continúo en éste cuerpo, y mientras sea así estoy sujeto a las fuerzas poderosas de mis tendencias corporales. Así que, una guerra se lleva a cabo dentro de mí. La carne trae sus armas y comienza a disparar. Mi carne—mi naturaleza vieja—está muerta pero de todas maneras es como si tuviera que cargar a éste viejo esqueleto conmigo. Soy como un hombre viviendo con “un cadáver medio escondido en mí” del cual no puedo deshacerme.

Es crucial que recordemos que la Escritura hace una distinción importante. Mi espíritu está redimido, pero mi cuerpo no. Esto crea un conflicto tremendo. Pablo declaró en Romanos 8:22-23: “Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, [esto es] la redención de nuestro cuerpo.” ¿Cuántas veces me quejo y me lamento delante de Dios a causa de la debilidad de mi carne?

Después que Jesús había orado en el jardín de Getsemaní, Él vino a los discípulos y los encontró durmiendo. Él dijo a Pedro, “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Marcos 14:37-38). Nunca antes fueron dichas palabras más verdaderas. Mi espíritu, en verdad, está dispuesto, pero mi carne es débil. Yo me lamento y me esfuerzo y digo, “Oh, Dios, apresura el día cuando me librarás de éste cuerpo de corrupción!” Estoy ansioso de despojarme de éste viejo cadáver.

¿VIVIRÁN DESENFRENADAMENTE?

En mi momento de debilidad, el Espíritu levanta la convicción y poder y mi mente se torna hacia el Señor.

Un día, todos seremos liberados de nuestra naturaleza caída. La Escritura dice: “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 15:53-57).

Mientras tanto, no todo está perdido. En un momento de debilidad, el Espíritu imparte convicción y poder, y mi mente se vuelve hacia el Señor. Busco Su ayuda y Su fortaleza. Comienzo a experimentar Su victoria. He descubierto que debo depender *diariamente* en la fortaleza y el poder de Jesucristo para vivir la vida que Él desea que viva. No hay lugar en donde yo pueda poner mi vida en un punto neutral y así conducirme. En el momento que así lo haga, la carne se levantaría y usurparía poder y autoridad. Debo mantener subyugados mis apetitos, si no lo hago ellos me someterán. Pablo escribió: “sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado [o desaprobado]” (1 Corintios 9:27).

Ahora, si me descuido y me encuentro otra vez cediendo a la carne, ¿quiere decir esto que ya no soy salvo? ¿Tengo que ser salvado otra vez? ¡No! Yo todavía creo en Jesucristo. Todavía amo al Señor y es mi fe la que me es atribuida por justicia. Y es precisamente por mi fe y mi nueva vida en Cristo que no puedo seguir siendo dominado por mi carne.

Aunque pueda caer en un hoyo por un tiempo, no puedo permanecer allí. Dios no me dejará permanecer en ese estado. No me permitirá

salirme con la mía haciendo las cosas que me podrían gustar hacer y que todos los demás están haciendo. Ellos podrán hacerlas y les podrá ir supuestamente bien, pero no sucederá así conmigo. ¡Él se encargará de ver que yo no las haga! Si trato de seguir los caminos del mundo y hacer las cosas que la multitud hace en “la vía alegre de la vida”, o fallo en ellas, las odiaré o seré atrapado. Porque Él nos ama y somos Sus hijos, no podremos merodear en el pecado como el mundo lo hace.

¿NO HAY REGLAS ENTONCES?

Alguien todavía puede estar preguntándose, *¿Si estamos bajo la gracia, podemos entonces simplemente ignorar las reglas de conducta de Dios?* De ninguna manera. En nuestra nueva relación, hemos recibido la dinámica del poder de Dios y la presencia interna del Espíritu Santo. En Cristo recibimos una nueva naturaleza que anhela vivir en armonía con el amor de Dios y Su santidad. Con el poder del Espíritu Santo no tenemos que estar luchando y batallando para hacer lo correcto. Esto es lo que Juan quiso decir cuando escribió “Pues éste es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). La presencia de Dios en nosotros nos da poder para escoger lo que es correcto y abstenernos de hacer el mal.

Aquellos que han leído los clásicos probablemente están familiarizados con la historia de Ulises. Durante sus viajes éste antiguo aventurero escuchó las historias de la isla de las sirenas—encantadoras pero mortales, que tocaban tan preciosa música que cualquier navegante que pasaba por ahí dirigía su nave hacia la costa para terminar estrellándose contra las rocas. Nadie que había escuchado el canto de éstas sirenas había sobrevivido. Esto le pareció a Ulises como un valioso desafío. Y decidió ser el primero en escuchar ésta música y sobrevivir.

Con el objetivo de alcanzar su meta, Ulises puso cera en los oídos de su tripulación e instruyó a sus hombres que lo ataran al mástil de la nave. Al remar cerca de la isla de las sirenas, la música seductiva comenzó. Ulises empezó a hacer fuerza contra

las cuerdas, luchando por liberarse y poder nadar a la costa, maldiciendo a los marineros para que dirigieran la nave hacia las rocas; pero la cera previno que ellos escucharan sus gritos. Ulises continuó luchando para zafarse de sus ataduras hasta que la nave se alejó del alcance de la música y del peligro. Ulises había escuchado el canto de las sirenas y había sobrevivido—pero por siempre fue perseguido por el fantasma de la memoria de esa música seductora.

La mitología griega también nos cuenta de otro barco que pasó por la isla y sobrevivió. Mientras la tripulación era atraída mortalmente al desastre por la melodía, a bordo un hombre dotado llamado Orfeo tomó una lira y comenzó a tocar. La música de Orfeo superó de tal forma la de las sirenas que los hombres se alejaron de las rocas y navegaron a salvo, cautivados por éstas nuevas y exquisitas melodías que dieron vida.

Al enfrentar la atracción de la tentación muchos de nosotros podemos identificarnos ya sea con Ulises u Orfeo. Para algunos, el canto de la sirena del mundo tiene casi una atracción irresistible. Se encuentran atrapados a sí mismos por la ley, pero aun así luchando en contra de las reglas cuando son seducidos por el poder de la carne. Su única esperanza es la ley que los mantiene retenidos.

El gozo de ser uno con Cristo sobrepasa todo lo que el mundo de la carne puede ofrecer.

Pero hay algunos que han escuchado un canto nuevo—la música del cielo en sus corazones. Descubren que el amor de Jesucristo es tan fuerte y gratificante, y que aunque el mundo es todavía atractivo, con gusto lo dejan atrás siendo poderosamente atraídos a Su preciosa presencia. No tienen por qué estar atados o confinados. No están luchando con cuerdas restrictivas. Han descubierto la gloria de caminar con Dios en comunión íntima.

El gozo de tal unidad en Cristo sobrepasa todo lo que el mundo de la carne pueda ofrecer. La seducción y atracción del pecado

han perdido su poder. Aquéllos que han descubierto ésta clase de satisfacción no necesitan leyes. En vez de seguir servilmente un reglamento que dice, “¡No le rompas la cabeza a tu vecino!” no tienen ningún deseo de hacerlo porque han sido tocados por el amor de Dios. Simplemente quieren que su vecino se salve.

Justamente el otro día, vi muestra de esto en acción. Mientras conducía por una avenida muy ocupada cerca de la Capilla Calvario, un automóvil se interpuso enfrente de mí, haciéndome frenar bruscamente. El automóvil era conducido por una pequeña anciana de cabellos grises. Ella no me vio a mí ni a otros que por poco atropelló. Si los otros conductores no hubieran estado prestando atención, un accidente terrible hubiera ocurrido. Hizo tantos movimientos descabellados que me encontré orando, “Señor, por favor permite que ésta anciana llegue bien a su casa.” ¡Aquellos que me conocen pueden testificar que en ésta situación mi actitud de preocupación no es nada menos que un milagro!

Es glorioso poder experimentar los cambios que nuestra relación de amor con Dios a hecho a través de Jesucristo.

UN AMOR CONSTANTE

Por medio de Cristo, podemos experimentar una unión verdadera con Dios. Dios no está cerca de nosotros un momento y distante en otro. Aunque fallemos, por ser débiles en tantas áreas, nuestra justificación delante de Dios no varía al igual que nuestras actitudes inestables o comportamiento lunático. Nuestra relación con Dios es firme y segura porque no está fundada en nosotros o en nuestro esfuerzo. Nuestra relación está basada en la obra redentora de Jesucristo por nosotros. Él cargó nuestros pecados sobre sí mismo y murió en nuestro lugar para hacer nuestra salvación por fe una realidad. Podemos dejar atrás la mentalidad que dice que Dios solamente nos ama cuando somos “buenos” y nos rechaza cuando somos malos.

Frecuentemente llamo a mi nieta por teléfono. Me gusta hablarle por la mañana y preguntarle cómo están las cosas. A

¿VIVIRÁN DESENFRENADAMENTE?

veces cuando hablo con ella me dice, “Abuelito hoy estoy de mal humor” ¿La amo menos cuando dice esto? Ella reconoce que está mal. Esto no altera ni un poco mi amor por ella, ni tampoco la amo más cuando es un angelito dulce. Simplemente la amo. La amo cuando está enojada y la amo cuando es dulce.

Dios nos ve de la misma manera. Cuando estamos de mal humor estamos propensos a pensar, *Dios no puede amarme hoy. Ni siquiera me quiero a mí mismo. No quiero que nadie esté conmigo.* Estamos inclinados a pensar que Dios no nos ama cuando hemos fallado. ¡No es así! Si nuestra posición delante de Dios estuviera basada en nuestro propio comportamiento, entonces no hubiera sido necesario que Jesucristo muriera.

Cuando Jesús atribuye nuestra fe como justificación, Él nos entrega una preciosa, estable y amorosa relación con Él mismo. Disfrutamos de un tipo de posición que dice, “Ven, entra y siéntate. Déjame ayudarte; déjame fortalecerte.”

Dios lo ama. Usted es tan precioso para Él que lo llamó para que sea eternamente Suyo. Es por eso que la gracia de Dios no nos conduce a vivir desenfrenadamente.

Efectivamente, hay un gozo más infinito por poseer en el Salvador que en el pecado.

GRACIA

TRAMPAS Y MINAS EN EL CAMINO

PARECE QUE SIEMPRE EXISTEN aquellos que están listos para invadir un territorio ya segado con el fin de recoger algo de la cosecha.

En el estacionamiento de Capilla Calvario, con frecuencia descubrimos a personas distribuyendo panfletos promoviendo doctrinas extrañas. Otras veces hemos visto personas paradas en la entrada de los automóviles tratando de imponer en los feligreses algún tipo de movimiento doctrinal conforme van entrando. Siempre nos preguntamos, “¿Por qué ir a una iglesia a distribuir folletos?” ¡Si estuviésemos teniendo algún evento especial y planeásemos distribuir folletos con el propósito de anunciarlo, mandaríamos a nuestros muchachos a la playa o a los centros comerciales, no a otra iglesia! ¿Por qué ir a una iglesia a tratar de sonsacar a aquellos que ya están allí establecidos?

Si tiene una doctrina vital que cree que otros deben entender y creer, en vez de tratar de convertirnos a nosotros, ¿por qué no nos otorga el privilegio de ver cómo ésta verdad ha transformado *su* vida a la imagen de Jesucristo? Permítanos ver esa verdad demostrada en su propia vida. Cuando veamos su glorioso

compromiso con el Señor, sin duda alguna le preguntaremos qué es lo que está pasando con nosotros porque tiene algo que realmente necesitamos.

Tristemente, la gente no está satisfecha con hacer eso. Es trágico que sientan que tienen un llamado divino a persuadir al cuerpo de Cristo a otra persuasión. Es por esto que el Nuevo Testamento está lleno de advertencias y exhortaciones en contra de maestros falsos y de sus estrategias astutas y cautivantes.

PUEDE ESTAR SEGURO

Todas las sectas tienden a pervertir el evangelio de Cristo. Usualmente ponen un fuerte énfasis en las obras y en la justificación relacionada con las mismas. Si le pregunta a alguna persona envuelta en una de éstas sectas si han vuelto a nacer, con frecuencia responderán, “Hermano, no sabrás esto hasta que mueras, porque no sabes cuales serán tus últimas obras.” Ahora, ¿No será éste un terrible momento para descubrirlo?

Dios quiere que tengamos seguridad en nuestra salvación, y si dependemos de Jesucristo y de Su obra redentora, entonces sí podemos tenerla. Si nuestra salvación está fundada en nuestras propias obras, entonces ésta seguridad está fuera de nuestro alcance.

La Biblia enseña que el camino a la salvación es en verdad estrecho.

Si nuestra salvación está fundada en fidelidad a un credo o sistema de obras, entonces no sabremos nuestro destino eterno hasta la hora de nuestra muerte... y será demasiado tarde. Pero si nuestra salvación está basada únicamente en fe en Jesucristo y Su obra, entonces sí podemos estar seguros.

No estoy seguro de mis propias obras. No estoy seguro de mi justificación propia. Sí *estoy* seguro de Su obra y Su justicia. Como el escritor de himnos lo dijo, “Mi esperanza está cimentada en nada menos que la sangre de Jesús y Su justicia; no me atrevo a confiar ni en la más dulce estructura, sino que descanso completamente

en el nombre de Jesús.” Pablo está tan convencido de ésta verdad que escribe, “Mas si aún nosotros o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8). ¡Palabras fuertes! Pablo usa el termino *anatema*, que significa “maldito al infierno más profundo.”

Supongamos que un ángel se aposente esta noche en su cama. Se siente intranquilo, despierta, y ve una criatura resplandeciente de siete pies de estatura sentada allí a los pies de su cama. Si le dijera, “¡No te asustes! He venido a compartir contigo buenas noticias. Tú eres una persona especial, Dios te ha escogido para un trabajo importante. Si cooperas y haces éste trabajo para Dios, Él te salvará.” ¿Cuál sería su conclusión? Una cosa es segura: Este ángel no es de Dios. Sea anatema.

La Biblia enseña que el camino de la salvación es en realidad estrecho. Las palabras de Pablo le dan un golpe de muerte a la ya extendida clase de religión tan popular en nuestros días que dice, “Yo creo que si una persona está haciendo lo que cree que es correcto en su corazón será aceptada por Dios.” Pedro dijo: “Éste Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo [esto es la piedra principal]. Y en ningún otro hay salvación: porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:11-12).

Muchas personas podrían responder, “Oh, Pedro; eres de una mentalidad muy estrecha. ¿Quieres decirme que Jesús es el único camino? Pedro, esto no lo puedo aceptar, es muy restringido.” Muy bien. Entonces, sea anatema. Ellos responderán, “Pero éstas son palabras muy fuertes.” “¡Esto es muy limitado. Seguramente Jesús fue más tolerante que esto!” Pero fue Jesús mismo quien dijo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14:6). Y fue Jesús quien dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14).

Pablo siempre estuvo en lo correcto. Aun hoy casi puedo escucharlo alegando con los gálatas, “Escuchen, se los voy a decir otra vez. Si yo o un ángel del cielo o cualquier otro hombre viniese y les agobiara con algo diferente—algo que te cause confiar en ti mismo, en tus propias obras, en tus propias bondades, en tu propia justificación, en guardar la ley, en ser circuncidado, en seguir algún ritual, en unirte a algún grupo, en dar tanto—¡que sea anatema!”

¿Por qué es que Pablo fue tan inflexible? Porque Dios nos ha aceptado tal como somos, conforme depositamos nuestra fe en Su Hijo Jesucristo. Por nuestra confianza en Él, nos ha limpiado de todos nuestros pecados y nos ha recibido. Dios desea concedernos las riquezas y la plenitud de Su amor, no porque lo merecemos, pero porque Él nos ama. Éste es el evangelio de gracia en Jesucristo. Y eventualmente, Pablo murió por esa causa.

ES UNA MARAVILLA

Se ha extrañado alguna vez del ¿por qué será que las doctrinas que enseñan que las buenas obras son el fundamento para relacionarse con Dios, parecen ganar tan fuerte raíz en la vida de las personas? Confieso que yo lo he hecho.

No hay duda que Pablo también se extrañó por esto, porque él dijo a los Gálatas: “Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente” (Gálatas 1:6). ¡Es sorprendente que la gente pueda dejar la gracia de Cristo por otro evangelio ¡especialmente cuando éste “evangelio” no tiene nada de bueno!

Cuando una persona dice, “Es bueno creer en Jesucristo, pero se necesita más que esto” ¡Tenga cuidado! En el mismo momento que me dice que debo ser justo y probarme santo delante de Dios, no me está guiando hacia Dios; al contrario, me está alejando de Él. Yo no soy justo y no soy santo y de ninguna manera puedo serlo; por lo tanto lo que me está diciendo *no* son buenas noticias. Están muy lejos de serlo. Es una proclamación de muerte.

Pablo no podía entender cómo es que alguien querría dejar una

relación de amor con Dios para tratar de establecer una relación basada en obras, circuncisión o a través de guardar la ley. El escribió: “Hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio,” las buenas nuevas de Cristo (Gálatas 1:7).

EL AMOR COMO ARMA

Es sorprendente que las personas dejen el evangelio verdadero por uno falso, pero no es ningún misterio cómo los maestros falsos reclutan a sus discípulos nuevos con frecuencia. Pablo explica que una técnica muy común es el uso de afección fervorosa: “Tienen celo por vosotros, pero no para bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros tengáis celo por ellos” (Gálatas 4:17).

Aquellos que han caído en las sectas con frecuencia reportan una increíble lluvia de amor y atención hacia ellos cuando la secta los consideró como un candidato seguro. Una vez que la persona se compromete al grupo, ese amor se transforma en adoctrinamiento. En vez de ser abrumado con afecto, el nuevo converso es puesto bajo una ardua disciplina física y eventualmente es agotado al punto de quedar exhausto. Se le despoja de todo sentimiento de estima propia, dejando a la persona extremadamente susceptible a las distorsiones espirituales del grupo.

El amor que de tan buena gana se le demostró al comienzo es solamente un medio para aislar al individuo y traerlo o traerla a la esclavitud. Si alguien no es partícipe del programa, el amor rápidamente se termina y la persona es excluida al ostracismo. Si falla en ser ganado por la nueva persuasión, el “amor” rápidamente se convierte en plena hostilidad.

En mis primeros años de ministerio en Tucson, tuve un desagradable encuentro con un grupo Pentecostal conocido como “Jesús Solamente.” Esta secta enseña que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son meramente términos diferentes para referirse a Jesús. Por supuesto que tienen muchísima dificultad en explicar a quién le estaba hablando Jesús cuando oró al Padre, o quién fue el que habló desde el cielo en el bautismo de Jesús. ¿Habría sido la

voz de Mateo 3:17, quien dijo: “Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia,” solamente un acto de ventriloquismo? La debilidad de ésta posición es evidente; aun así, a los seguidores de ésta persuasión les encanta acosar y crear toda clase de conflictos.

Tristemente, un par de familias influyentes de nuestra iglesia se entregó por completo a ésta doctrina. Pronto me convertí en el blanco de su próximo proyecto y comenzaron “celosamente a afectarme.” Me invitaban a almorzar y no se cansaban de repetir que yo tenía un gran potencial y cuánto ellos amaban la iglesia.

Yo siempre he detestado discutir las Escrituras con la gente. Usualmente los dejo exponer sus posiciones erróneas sin tratar de desarmarlos. Y así éstas personas citan el versículo donde Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30) y yo les digo, “Sí, eso es correcto. Eso es lo que Él dijo.” Cada vez que ellos citan la Escritura yo les digo, “Sí, eso es lo que dice.” Pero nunca me pongo a discutir con ellos interpretaciones.

Por supuesto, que conozco muchos textos que pudieran aclarar el tema; pero prefiero no discutir con ésta gente. Jesús dijo: “Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino” (Mateo 5:25); así que estuve de acuerdo con los versículos que citaron. Aunque no estuve de acuerdo con sus interpretaciones peculiares, siempre estoy de acuerdo con el texto mismo. Y como no estaba discutiendo con ellos pensaron que me habían persuadido.

Un día expusieron su doctrina en una clase de Escuela Dominical para adultos. Cuando el maestro les refutó su posición efectivamente, algunos de ellos trataron de pretender que yo estaba de parte de ellos. El maestro inmediatamente me llamó para resolver la disputa. Cuando le dije a la clase que yo creía que Dios es uno pero que es manifestado en las distintivas personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo, el bando de “Jesús Solamente” se enfureció.

A la mañana siguiente me llamaron por teléfono y me dijeron, “queremos verlo ésta noche en nuestra casa.” Aquella noche los visité

y me reclamaron, “¿Qué se propone conseguir con negar la verdad? ¿Cómo puede negar lo que realmente cree?” Yo les respondí, “No lo hice. Ni negué la verdad ni tampoco negué lo que yo creo. Lo que expresé en la clase es exactamente lo que creo. Yo no creo que Jesús estaba usando trucos baratos de ventriloquismo y tampoco creo que estaba tratando de engañar a la gente cuando Él estaba orando al Padre. Yo creo que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son personalidades separadas, sin embargo, hay sólo un Dios.” Fue aquí cuando comencé a ver el dedo proverbial de la acusación.

Ellos me amenazaron. “Hermano, ¡Dios nos ha dado una revelación y tuvimos una visión de que lo estarían sacando en un ataúd a menos que usted se parara delante de la iglesia y les dijera que nosotros estamos en lo correcto!” Mientras escuchaba una avalancha de amenazas horribles, comencé a preguntarme, *¿qué pasó con todo el amor que ésta gente tenía por mí?*

Me dijeron, “Le vamos a dar hasta el sábado para retractarse.” Yo les respondí, “No necesito hasta el sábado. Ahora mismo puedo decirles.” Ellos me respondieron, “No diga una palabra más. Solamente ore acerca de esto, hermano, y si para el sábado en la noche no promete que lo va a hacer, entonces nunca más regresaremos a su iglesia.” Naturalmente, el líder de éste grupo tenía 11 jóvenes de los 53 de nuestra Escuela Dominical y perderlos es difícil cuando se está tratando de hacer crecer esta rama del ministerio.

El sábado por la noche recibí la llamada; “Hermano, ¿qué es lo que ha decidido?” Le respondí, “No he cambiado mi parecer ni mi manera de pensar en lo más mínimo.” “Está bien, nosotros se lo advertimos,” me dijo y me colgó. Él se fue y los 11 jóvenes con él.

Este hombre y su clan fueron celosos en demostrarme afecto mientras yo fui un posible converso. Pero cuando se dieron cuenta que no les serviría ni a ellos ni a sus persuasiones, me dejaron a mí y a la iglesia sin más ni más.

Aquello no era un amor genuino: fue solamente una demostración hipócrita con el fin de convertirme. Shakespeare hizo esta

observación, “Amor no es amor que se altera, cuando una alteración encuentra.” Sus verdaderos sentimientos salieron a relucir cuando no fui convertido.

Esta es una táctica frecuentemente usada por los maestros falsos. Ellos serán celosos en demostrar afecto para transformar un contacto en un converso. Pero si la persona decide no someterse a sus persuasiones, rápidamente la excluyen.

La gente puede demostrarle un afecto arrobador y al parecer ser tan amorosos, tan buenos, tan dulces, pero solamente porque están buscando ganarlo a su persuasión. ¡Cuidese, si no, se lo ganan! Lo insultarán y lanzarán toda clase de juicios y condenaciones. ¡Éste no es el evangelio de gracia!

NO TROPIECE

Siempre es difícil ver a la gente dejar la verdad por la mentira. Uno los ama y quisiera evitarles la angustia que sabe tendrán más adelante, pero no es mucho lo que se puede hacer. Pablo supo muy bien lo que se sentía (Gálatas 5:7). Es un versículo agridulce que relata la relación que el apóstol Pablo tenía con los Gálatas. Él escribe, “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?”

Los Gálatas anteriormente habían caminado en tal amor por Dios y el uno con el otro que ellos habían, abiertamente y sin egoísmo, ministrado a Pablo en un tiempo de extrema circunstancia. Ellos aun habían estado dispuestos a sacrificar sus propios ojos por él. Pero ahora habían tropezado en su caminar, de tal manera que algunos consideraron a Pablo un enemigo. ¿Por qué? Solamente porque él los estimó lo suficiente como para decirles la verdad.

Extrayendo una analogía del terreno del atletismo, Pablo compara los Gálatas a los competidores que empezaron bien la carrera pero después tropezaron mientras corrían. Él escribió, “Esta persuasión no procede de aquel que os llama,”

(Gálatas 5:8). Pablo insistió que las “nuevas y profundas verdades” traídas por los Judaizantes no provenían de Dios.

Cada creyente tiene la responsabilidad de investigar las Escrituras para ver si las enseñanzas son verdaderas o falsas.

Aun así ¿Cuántas personas son atrapadas por ésta clase de falsa persuasión? A menudo aun los creyentes sinceros en Cristo son descarriados por los relatos astutos de algún evangelista. Creen una enseñanza falsa no porque hayan investigado las Escrituras, sino porque fueron influenciados por la fuerza de una personalidad persuasiva.

El triste resultado de tan impía influencia es que las víctimas terminan en esclavitud, casi despojadas de su personalidad. Te has preguntado alguna vez cómo es que personas aparentemente normales caigan de tal forma bajo la influencia de una secta que terminan vendiendo flores o cacahuates en el aeropuerto por su líder? Esta clase de persuasión ciertamente no viene de Dios. De hecho, en todos los sistemas de orientación en servidumbre, tarde o temprano las personas terminan bajo el señorío del hombre.

El mejor resguardo en contra de ésta clase de engaño es: “Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21). No importa en cuán alta estima tengamos a un individuo, no importa cuán prominente o numeroso sea el grupo de sus seguidores, no podemos adoptar las creencias de nadie en lugar del verdadero evangelio. Cada creyente es responsable de escudriñar las Escrituras para ver si éstas cosas son ciertas.

Qué trágico es descuidar esta precaución y aceptar a ciegas todo lo que un maestro en particular tiene que decir meramente porque tiene cierto tipo de apariencia o estilo de hablar, o tiene un ministerio de televisión o de radio. Cuando fallamos en verificar las enseñanzas que se nos presentan, nos exponemos a persuasiones que no son de Aquel que nos llamó. Dios no cambia Su manera de pensar. Dios no edita Su verdad o la condimenta

con revelaciones nuevas. El evangelio de gracia no cambia—aun así, no es difícil encontrar maestros que pretenden que así haya sucedido.

ESCLAVITUD CON CUALQUIER OTRO NOMBRE SIGUE SIENDO ESCLAVITUD

Aun hoy encontramos todo tipo de personas que predicán el legalismo. Ellos le preguntan, “Hermano, ¿cómo fuiste bautizado? ¿Quién te bautizó? ¿Qué dijeron cuando te bautizaron?” Algunos, aun dicen cosas como éstas, “Si no fuiste bautizado con la fórmula correcta, entonces no fue un bautismo verdadero. ¿Fuiste rociado solamente o fuiste sumergido?”

Lo más trágico es que éstas supuestas enseñanzas sirven solamente para separarnos de la obra que Dios ya ha hecho en nuestros corazones por la fe en Jesucristo. Cualquier ritual, ya sea el bautismo, la comunión o el lavamiento de pies, no contribuirá en lo absoluto en hacernos más justos. El hecho de permanecer justos con Dios es total y completamente nuestro por medio de la fe, la cual obra por amor. Ésta es la clave hacia el poder real y paz en nuestro caminar con Dios. No es de extrañar que el gran apóstol dijera, “¡Estoy sorprendido de que tan pronto hayas dejado la verdad por otro evangelio que no es realmente un evangelio!”

El verdadero evangelio *trae* buenas noticias. Son las buenas nuevas de la gracia de Dios y el perdón de los pecados a través de la obra terminada de Jesucristo. Su relación con Dios no está basada en su justicia o sus obras o en guardar ciertas reglas, pero sí en creer en el sacrificio de Dios por usted. Si tan sólo creyera en ésta obra de Dios, a través de Jesucristo puede tener una relación hermosa e inquebrantable con Dios. Todos sus pecados serán lavados y la culpa de todas sus deficiencias, fallas y actitudes se desvanecerán. Ya no existirán, porque habrá sido justificado por la fe en Jesucristo.

Pablo supo que era necedad tratar de relacionarnos con Dios en cuanto a las obras. Él podía ver el resultado final porque también así había comenzado él. Él podría haber dicho, “No me hables

TRAMPAS Y MINAS EN EL CAMINO

de la ley. Yo sé todo lo referente a la ley. Yo sé todo acerca de la justificación que proviene de la ley. Yo era un fariseo fervoroso. Era más celoso que mis hermanos. No me hables de este negocio de la ley; yo sé de que se trata. ¡Pero gracias a Dios, fui liberado de todo aquello cuando vine a una relación nueva con Dios por la fe en Jesucristo!”

Así sucedió con nosotros también. Por lo tanto, habiendo sido establecidos en el evangelio de gracia, no permitamos que los hombres nos perturben y nos acechen con persuasiones de culpabilidad o con la idea de justificación por obras. Esto no sirve de nada. Ninguno de nosotros desea que una palabra como *anatema* sea adherida a nuestro nombre.

GRACIA

TODO O NADA

HACE UN TIEMPO ATRÁS participé en un almuerzo de pastores en el estado de Oregón en los Estados Unidos. Antes de que el programa comenzara, alguien me preguntó si había escuchado acerca de un hombre que viajaba a dedo, hablaba acerca de la venida de Jesús y después se desaparecía; respondí que sí había oído de él, sólo que la primera vez que supe de él fue en 1944 en Burbank, California. La historia siempre tenía el mismo final. La última pareja que lo había levantado en el camino, al llegar a la gasolinera, oíría del empleado que eran los novenos clientes ese día contando la misma historia. El pastor que me había hecho la pregunta se rió y me dijo, “Esto demuestra qué tan lejos está Oregón, para que le haya tomado a éste rumor 50 años para llegar aquí.”

¡Qué inclinados estamos a desgastarnos en cosas que no valen la pena! ¡Y qué agradecido estoy de que nuestra fe está basada en el fundamento firme de la Palabra de Dios! Yo prefiero que el Señor me hable por las probadas y verdaderas páginas de la Escritura, que recibir cierta clase de revelación sobrenatural o especial. Si un ángel viniera a mí pretendiendo tener una verdad revolucionaria, me preguntaría si este mensaje es de Dios.

Interminables conjeturas dejan de ser un problema cuando nos vamos a la Palabra. La Biblia es el único fundamento firme para nuestra fe y camino cristiano. Cuando nuestras vidas están fundadas en la verdad de la Palabra de Dios, no seremos descarriados por la última moda en doctrinas o “nueva y mejorada” versión del evangelio. ¡Qué crucial es que permanezcamos firmes en la verdad de la Palabra de Dios! Ésta es la única manera de mantener la gloriosa libertad que abundantemente se nos ha provisto en Cristo.

¿CÓMO PODEMOS PERMANECER FIRMES?

Es importante comprender que aquellos que fallan en permanecer firmes, son movidos por una fe simple en Cristo y por una falta de entendimiento de la Palabra de Dios. Solamente una comprensión sólida de las Escrituras traerá una estabilidad real a nuestras vidas.

Pablo hizo la observación de que Dios ha provisto a la iglesia con apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros a fin de “perfeccionar a los santos” (Efesios 4:11-12). Una prueba de esta perfección es la de una unidad de fe tan estable que ya no “seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Efesios 4:14). ¡Qué importante es para nosotros estar cimentados en la Palabra, especialmente en nuestros tiempos llenos de engaño!

Desde el excesivo materialismo del movimiento de prosperidad que dice, “¡Claro que es verdad que Dios quiere que todos Sus hijos manejen un Mercedes Benz! ¿Tú solamente manejas un Toyota o auto viejo o andas a pié? ¡Qué poco espiritual eres!”— hasta las “nuevas” revelaciones acerca de la única manera correcta de bautizar. Extrañas desviaciones de doctrina son la regla de nuestros tiempos, no la excepción.

En Gálatas 5:1 Pablo exhorta a sus amigos: “estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” Su mensaje es relevante para noso-

tros hoy en día como cuando escribió su carta. Con frecuencia la iglesia misma es la primera en imponer sobre nosotros estándares de justificación legalista. Estas reglas y regulaciones son usualmente bien recibidas porque existe una cierta seguridad en las bien definidas limitaciones que la ley provee. Los cultos ofrecen a la gente una gran e irresistible dirección personal y la “seguridad” que se origina de una ciega obediencia a la autoridad.

Pero aquellos que se entregan a sí mismos a tan estrictos y regimentados estilos de vida lo hacen al costo de su libertad personal. Ellos fallan en darse cuenta de que juntamente con el sentido de seguridad que estos grupos proveen se origina también un nivel intenso de condenación si alguien se separa de las normas. Muchos de los que han sido esclavizados en tales sistemas nos cuentan que creen que separarse del grupo es equivalente a separarse de Dios. Si un converso comienza a cuestionar al grupo o desea ir a otro lugar, se le dice que está en peligro de ir al infierno. Estas formas o tácticas de presión y pretensiones atroces de poseer la llave exclusiva de la verdad, son las marcas de identificación de los grupos basados en servidumbre esclavizante.

Por otro lado, una iglesia que anima a la gente a encontrar un lugar en donde puedan crecer en su caminar con el Señor, demuestra una señal de salud espiritual. En Capilla Calvario, frecuentemente sugerimos que las personas busquen a su alrededor y encuentren un lugar en donde se les ministre más efectivamente. Algunos que vienen a nuestra comunión de hermanos les gustaría ver más emoción o sensacionalismo en nuestros servicios. Nosotros animamos a éstas personas a que ejerciten su libertad para encontrar un lugar más de acuerdo con sus deseos. No estamos interesados en obligar a nadie a asistir a nuestra iglesia.

Es vital para nosotros ceñirnos a ésta verdad: Poner nuestra fe en cualquier obra nos separa de la gracia de Dios.

El uso por Pablo de la frase: “yugo de esclavitud”, es probablemente una referencia a las palabras de Simón Pedro en el primer

Concilio de Jerusalén. En Hechos 15, Pedro hizo un recuento del llamado de Dios para ministrar a los Gentiles en la casa de Cornelio. Él sugirió que el Concilio no pusiera sobre los no-judíos un yugo de esclavitud que “ni vuestros padres ni nosotros hemos podido llevar” (versículo 10). Pablo cita las palabras de Pedro para enfatizar que el mensaje de libertad por gracia no fue algo que él desarrolló por sí mismo. La libertad en Cristo es la posición sólida de la iglesia.

LOS RITUALES NO SALVAN

Un aspecto clave de la enseñanza rechazada en el Concilio de Jerusalén era la insistencia de que los gentiles participaran en el ritual de la circuncisión para ser salvos. El Concilio acordó con Pablo que es imposible que las obras puedan hacer justo a nadie. Pablo, posteriormente declaró que el poner fe en un ritual es contrario a al evangelio. Él escribió: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo” (Gálatas 5:2). Esto nos permite decir con seguridad que el poner nuestra fe en *cualquier* obra nos separa de la gracia de Dios. Es vital para nosotros que acojamos ésta verdad. Ya no andan por allí muchos maestros abogando por la circuncisión para alcanzar la salvación, pero ¿cuántas veces hemos escuchado a personas que con toda sinceridad insisten que debemos recibir el ritual del bautismo para ser salvos?

Algunos llevan éste principio a los extremos más extraños. Existen sectas que enseñan que no solamente debemos ser bautizados para ser salvos, sino que también debemos ser bautizados “correctamente.” Algunos insisten que debemos ser bautizados solamente en el nombre de Jesús. Otros, que debemos ser bautizados solamente por un ministro ordenado por su denominación en particular. ¡Algunos se han obsesionado tanto con las diversas formas de bautismo, que han dividido iglesias por elegir la aspersión o la inmersión, hasta por si las personas deben ser bautizadas de frente o de espaldas!

La raíz de toda esta división es la inadecuada confianza errónea en una buena obra que nos ayude a estar bien delante de Dios. La

T O D O O N A D A

enseñanza clara de la Escritura es que si confiamos en cualquier buena obra para la salvación, entonces Cristo ya no tiene ningún valor para nosotros. No podemos permanecer en ambos lados de la cerca confiando en Cristo y también en nuestras buenas obras. Si creemos que el bautismo es la base de nuestra salvación, estamos poniendo nuestra fe en las obras. Estamos construyendo nuestra casa espiritual sobre una fundación arenosa que será incapaz de sostenernos.

Hace unos años, un joven se me acercó y me dijo que ya no era cristiano, que se había unido a la iglesia Mormona. Cuando le pregunté en qué estaba basando su esperanza para la vida eterna, él me respondió que su esperanza estaba basada en su fe en Jesucristo y en su continua membresía con la iglesia Mormona. Yo con sinceridad le dije que su decisión era trágica. En el momento que puso su confianza en algo más que en la obra consumada de Jesucristo, él se había alejado demasiado.

Todo lo que necesitamos para ser presentados justos delante de Dios es la fe en Cristo. Si insistimos en confiar en Jesús y en la circuncisión (o el bautismo, o el diezmo o la membresía continúa en una iglesia), entonces Cristo no será de ningún valor para nosotros.

ES TODO O NADA

Aquellos que dependen de sus obras para ser justos no pueden adoptar un método de elegir y seleccionar. Si aceptamos realizar buenas obras como necesarias para la salvación, nos hacemos deudores de toda la ley; debemos guardar la ley en su plenitud. Como Pablo lo hizo notar en Gálatas 3:10: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” Santiago amplificó ésta verdad cuando dijo: Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos” (Santiago 2:10).

Si nos resguardamos en la ley para justicia, no sólo la fe Cristo nos será vana, mas también tendremos que cumplir cada mandamiento a la perfección. Nuestra relación con Dios o está arraigada en el legalismo o en la gracia.

Pablo no escatimó palabras en su rechazo de la enseñanza falsa de los judaizantes. Él escribió: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). Aquellos que traen consigo su “orquesta” anunciando su santidad al cristianismo han rechazado la gracia.

Es útil recordar que nadie estará en el cielo por medio de sus buenas obras. No tendremos que escuchar a Abraham, David o a Pablo hablar de todas las maravillas que hicieron para poder alcanzar el ser justos delante de Dios. Estos hombres simplemente creyeron a Dios, y su fe les fue contada por justicia. Ninguno de nosotros podrá estar en el cielo comparando buenas obras con otros porque solamente habrá uno cuyas obras serán honradas ante el trono de Dios—nuestro Señor Jesucristo. Jesús, sólo Jesús recibirá la honra por nuestra salvación. Si no fuera por Él ninguno de nosotros llegaría allí.

Como Pablo expresó: “Pero lejos esté de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14). No importa cuántas buenas obras hemos hecho por Él, ni a cuántas personas conduzcamos a Él o cuántas iglesias establezcamos para Él. Nuestra única gloria está en Jesucristo quién murió por nosotros. Nuestra justicia no es cuestión de buenas obras, esfuerzos humanos o de guardar ciertos rituales o leyes dietéticas. Nuestra justicia es el resultado de nuestra fe sencilla en el Hijo de Dios, Jesús; no solamente ahora, sino por toda la eternidad.

La justificación por fe remueve todas las distinciones entre los que son de Cristo. Yo no soy mejor que usted y usted no es mejor que yo. Somos todos pecadores; salvos solamente por la gracia de Dios. No hay otro camino para permanecer justos delante de Dios. Hay sólo una clase de justicia que Dios aceptará: la justicia imputada de Jesucristo.

Y éste no es un pequeño detalle para nosotros como creyentes. Debemos permanecer firmes en la libertad por la cual Cristo nos ha hecho libres. No debemos permitir que vengan reglas condenadoras a dominar nuestras vidas de tal manera que sintamos que a menos que estemos orando siete horas al día o leyendo 25 capítulos de la Escritura en nuestras devociones, no somos realmente justos. Nuestra justicia no se basa en cuánto leemos, oramos, ayunamos u ofrendamos. Nuestra justicia está basada en nuestra simple confianza en Jesús para lavarnos y limpiarnos de todos nuestros pecados y hacernos puros en los ojos del Padre.

La obra de nuestra salvación ya está terminada. No hay nada que podamos hacer de nuestra parte para mejorarla. Nuestras buenas obras son el resultado de la aceptación y amor de Dios; no hacemos obras para ganar Su aprobación y amor. Caminar en obediencia a los mandatos de Cristo no nos hace más justos, solamente más felices y satisfechos. ¿Qué mejor manera de vivir que entregar toda mi existencia a Aquel que me ama entrañablemente hoy y mañana, y quien ha prometido cuidarme por siempre? El ser dirigido y guiado por Dios es la experiencia más completa en el mundo.

SÓLO DOS OPCIONES

Todos nosotros estamos tratando de trabajar y ser lo suficientemente buenos para agradar a Dios, o creemos y confiamos que Dios hará lo que nosotros no podemos hacer por nosotros mismos. En cada momento de nuestras vidas nos encontramos en un camino u otro. Si todavía estamos tratando de agradar a Dios a través de ser lo suficientemente buenos, la derrota y la frustración serán nuestro destino. Si hemos confiado en la gracia de Dios para transformarnos y formar a Cristo en nosotros, gozaremos de vida y paz.

Yo aprendí la lección eterna de que el guardar leyes y reglamentos nunca pueden cambiar nuestros corazones.

Recuerdo una ocasión en la que nuestra familia equivocadamente intentó hacer un esfuerzo en conjunto para traer a nuestro hogar un ambiente más cristiano. Mientras nuestros hijos crecían, hubo un tiempo en el que la rivalidad entre hermanos pareció estar en un momento cúspide. De alguna forma nuestros hijos habían caído en el hábito de insultarse los unos a los otros con sobrenombres. Descubrimos que el llamarse uno al otro “tonto”, “estúpido” o “idiota”, abría el camino a la fricción. Así que tratamos de poner algo de disciplina a la situación y establecer algunas reglas.

En una casa de dos pisos, una de las tareas más indeseables es el de aspirar la escalera. Así que para mejorar la tendencia de nuestra vida familiar, decidimos mantener registro de los miembros de la familia que insultaban a los otros. El que tuviera más faltas tenía que aspirar la escalera. Todo esto parecía razonable en el momento, pero hasta el día de hoy tengo el sentimiento solapado de que me estaban tendiendo una trampa.

Un día nuestros dos hijos comenzaron una travesura. Cuando entré al cuarto estaban en medio de la destrucción. Las primeras palabras que salieron de mi boca fueron, “¿Qué estúpido, idiota ha dejado éste desorden?” Sin duda alguna ustedes se pueden imaginar quién terminó aspirando la escalera...

Sin embargo, hubo un buen resultado. Aprendí una vez más la oportuna lección de que, ni leyes ni reglas pueden cambiar nuestros corazones. Nuestros motivos eran buenos. Todos luchamos en ésta labor común de justificación, pero todos caemos miserablemente inadecuados.

Parece que no importa cuánto nos esforcemos en ser santos, tenemos que enfrentarnos a la realidad de que nuestra justicia es como trapos de inmundicia a los ojos del Señor. Dios nos ha provisto una esperanza diferente de justificación—la de permanecer en una relación con Él, y debemos recibirla como un regalo de Él. La justicia es impartida a nosotros por creer en Jesucristo y

reconocer que no podemos vivir de acuerdo a una norma perfecta. Esta es la decisión clave que se nos presenta: Podemos tratar de limpiar nuestras ropas viejas, harapientas y sucias, y tratar de vernos presentables en el cielo; o podemos elegir ser revestidos por fe en la justicia completa de Cristo.

El incidente con mi aspiradora sirve para recordarme que mi única esperanza es la de escoger la gracia.

FUERA DE RUMBO Y FUERA DE VISTA

Nunca deja de sorprenderme cuán fácil es salirse del camino de la vida cristiana. Aún una falta menor y aparentemente sin importancia en alguna área de fe o práctica relativamente pequeña nos puede descarriar completamente en cada una de las áreas de nuestra vida cristiana. Por lo tanto, es sumamente importante ser diligentes en nuestro esfuerzo por mantener la pureza doctrinal día con día.

Recientemente tuve la oportunidad de compartir asuntos espirituales con un amigo quien cree que la iglesia pasará por el tiempo de la Gran Tribulación. Él se maravillaba del porqué yo tenía que tomar una posición tan rigurosa en lo que él consideraba un aspecto sin importancia de la escatología. Yo le respondí preguntándole, “¿Si la iglesia va a pasar por la Gran Tribulación, quiénes son los 144.000 mencionados en el libro de Apocalipsis?” Él me respondió que éstas personas eran parte de la iglesia porque la iglesia es el Israel espiritual. Entonces le pregunté si creía que todas las promesas de Dios para la nación de Israel eran, de alguna forma o de otra, cumplidas espiritualmente en la iglesia. Él estuvo de acuerdo que lo eran. “Qué interesante,” yo dije, “que una área de escatología *sin importancia* haya también completamente afectado tu doctrina de la iglesia.” Para exponerlo en los términos de Pablo: “Un poco de levadura leuda toda la masa” (Gálatas 5:9).

Pongámoslo de otra manera. Imagínate que estás viajando desde Los Ángeles a Hawaii. Antes de despegar, el piloto dice por altoparlante “Amigos, estamos teniendo una pequeña dificultad

con nuestro sistema de navegación, pero no se preocupen, no estaremos más de dos grados fuera de rumbo.” Dos grados no serán mucho fuera de Los Ángeles, pero cuando estemos 3000 millas sobre el Pacífico, estaríamos desesperadamente perdidos. La Gran Isla no estaría a la vista por ningún lado.

Claramente, lo ideal sería no estar ni un sólo grado fuera de curso. En materia doctrinal es imperativo que escudriñemos las Escrituras, probemos todas las cosas, y evitemos ser atrapados por los persuasivos argumentos de los hombres. Así es como permanecemos en la gracia.

VIGILANCIA COSTOSA

No seamos engañados. Ésta vigilancia tiene un precio. Controversia y persecución han rodeado la predicación del evangelio desde el principio. Como Pablo lo dijo en Gálatas 5:11: “¿Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz.” Si Pablo estuviera predicando que la forma correcta de permanecer con Dios podría ser ganada por una serie de buenas obras, no habría oposición al cristianismo. Pero la cruz de Cristo siempre ha sido una ofensa.

La cruz enseña que hay solamente una forma de ser justos delante de Dios. El verdadero mensaje de salvación solamente está en Cristo y ofende a la gente por ser tan estrecho y exclusivo. La cruz declara al mundo que sólo hay una esperanza de vida eterna: la muerte y resurrección de Jesucristo. Pablo en esencia está diciendo: “Si quiero ser liberal y digo, ‘la circuncisión está bien si trabaja para ti,’ entonces ninguno me perseguiría. Pero soy perseguido porque me he interesado lo suficiente en declarar la verdad.”

Pablo nunca fue alguien que midiera sus palabras. Podemos ver su compromiso emocional a la verdad en su amplia expresión verbal en contra de aquéllos consumidos con el tema de la circuncisión. “Ojalá se mutilasen los que os perturban,” escribió en Gálatas

5:12. El término “mutilarse” literalmente significa castrarse. Pablo quiso decir, “Si estos falsos maestros creen que una pequeña mutilación de la carne nos hace justos, ¿por qué entonces no lo hacen del todo y comienzan por ellos mismos mientras están en esto?” Un paralelo moderno de la declaración de Pablo pudiera ser, “¡Yo desearía que aquellos que dicen que la justificación proviene del bautismo, lo hagan del todo y se ahoguen a sí mismos!” Pablo desahogó sus sentimientos hacia aquéllos que se atrevían a pervertir el evangelio glorioso de gracia.

Imagínense de qué manera se desanimaba el corazón de Pablo mientras se desarrollaban estos eventos. He aquí, un ministerio en donde estaba trabajando el Espíritu, y en donde las personas amaban a Dios y también los unos a otros. Allí había unidad y excitación en el Señor, hasta que estos maestros falsos aparecieron en la escena. Con la introducción de su propia versión del evangelio crearon división, y muy pronto rebeldías comenzaron a desarrollarse. El hermoso amor y la comunión que éste cuerpo había conocido pronto se convirtió en una lejana memoria. No es de extrañar el por qué la denuncia de Pablo reaccionando contra la enseñanza de ellos fue tan directa!

¡GRACIAS, PABLO!

Todos los que hemos venido a la gloriosa y gracia salvadora de Jesucristo debemos a Pablo una gran medida de agradecimiento. Si no hubiera sido por él, muchos de la iglesia sólo serían parte de otra secta Judía. Pero fue Pablo quien permaneció firme y estableció a los nuevos creyentes en la gracia de Jesucristo. Su posición tuvo un precio. Fue perseguido, ultrajado y vigorosamente rechazado durante la mayor parte de su ministerio. Pero valió la pena.

Al final de su vida pudo escribir éstas emocionantes palabras: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:7-8).

PORQUE LA GRACIA TODO LO CAMBIA

Que Dios nos dé la gracia de estar firmes por la verdad y la sabiduría de compartirlas con Su amor. Que nos conceda permanecer firmes en Jesucristo y en el conocimiento de la verdad. Que podamos comprender la profundidad increíble de la bendición y la libertad que Dios tan ricamente nos ha entregado. Y que podamos experimentar diariamente éstas bendiciones mientras caminamos en el hermoso amor de Dios, permaneciendo firmes en Su gloriosa gracia.

GRACIA

MIEMBROS DE REALEZA

CUANDO ERA NIÑO, ¿SE imaginó alguna vez lo que hubiera sido nacer en una familia real? Aquellos de nosotros que venimos de hogares más pobres probablemente pasamos bastante tiempo soñando en cómo sería el ser ricos.

Puede ser que no provengamos de familias adineradas, pero la Biblia claramente enseña que gracias a nuestra relación con Cristo, y a través de la fe, hemos sido integrados como descendientes de una nación espiritual. Así lo escribe Pablo en Gálatas 3:29: “si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.” Cuando investigamos a nuestros antepasados, nuestra identidad ya no radica más en Europa, Asia o África. Por la gracia podemos ahora encontrar nuestro verdadero linaje en Cristo, quien es el cumplimiento de la promesa de Dios hecha a Abraham. Y como resultado de ésta relación especial, somos ahora herederos del mismísimo Reino de Dios.

¿QUÉ ES UN HEREDERO?

Un niño de seis o siete años que recibe una gran herencia, técnicamente hablando, es una persona acaudalada. Pero hasta que

este niño alcance la mayoría de edad, de acuerdo a lo estipulado en el testamento dejado por sus padres, no habrá ninguna diferencia entre su posición y la de un sirviente empleado en la casa. Ciertamente, todas las necesidades físicas del heredero serán suplidas, pero él no tendrá ninguna autoridad en cuanto a cómo administrar su herencia hasta no haber alcanzado la mayoría de edad.

La situación en la vida de un heredero en el día de hoy no ha cambiado considerablemente en comparación a los días de Pablo. Pablo escribió: “Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; sino que está bajo tutores y curadores hasta el tiempo señalado por el padre.” (Gálatas 4:1-2). Pablo explica que el heredero se encontraba bajo la autoridad de un mayordomo a quien se le había entregado la responsabilidad total de administrar la herencia. Típicamente, un guardián también tenía la responsabilidad de supervisar el desarrollo del niño y de enseñarle lo que era bueno o malo hasta que fuera adulto.

En la sociedad Romana, un niño era considerado infante hasta los siete años de edad. Desde ésta edad y hasta los 17 años, una cinta morada era ceñida alrededor de su vestimenta identificándolo como un niño. A la edad de 17 años se le entregaba una nueva vestimenta pero sin la cinta morada indicando con ello que él debía ser considerado un hombre. Aun así, no podía disfrutar del derecho de involucrarse en asuntos de negocios hasta alcanzar la edad de 25 años.

Las cosas eran un poco más sencillas en la cultura Judía. A los 12 años de edad, un niño, participaba de una ceremonia conocida como bar mitzvah, en la cual se convertía en un “hijo del pacto” de pies a cabeza. El padre del niño se paraba y ofrecía una oración de gratitud por no ser ya responsable de las acciones de su hijo. El niño a cambio ofrecía una oración aceptando su responsabilidad personal como hombre.

Pablo usa ésta bien conocida transición a la edad adulta para ilustrar la relación que tiene la ley con el pueblo de Dios. Cuando

Israel fue puesto bajo la ley, fue hecho heredero de las promesas de Dios. Pero mientras la nación estuviera bajo la ley, las promesas de la herencia gloriosa no serían cumplidas. Ellos esperaban el “cumplimiento del tiempo” en el cual Dios cumpliría todas Sus promesas a través de la provisión de Su Hijo. Hasta ese momento, Israel fue como un niño bajo el riguroso control de la ley.

LA ESCLAVITUD DE LA LEY

La ley cubría prácticamente cada evento de la vida cotidiana, desde la alimentación, las transacciones de negocios y las relaciones matrimoniales. La ley ejercía un control estricto sobre el pueblo de Dios hasta el tiempo cuando ellos se “graduaron” de la niñez a la edad adulta, cuando al fin podían disfrutar de los beneficios completos de la herencia que se les había prometido. La promesa de una maravillosa relación nueva con Dios a través de la venida del Mesías se le había dado a Israel; sin embargo, ésta promesa no se completaría hasta el tiempo indicado por el Padre.

La ley proveía una estructura por la cual los individuos, y aun la sociedad completa, podían vivir en orden y armonía. Pero si todo lo que tenemos en nuestra relación con Dios son reglamentos externos, entonces nos encontraremos viviendo en una forma de esclavitud. Por tal razón Pablo escribió: “Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo” (Gálatas 4:3).

*La ley nunca nos puede traer a la vida opulenta,
completa y libre, que el Espíritu Santo desea para
nosotros.*

Cuando Pablo se refiere a los “rudimentos del mundo,” él se está refiriendo a lo que llamamos los fundamentos de la vida. La ley de Moisés era más que efectiva en cuanto a las cosas que nosotros “podemos o no podemos hacer” en la vida diaria.

Yo siempre he visto como ironía que el primer concilio de la iglesia primitiva (descrito en Hechos 15) le dio tanto énfasis al tema de un complejo código de conducta con el fin de gobernar

sobre la vida de los creyentes. Y aunque finalmente ellos llegaron a la conclusión de que los creyentes no estaban obligados a seguir servilmente a ese código de conducta externa, todavía hoy existen muchas iglesias que persisten en imponer sobre su gente un control similar.

Yo crecí en una iglesia que creía que había recibido mandato divino, de decirle a las mujeres cómo debían vestirse y cuáles eran los estilos de peinado apropiados o inapropiados para ellas. Los líderes también creían haber recibido una revelación con referencia a las opiniones de Dios en cuanto al maquillaje. Siendo niños, se nos impartían interminables mandatos de lo que debíamos o no hacer. No intento a decir que la iglesia nos puso otra vez bajo la ley de Moisés, pero sí puso sobre mí una carga tan pesada de condenación y esclavitud que yo no podía mantenerme bajo su peso. Vivía constantemente arrepintiéndome porque simplemente no podía vivir conforme a las reglas que ellos habían establecido.

La ley nunca podrá traernos a la vida rica, completa y libre que el Espíritu Santo desea para nosotros. Lo único que ella trae es culpabilidad, condenación y frustración. Afortunadamente, la ley no es el fin de la historia.

CUANDO SE CUMPLIÓ EL TIEMPO

En los días de Pablo, los procedimientos legales concernientes al otorgamiento de una herencia eran muy precisos. Al llegar un niño a la mayoría de edad especificada en el testamento, ya no había necesidad de un guardián o administrador con el fin de supervisar al menor. El heredero podía recibir directamente lo que se le había prometido cuando llegara a la edad del “cumplimiento del tiempo.”

Pablo tenía esto en mente cuando escribió: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4).

Y desde que Jesús vino, podemos experimentar la bendición completa que Dios ha prometido. Pero existe otra interpretación

a la noción del “cumplimiento del tiempo.” Se ha preguntado, ¿por qué Dios permitió que Su pueblo viviera bajo la ley por casi 1400 años antes de enviar a Su Hijo? La verdad es que posiblemente nunca alcancemos a entender completamente el tiempo de Dios. Sus caminos no son nuestros caminos y Sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Pero si hacemos un breve repaso de la historia, llegaremos a ver muchas razones obvias del por qué el momento de la llegada de Jesús a la escena humana fue especialmente oportuno.

Primeramente, Cristo nació en una época de paz sin precedente. Por más de 13 años, antes del nacimiento de Cristo y a través de Su vida, las puertas del templo de Janus en Roma habían estado cerradas. Siempre que Roma iba a guerra, el templo de Janus se llenaba de adoradores que suplicaban por la victoria. Pero en la era de Cristo, la clásica PAX ROMANA estaba firmemente en su lugar.

Roma también había dado grandes pasos a favor de la transpor-tación, creando así un sistema excelente de rutas que se extendían a través del imperio. Y el griego, una lengua clara, expresiva y remarcablemente específica, había llegado a ser el idioma universal bajo el régimen romano.

Todos estos factores contribuyeron a la rápida difusión del evangelio durante el primer siglo. Bien se puede especular que Dios esperó hasta el cumplimiento de éste momento estratégico para que el mensaje de Su amor y perdón para todo el mundo pudiera ser acogido mediante un impacto mundial.

Notemos también que Pablo habló de Cristo como “enviado” por el Padre, lo cual sugiere no solamente la pre-existencia eterna de Cristo sino también que Jesús vino con un sólo propósito en mente. Jesús fue enviado a éste mundo para completar la redención de la humanidad. Él vino a establecer un nuevo pacto por el cual el hombre pudiera relacionarse con Dios íntimamente y entrar en la plenitud de Sus bendiciones prometidas.

Pablo también nos dice que Jesús fue “nacido de mujer, y nacido bajo la ley.” Esta referencia del nacimiento virginal hace una fuerte alusión a la primera promesa del Mesías dada en las Escrituras. En Génesis 3:15, Dios prometió que la simiente de la mujer heriría la cabeza de la serpiente, destruyendo así las obras de la muerte y la separación de Dios, ocasionada por Satanás en el Jardín del Edén. Jesús también “nació bajo la ley,” como un recordatorio de que Cristo nació siendo judío y fue enviado primeramente a redimir al pueblo judío. Él vino para que finalmente el pueblo de Dios pudiera alcanzar la madurez espiritual y disfrutar totalmente de su herencia espiritual. Solamente por medio de Jesús podrían recibir la herencia de Su Padre celestial.

QUÉ PADRE TENEMOS

Con frecuencia extraño a una querida santa que ha partido para estar con el Señor. Su nombre era Iva Newman, quien desde el principio fue parte del ministerio de Capilla Calvario. Esta mujer santa caminó con Dios más años de los que yo he vivido. Me deleitaba escucharla orar: “Y ahora, querido Padre...” ¡Oh, cómo me gustaba oírla orar así! Ella disfrutaba de una estrecha, hermosa e íntima comunión con Dios. Se relacionaba con Dios como a su “Padre querido.”

¿Sabía que la muerte y resurrección de Cristo ha ganado para usted la misma relación rica e íntima que ella tenía con Dios? Éste fue el propósito de Pablo al escribir: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, el cual clama: Abba, Padre” (Gálatas 4:6).

En este pasaje encontramos una maravillosa descripción de la participación total de la Trinidad en la vida del creyente: Dios el Padre envía al Espíritu de Su Hijo a nuestros corazones. En Romanos 8:15 y 16 vemos un pasaje paralelo donde se nos dice que el Espíritu de Dios mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Ésta clase de relación con Dios sólo es posible si experimentamos un renacimiento espiritual completo. Como

Jesús mismo lo expresó: “aquel que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles que te dije: Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:6-7). Cuando nosotros nacemos de nuevo espiritualmente, se nos entrega el poder de entrar en una maravillosa e íntima relación con Dios, la cual es tipificada por Pablo con el uso del término “Abba.”

Abba es un término cariñoso para un “padre.” Es una palabra Aramea; y si visita Israel, tendrá la oportunidad de escuchar en estos días a los niños pequeños llamar “¡Abba! ¡Abba!” Lo que están diciendo es, “¡Papito! ¡Papito!”

Jesús a menudo usó éste término. No hay duda alguna de que Sus discípulos lo escucharon frecuentemente de Él en Su vida de oración y por tal motivo no tradujeron la palabra al griego. Ellos preservaron la palabra en arameo porque desearon capturar la misma calidez e intimidad que Jesús compartió con Su Padre.

Es la intención de Dios que lleguemos a conocerlo como nuestro querido Padre, Aun como nuestro Papi

¡Qué maravilloso es saber que Dios desea que en nuestro caminar tengamos la misma relación personal de amor con Él! Frecuentemente nos inclinamos a ver a Dios como el Creador, grande, distante y todopoderoso; pero es la intención de Dios que lleguemos a conocerlo como nuestro querido Padre, aun como nuestro Papi.

Algunos consideran éste tipo de familiaridad como falta de respeto, pero es Dios mismo quién nos invita a tener éste nivel de intimidad con Él. Yo recuerdo la oportunidad que tuve de reunirme en un servicio de oración con un grupo de hermanos italianos. Aunque oraron en inglés para mi beneficio siguieron refiriéndose a Dios como, “Papá.” Al principio creí que aquello era una informalidad; pero en un momento de reflexión me hizo reconsiderar mi opinión. En aquella expresión había un sentimiento de amor e intimidad que sonó a mis oídos como la verdadera Escritura.

¡Qué extraordinario es saber ahora que Dios nos da la bienvenida

a Su presencia como a sus hijos amados y no como a temerosos y humillados esclavos! ¿No debería ser ésta la relación de un padre con sus hijos? Cuando mis hijos me visitan no permanecen delante de mí estáticos y estremecidos de miedo mientras hablan conmigo. Tampoco se acercan a mí con pretensiones y formalismos como, “Oh, exaltado padre, concede la petición humilde que te hace tu hijo éste día. Generalmente lo hacen así, ¡He, Papá, necesito cinco dólares. No tengo tiempo ahora de explicarte, pero dámelos y después te cuento!”

Dios desea que el tiempo que pasamos con Él sea de relajamiento y de restauración para nuestros corazones. Él desea que nos sintamos como en casa y que seamos libres y abiertos en nuestra relación con Él. Y por qué no sentirnos así, ya que nuestra vida es como un libro abierto delante de Él. Él nos conoce mejor que nosotros a nosotros mismos.

Dios no desea que tengamos con Él una relación fría aislada o retirada. Dios desea que conozcamos Su amor personal por nosotros en lo más profundo de nuestros corazones. Y cualquier expresión que comunique tal intimidad es completamente aceptable para con Él, ya sea la de “Padre,” “Papá” y aún “Papito”

EL PADRE IDEAL

Dios es nuestro Padre en el sentido más puro, honesto y santo. Él es nuestro Padre de una manera ideal. ¡Dios nos ayude! Nuestra cultura corrompida ha destruido la imagen de los padres en los corazones de muchos niños, y esto es trágico. Yo agradezco a Dios por el padre virtuoso que tuve, que siempre me ayudó a relacionarme con Dios de una manera íntima y gloriosa. Yo lamento por las personas que no pueden relacionarse con la paternidad de Dios porque en sus vidas hubo un ejemplo corrupto.

Cualquiera que haya sido su experiencia, Dios quiere que se relacione con Él de la manera más íntima, en compañerismo e intimidad, y que lo conozca como un Padre justo y amoroso;

como un Padre santo, puro y cuidadoso. Su Espíritu entonces exclama en nuestros corazones, “¡Abba! ¡Papi! ¡Padre!”

Dios puede impartirnos Su amor extendiéndonos Su benevolencia y bondad, para que le amemos más y más. Éste es el propósito de Dios para el hombre. Su vida nunca estará completa hasta que los propósitos de Dios se hayan cumplido en usted; hasta que pueda acercarse a Dios en una manera íntima y personal; hasta que diga “¡Oh, Abba!” y lo sienta brotar de su corazón.

¿Padres, recuerdan ustedes la primera vez que su hijo dijo, “Papi”? Es inconfundible. Lo entendieron completamente. Mi pequeña hija era muy inteligente porque la primera palabra que dijo fue, “Papi.” Así es...y no pudo decirlo con más claridad. Me di vuelta, exclamé y grité. ¿Qué? Me entristecí que nadie más estaba a mi alrededor, porque ¿quién me iba a creer? Traté de hacerla que lo dijera otra vez, y me dio la sonrisa más dulce que hubiera podido ofrecer, pero no me lo repitió. Aun así, yo la escuché! Pero muy pronto, ella lo estaba diciendo en frente de todos y esto me llenaba de emoción.

En aquel día que por primera vez decimos, “¡Oh, Abba!” y Él nos escucha, Dios se emociona. Es el comienzo de una relación en la que nuestro corazón puede decir, “Oigan, éste es mi Abba. Éste es mi Papito.” Lo maravilloso es que esto es tan sólo el comienzo de una relación riquísima con Dios.

HEREDEROS DE DIOS

Tan grandemente incomprensible como es entrar en una relación con Dios como nuestro “Abba”, pero ahí no se acaba la historia. Pablo nos dice: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios” (Gálatas 4:7). Al entrar en una relación con Dios como la de Sus hijos adoptivos, hace ahora que Su Espíritu en nuestros corazones clame, “Oh Abba.” Hemos llegado a ser herederos de Dios. Somos herederos del eterno y glorioso reino de Dios.

Nuestro Padre nos ama tanto que generosamente nos hizo Sus herederos, y ésta herencia espiritual ha sido dispuesta por Dios para que llegue a ser una bendición muy real y presente en nuestras vidas.

Algunos caen en el error de creer que un creyente tiene que esperar hasta llegar al cielo para disfrutar de su herencia, pero esto está muy lejos de ser verdad. La Biblia nos dice que las marcas de identificación del Reino de Dios son la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo (Romanos 14:17). Nosotros podemos aquí y ahora hacer efectivas esas maravillosas bendiciones. *Ahora mismo* la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento puede mantener nuestras mentes y corazones. Nuestra alma puede ahora mismo llenarse con Su gozo indescriptible y lleno de gloria. *Ahora mismo* podemos experimentar una liberación total de la culpabilidad y el temor porque hemos sido declarados completamente justificados por creer en la obra ya terminada de Jesucristo.

¡ESTO NO ES TODO, AMIGOS!

Estos son tan sólo algunos de los elementos de la herencia gloriosa que ya es nuestra, porque Dios nos hizo herederos juntamente con Jesús. Nosotros podemos entrar al lugar de bendición más grande debido al maravilloso amor y la gracia de nuestro “Papá” celestial.

Y esto, todavía no es todo. Jesús dijo que el día viene cuando dirá a los que estén a su derecha: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). Soy heredero de Dios; soy el hijo adoptivo del Rey. ¡Así es que si mi Padre es el Rey del universo, esto me convierte en el Príncipe Carlos!

También lo convierte a usted en un príncipe o princesa. Lo hace heredero del reino, el reino que Dios desea compartir con usted y que pueda disfrutar de un mundo sin fin. Y entonces los propósitos de Dios para el hombre serán cumplidos, cuando el hombre sea restaurado en una completa, llena e íntima comunión con Dios.

MIEMBROS DE REALEZA

Nuestros corazones pueden desbordarse en acción de gracias por la ternura y la seguridad que ahora sentimos al conocer un amor sin límites y el cuidado de Dios para con nosotros. Qué fortaleza es tener el seguro conocimiento de que Dios nos cuida, nos vigila y nos mantiene en Su amor. Podemos vivir con la confianza y seguridad de que tenemos un Padre que está a nuestro lado, a cada paso de nuestro camino, poniendo a nuestra disposición tremendos recursos para que podamos caminar con Él en novedad de vida.

Nuestro “Abba” está comprometido a guardarnos de no caer y presentarnos ante Su presencia sin mancha y con gran alegría (ver Judas 24). Él nos ha hecho sus hijos y a través de Jesucristo nos ha otorgado una herencia incorruptible. No porque nosotros la merezcamos. No porque la hayamos ganado. Todo esto se ha hecho posible sólo a través de Su rica gracia y misericordia.

¡Qué maravilloso es descubrir que cuando nacemos de nuevo, hemos llegado a ser espiritualmente ricos y de linaje real en todo el sentido de la palabra de una manera única! Por lo que Cristo hizo por nosotros, somos hijos de Dios y hemos sido hechos príncipes y princesas del reino. Recibiremos una herencia que es incorruptible, sin mancha y nunca se acabará; nos espera para que cada uno de nosotros la disfrute por la eternidad.

GRACIA

NUESTRA ÚNICA RESPONSABILIDAD

EL MENSAJE DEL NUEVO TESTAMENTO es simple, directo e inconfundible. Somos salvos por la gracia de Dios sólo a través de la fe, no por medio de las buenas obras que hayamos hecho. La única responsabilidad del cristiano es creer en el amor y en la gracia que Dios nos ofrece gratuitamente.

Este mensaje tan claro se interpone en marcado contraste a las enseñanzas de aquellos que quieren que confiemos en Jesús, pero que *también* obedezcamos ciertas reglas o que practiquemos ciertos ritos. Estos maestros se refieren a su mensaje como el evangelio, pero en realidad éstas no son las buenas nuevas. Pretenden hacernos creer que para ser aceptados por Dios, nosotros necesitamos hacer obras que sean adecuadas. La ley y las obras son puestas lado a lado con la gracia como si fueran un boleto de dos partes, necesarios para recibir la justificación. Sin embargo, contrario a lo que éstos maestros sostienen, el Nuevo Testamento enseña que no son la ley ni tampoco las obras las que nos justifican, sino la gracia de Dios y nuestra respuesta de fe.

Nos enfrentamos a la situación clásica de tener que escoger. La justificación debe ser solamente por la fe en Cristo, o por guardar

la ley de Dios a la perfección. La justificación con Dios por la fe y la salvación por las obras se excluyen mutuamente la una a la otra. Cuando busquemos justificación delante de Dios, debemos hacer una elección y no buscar alguna forma de compromiso de término medio.

Abraham fue un hombre que simplemente creyó en Dios, y Dios lo consideró justo. Nosotros estamos en el mismo terreno que Abraham, y somos herederos de las mismas bendiciones y promesas que él disfrutó. Este lugar de privilegio proviene solamente de la fe y no por la obediencia a un código de leyes o a un conjunto de ordenanzas. Si buscamos ser justificados delante de Dios por medio de obras y no por fe, nos encontramos bajo maldición. Y no hay excepciones para esta regla.

Si vemos a la ley como nuestra esperanza de seguridad delante de Dios, la única manera en la cual tendremos seguridad será en guardar perfectamente cada mandamiento. Como escribió Pablo: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3:10). Esto significa que no nunca podremos realmente saber si somos salvos hasta que muramos, y ¿quién puede vivir bajo ésta presión? Para ese entonces, ya es demasiado tarde cambiar.

Imagínese que ha vivido una vida perfecta, guardando cada mandamiento, no habiendo cometido nunca una acción equivocada. Un día decide cruzar la calle cuando la señal del crucero todavía esta prendida en el semáforo. De repente, un conductor se pasa la luz roja y lo atropella. Mientras ve cómo el automóvil pasa sobre su cuerpo levanta su puño y sus palabras finales antes de partir de éste mundo son su evaluación de los hábitos de conducir de éste idiota. En ese acto insignificante usted falló en hacer lo que era correcto. Calló de su estado de perfección. Pecó y la Biblia dice que el costo del pecado es la muerte.

Podrá guardar perfectamente nueve de los mandamientos de Dios, pero si falla en el décimo, ha fallado en cumplir con el obje-

tivo. Ha pecado. Las malas noticias son, que a menos que guarde toda la ley y haga todo lo que en ella está escrito, es culpable. No importa qué ley haya violado, una sola falta lo descalifica.

Así que, no tiene la mínima oportunidad de ser declarado justo delante de Dios, basándose en sus buenas obras. Ya está destituido de la gloria de Dios. Ya falló en darle al blanco. Todo lo que puede esperar es la maldición de la ley. La justificación por las buenas obras es imposible porque depende en el imperfecto esfuerzo humano. El legalismo es el camino de la maldición.

Por lo contrario, la fe es la avenida de justificación y bendición verdaderas porque ésta no depende de su esfuerzo propio sino de la gran misericordia y la gracia abundante de Dios hacia usted en Cristo Jesús. Aunque haya errado al objetivo y aunque haya fallado totalmente en ser justo por sus propios esfuerzos, Dios lo ha justificado en Su Hijo. Jesús tomó la responsabilidad de la que usted quedó corto al estándar de Dios y pagó la deuda que usted tenía y que nunca habría podido pagar. Él le entrega Su justicia perfecta solamente si sólo cree y deposita su fe en Él. Y ahora, siendo por Él justificado delante de Dios, es beneficiario de todas las maravillosas bendiciones de Dios.

UN ERROR TRÁGICO

Uno de los errores más trágicos que la iglesia puede cometer es el de hacer énfasis de las obras que los creyentes deberían estar haciendo por Dios. ¿Cuántas veces ha escuchado fuertes y condenantes sermones que le dicen, “¡Debería estar orando más! ¡Debería ofrendar más! o ¡Debería testificar más! ¡Debería leer más la Biblia o servir más a Dios en alguno de los comités de la iglesia!” ¿Cuántas veces va usted a la iglesia en busca de ánimo sólo para escuchar acerca de su fracaso y de lo frustrado que Dios debe estar con usted?

La última cosa que necesito es que alguien deposite una carga pesada sobre mí, recordándome mis errores. Yo sé que debería

estar haciendo más. Nadie necesita decirme que no oro suficiente o que no leo la Biblia como debería hacerlo o que no le doy más a Dios. Todo lo que recibo de estos mensajes es un gran complejo de culpabilidad. Mi frustración aumenta porque yo verdaderamente *deseo* amar más a Dios, orar más, tener una relación más íntima con Él. Cuando ponemos el énfasis en las áreas de fracaso, terminamos creando cristianos frustrados y desanimados, los cuales se rinden y abandonan la carrera.

¡Qué mensaje tan diferente encontramos cuando leemos el Nuevo Testamento! Enfatiza no lo que deberíamos estar haciendo por Dios, sino lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Lo que nosotros podamos hacer por Dios nunca será suficiente. Nuestros esfuerzos de justificación propia, siempre serán dañados por nuestras imperfecciones. En cambio, lo que Dios ha hecho por nosotros es perfecto, hermoso, completo y fantástico. ¡Qué triste es que hemos cambiado los papeles e insistimos, aferrados en nuestra responsabilidad, en vez de la maravillosa gracia de Dios! Este es el motivo por lo cual vemos una parte de la iglesia al borde de la muerte. No necesitamos que alguien nos recuerde nuestro fracaso, sino que necesitamos a alguien que nos muestre cómo salir del aprieto. Necesitamos gracia, no culpabilidad.

SU ÚNICO DEBER

Dios le ha dado sólo una simple responsabilidad; creer en Su promesa. Puede disfrutar la bendición de una relación con Dios, aunque no ore, o dé, o sacrifique lo suficiente, por su fe en lo que Dios ya ha hecho por usted.

Dios hizo a Jesús pecado por usted para que pudiera ser hecho justo ante Dios a través de Él. Jesús le imparte Su justicia cuando simplemente deposita su fe y confianza en la obra que Él ya ha hecho por usted. Su obra proviene de una gracia pura.

Pablo abre su carta a los Gálatas con la salutación siguiente, “Gracia sea a vosotros.” Y la concluyó así: “Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, Amén.” Su bendición toma

NUESTRA ÚNICA RESPONSABILIDAD

un rico y profundo significado a la luz del enfoque definido de su carta en la gloriosa gracia de Dios. La gracia de Jesús, no la ley de Moisés, era la necesidad más grande de los Gálatas. El llamado a ellos fue, caminar en el poder de Su Espíritu y no en los vanos esfuerzos de la carne.

¿Cuál fue la respuesta de los Gálatas? No se nos dice. Quizás es porque la pregunta que se levantó en Galacia todavía es oportuna. ¿Confiará en su justicia propia o confiará en la provisión de la gracia de Dios? ¿Permanecerá en el mensaje sencillo de la salvación por gracia a través de la fe? o ¿Agregará su lista de obras de justicia propia a la obra ya terminada de Cristo? ¿Caminará en la carne o en el Espíritu? ¿Se gloriará solamente en la cruz de Cristo? o ¿Buscará la aprobación y recompensas que ofrece éste mundo para poder gloriarse en la carne?

Estos son asuntos que todo creyente en toda generación eventualmente deberá confrontar. Las respuestas que usted afirme darán significado a la diferencia que existe entre la paz y el temor, el orgullo y la humildad verdadera, y aun entre la vida espiritual y la muerte.

Mi anhelo es que pueda permanecer firme, sin vacilar en la gracia de Jesucristo. Que nada lo aparte del llamamiento divino por el deseo ilusorio de agradar a los hombres. Que con devoción mantenga su mirada fija en el reino celestial a fin de que sea gran instrumento para honra, útil al Señor; anunciando la Palabra de vida en un mundo cada vez más oscuro y sin esperanza. Y que se gloríe éste día en lo que Jesús ya ha hecho por usted, y en eso solamente.

ORACIÓN DEL PECADOR

Si quieres una relación personal con Dios y la seguridad de que tus pecados han sido perdonados, te sugerimos esta oración . . .

Padre, vengo a ti, confesando mis pecados y pidiéndote perdón. Te doy gracias, Señor porque Tú has prometido que si yo confieso mis pecados, Tú serás fiel para perdonarme y limpiarme de toda injusticia. Quiero renunciar a mis pecados y vivir de una manera que te agrade. Y por esto, te pido que me ayudes Señor. Te pido que me des el poder a través, de tu Espíritu Santo para vivir rectamente.

Te agradezco por Jesucristo, que murió en la cruz, pagando el precio por mis pecados, y resucitando de la muerte. Lo acepto ahora, como mí Salvador, Señor, y Amigo.

También te agradezco porque Tú dices que cualquiera que a Ti viene, Tú no le desecharás. Gracias por darme una nueva vida en Cristo. Me entrego a Ti por completo, haz de mí, lo que Tú quieras que sea, en el nombre de Jesús. Amén.

¿QUÉ SIGUE?

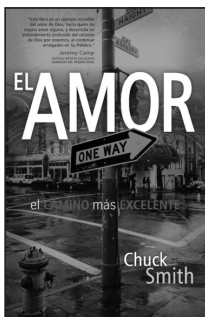
Si haz decidido aceptar a Jesucristo como tu Salvador, ¡has nacido de nuevo! He a aquí algunas cosas que te ayudarán a crecer como cristiano.

1. ORA—La oración es como una línea telefónica que va directamente a Dios. Es importante pasar tiempo diario hablándole, lo mas que puedas, mientras más mejor. Filipenses 4:6
2. LEE LA BIBLIA—La Biblia es como una carta de amor de parte de Dios, leyéndola más te enamoras de Él. 1 Pedro 2:2
3. COMUNIÓN—Necesitas tener amistades que compartan tus creencias y que puedan animarte. Por lo anterior es muy importante encontrar una buena Iglesia, que enseñe y crea en la Biblia, donde puedas compartir con otros cristianos. Hebreos 10:24-25
4. TESTIFICA A OTROS—Comparte tu fe en Jesucristo con otros. Ora para que Dios te muestre como y cuando deberías testificar. Marcos 16:15

INFORMACIÓN

spanish.pastorchuck.com

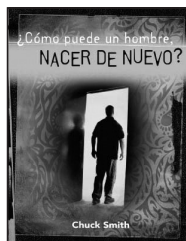
OTROS LIBROS DEL CHUCK SMITH



ISBN: 9781597510783

EL AMOR

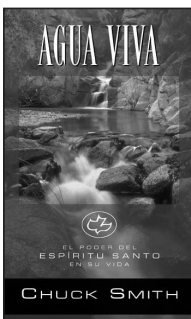
En este libro abundante riquezas, estimulante y profundamente práctico, Chuck Smith describe como cada uno de nosotros puede experimentar y compartir ese tipo de amor que logra cambios totales que se derrama continua y directamente del corazón de Dios.



ISBN: 9781931713542

¿CÓMO PUEDE UN HOMBRE, NACER DE NUEVO?

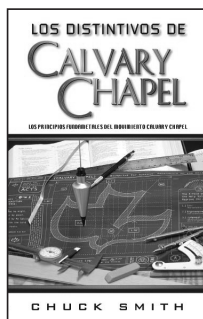
Es un termino que todos hemos oído antes, pero ¿sabe realmente lo que quiere decir? ¿Por qué dijo Jesús que era necesario nacer de nuevo para entrar al cielo? Éste folleto explica la diferencia entre el nacimiento físico y el espiritual y porque Dios creó al hombre en primer lugar.



ISBN: 9781931713283

AGUA VIVA

Jesús prometió a sus conternados discípulos que no los dejaría huérfanos, que le rogaría al Padre, para que les diera otro Consolador, para que les ayudara, para que estuviera con ellos para siempre.



ISBN: 9781931713436

LOS DISTINTIVOS DE CALVARY CHAPEL

Calvary Chapel valora la enseñanza de la palabra de Dios, así como la obra del Espíritu Santo. Es éste balance lo que produce un movimiento de Dios bendecido y único. Entérese de los principios bíblicos detrás de la enseñanza de Calvary Chapel.

